

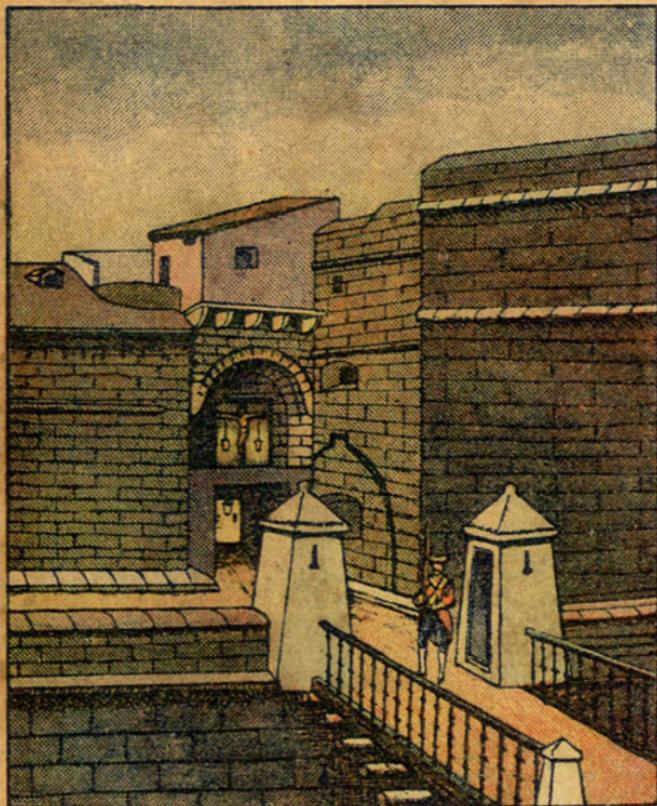
COMANDANTE MUNARRIZ

1813

(SITIO Y DESTRUCCION DE SAN SEBASTIAN)

NOVELA HISTORICA

PREMIADA POR LA JUNTA DEL CENTENARIO



LIT. E. FERNANDEZ - ISGUALO DE CORDOBA 17 - MADRID

2 PESETAS

E. MUNÁRRIZ URTASUN

“1813”

NOVELA HISTÓRICA

BASADA EN EL

SITIO DE SAN SEBASTIÁN

Obra premiada por la Junta del Centenario.



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JUAN PÉREZ TORRES
PASAJE DE VALDECILLA, 2
1913

V
56-4
1118

ÍNDICE

| | <u>Páginas</u> |
|---|----------------|
| I. — <i>Moncey habla</i> | 5 |
| II. — <i>San Sebastián, plaza fuerte</i> | 13 |
| III. — <i>Capitanenea</i> | 19 |
| IV. — <i>Tripasayenak</i> | 26 |
| V. — <i>La biblioteca de San Telmo</i> | 36 |
| VI. — <i>Una lección de historia aprovechada por Napoleón</i> | 49 |
| VII. — <i>Ardid de Chomin</i> | 58 |
| VIII. — <i>Los primeros guerrilleros</i> | 68 |
| IX. — <i>Chomin en el castillo de la Mota</i> | 85 |
| X. — <i>Los mártires de Bardocas</i> | 94 |
| XI. — <i>El Viriato guipuzcuano</i> | 105 |
| XII. — <i>La hombrada de Fuenterrabía</i> | 116 |
| XIII. — <i>El águila herida</i> | 132 |
| XIV. — <i>Un genovés vasco</i> | 141 |
| XV. — <i>Comienza el sitio</i> | 153 |
| XVI. — <i>San Bartolomé</i> | 163 |
| XVII. — <i>El primer asalto</i> | 171 |
| XVIII. — <i>¡Donosti gashual!</i> | 183 |
| XIX. — <i>¡A las brechas!</i> | 193 |
| XX. — <i>El vengador de Bardocas</i> | 200 |
| XXI. — <i>¡Consummatun est!</i> | 213 |
| EPÍLOGO | 225 |

Moncey habla.

Los Generales que formaban el Consejo guardaban profundo silencio, no atreviéndose á interrumpir la honda meditación en que se encontraba su ídolo el Emperador Napoleón I, el amo.

El Consejo se celebraba en la tienda de campaña del Emperador en el campamento de Bolonia, en el que esperaba ocasión favorable para lanzarse sobre Inglaterra, su mortal enemiga.

Con los ojos fijos en un mapa extendido sobre la mesa, el brazo izquierdo caído inerte detrás del asiento de un sillón, su dedo índice de la mano derecha señalaba un punto en el mapa.

Aquel solemne silencio fué interrumpido por Napoleón, que en voz baja, como hablando consigo mismo, murmuraba:

—Si no quieren de grado lo tomaremos por fuerza. Es indispensable.

Levantó la cabeza, y dirigiendo su severa mirada, hosca en aquella ocasión, á todos los Mariscales, preguntó:

—¿Quién de vosotros conoce mejor el territorio español por la parte de la frontera?

—Sire—contestó el Mariscal Marmont—, mi ayudante Godar hizo la campaña del Rosellón contra Ricardos.

—No habléis de esa campaña—interrumpió Napoleón con viveza.

—Es que también hizo la victoriosa campaña de Cataluña con Dugommier, y conoce bien todo el territorio que las tropas francesas dominaron.

—¡Ah!—exclamó el corso de mejor humor—, pero no es Cataluña lo que ahora deseo conocer. Son los Pirineos occidentales.

—Entonces soy yo, Sire, quien puede decir algo.

—Recuerdo, Moncey, que vos hicistéis vuestra carrera por allí. ¿Qué campaña conocéis?

—Las del 93 al 95, desde el primer tiro hasta el último.

Savary, que ejercía de secretario, dijo al oído del Emperador:

—Entró de capitán y salió de general.

—¡Hola! ¿Qué méritos contrajo?

—Evitó mucha sangre á las tropas francesas, porque conociendo admirablemente el país supo conducir las con tal habilidad, que envolviendo las posiciones españolas siempre las atacaba por un flanco ó por retaguardia, produciendo tal desconcierto en el enemigo, que abandonaba posiciones que siempre se habían considerado inexpugnables.

Moncey dirigió una mirada de gratitud á su cole-

ga. No era muy corriente que un general elogiara á otro en presencia del amo.

—¿Y como conociáis tan admirablemente el territorio español?

—Porque antes de la guerra lo había recorrido palmo á palmo desde Roncesvalles hasta Fuenterrabía.

—¿Por afición?

—Por necesidad.

—No os comprendo.

—Me explicaré, Sire. Soy montañés; nacido en las vertientes del Jura. Cuando ascendí á subteniente el 78, marché destinado á la guarnición de Bayona, desde donde fuí destacado unas veces á San Juan de Luz y otras á San Juan de Pie de Puerto, y de allí á cubrir el servicio en fuertes y pueblos fronterizos.

Aquel país montañoso, tan parecido al mío, me encantaba. Sentía ansia de recorrerlo, y en poco tiempo conocí toda la parte francesa, en la que pasé muchas temporadas cazando.

—¿Y la parte española?

—La parte española no podía recorrerla por mi calidad de oficial francés; pero al fin encontré medios de efectuarlo.

—¿Cómo?

Moncey hizo un movimiento de hombros, añadiendo:

—El caso es que conocí palmo á palmo las inmediaciones de Roncesvalles, todo el valle Baztán, las cinco villas de Navarra, la cuenca entera del Bidasoa y todas las posiciones de Guipúzcoa, San Marcial, Fuenterrabía, San Sebastián, Guetaria, Tolosa, hasta el puerto de Arlabán.

Napoleón y los Mariscales parecían ya muy inte-

resados en este relato y prestaban gran atención; Moncey calló.

—¿Pero como os las arreglastéis?

Otro movimiento de hombros del interpelado hizo comprender al Consejo que no estaba muy dispuesto á entrar en detalles acerca de aquello que se deseaba. Entonces Savary tomó la palabra y dijo á Napoleón.

—Sire; la modestia de Jeannot de Moncey le impide ensalzar sus propios merecimientos. Yo estoy perfectamente enterado de toda su historia.

—Hablad, hablad.

—Cuando Moncey pertenecía á la guarnición de Bayona y cubría los destacamentos de la frontera, estuyo en continuo trato con la gente del país por necesidades del servicio y por sus aficiones cinegéticas, y dotado de gran fuerza de voluntad se propuso aprender el prehistórico idioma de los vascos, y lo consiguió.

Andando el tiempo, un honrado y pacífico industrial francés, aprovechando las buenas disposiciones de los españoles para nuestros compatriotas, por consecuencia de la reciente guerra con la Gran Bretaña, en la que las tropas francesas y españolas habían combatido juntas en Mahón y en Gibraltar, atravesó la frontera y entró en el país vasco con una mula cargada de calderas, sartenes y otros enseres propios de cocina; con su mula recorrió caminos, visitó pueblos, pernoctó en caseríos, dedicando el tiempo, aparentemente, á la venta de tan modestos útiles; escaló las más altas montañas, descendió á los valles más profundos, comió con selváticos pastores de Vasconia, presencié las típicas fiestas de sus honrados campesinos; aquí regalaba una sartén, allí hacía un cambio, dando una buena caldera nueva por otra vieja; en esta venta convidaba á beber á

varios robustos leñadores; en tal caserío hacía un modesto regalo de boda á la muchacha casadera, y en todas partes se conquistaba el afecto de todos, y no había lugar habitado en llano ó en monte donde el «buen calderero francés» no fuese recibido con los brazos abiertos.

Y ese buen calderero, cuando se encontraba solo sacaba un libro de memorias y trazaba rayas, señalaba cifras, consignaba nombres y después... proseguía su inofensivo tráfico de vender calderas y sartenes ó cambiar nuevas por viejas.

—¿De modo que aquel industrial?

—Era el Capitán Moncey.

—Me explico, Mariscal, vuestros éxitos. ¿Conocéis el puerto de Pasajes?

—He paseado por su bahía muchas veces en sus famosos bateles.

—¿Qué condiciones reúne?

Admirables como puerto militar, siempre que no traten de tomarlo como refugio en días de tempestad.

—¿Por qué?

—Porque su boca es tan estrecha que los navíos mejor gobernados prefieren correr el temporal por alta mar antes que aventurarse en aquella angostura.

Es decir—exclamó con cierto tono enigmático—que si fuera cierto el proyecto de ese americano de que nos ocupamos en el último consejo...

—¡Ah! ¡el barco sin velas de Fulton!

—Sí; ese sueño irrealizable según nuestra Academia de Ciencias; pero si fuera cierto, la entrada en Pasajes resultaría excelente.

—¿Qué duda cabe!

—Bien; ¿y en días de calma?

—Inmejorable; toda la marina de V. M. cabe cómodamente en su fondeadero, sólo que...

—¿Qué?

—Que carece de muelles.

—Ésos se hacen pronto. ¿Y de defensas?

—Sólo existe una torre y un viejo fuerte llamado Santa Isabel; pero su posición es tan admirable que una compañía de granaderos puede defender la entrada contra todas las escuadras de la odiada Inglaterra.

—¿Desde el fuerte de Santa Isabel?

—No; desde los acantilados que dominan su entrada; desde ellos barrerían las cubiertas de los buques á tiro de pistola.

—¿Cuántas jornadas hay de Bayona á Pasajes?

En tiempo de paz, para la infantería inglesa tres; dos para la prusiana y una para la francesa—contestó Moncey jactanciosamente.

—¿Por qué decís en tiempo de paz?

—Porque en guerra costaría más.

—Bueno; echemos dos jornadas ¿no os parece suficiente?

—No, Majestad.

—¿Pues cuántas creéis vos?

—Tres.

—¿En tres días?

—No; en tres meses... por lo menos.

Bonaparte frunció el ceño y miró á Moncey como dirigiéndole mudo interrogatorio. Moncey callaba; los Mariscales escuchaban cada vez con más atención.

—Explicaos.

—Las jornadas á que me refiero son hechos de armas importantes ó sean tres grandes batallas que reñiríamos con los españoles antes de conquistar el

puerto de Pasajes. La primera en la línea de Sare...

—¿Qué línea es esa? interrumpió vivamente Napoleón mirando cuidadosamente al mapa.

—La que forma el Nivelles por San Juan de Luz y una serie de hermosas posiciones cuya llave es la imponente montaña Larrun.

Y acercándose al mapa señaló con el dedo un punto diciendo:

—Aquí está; el pueblo de Sare se halla en el punto céntrico.

—¡Estas posiciones son francesas!—exclamó Bonaparte.

Sí; francesas, pero los españoles obrando militarmente, siquiera por instinto de conservación, se apoderarían de ellas al comenzar la campaña, como hicieron el 93 y ahí reñiríamos la primera batalla que la constituirían, seguramente, una serie de acciones de guerra que nos costaría, por lo menos un mes... si los españoles saben aprovechar el terreno.

—Bien; seguid.

La segunda sería en la línea del Bidasoa, que yo envolví el 94, gracias al entusiasmo de mis tropas y á mi conocimiento del terreno y á la torpeza del enemigo.

—¿En qué consistía esa torpeza?

En que con veinte mil hombres quería guardar cuarenta leguas de frontera y en todas partes presentaba débiles efectivos.

—¿Por dónde envolvisteis al enemigo?

—Por los montes de Oyarzun, para caer á retaguardia del Bidasoa.

—Adelante.

Esta línea, defendida nada más que regularmente, nos costaría lo menos otro mes.

—Bueno; ya tenemos dos meses. ¿Y la tercera?

—La tercera costaría menos; la línea del Oyarzun, envuelta la del Bidasoa, se puede conquistar en quince días; los necesarios para vencer las dificultades del terreno de Gainchurizqueta y Andonegui y la resistencia de San Marcos y Choritoquieta.

—Eso no me conviene, Mariscal. Es mucho tiempo perdido. Los republicanos del 93...

—Andaban muy ocupados en otras fronteras—interrumpió Moncey un poco picado.

—Sólo eso les disculpa de la flojedad con que procedieron en aquella campaña.

—Pues aseguro á V. M. que en menos tiempo nadie conquistará aquellas líneas.

—Vos habláis como General impetuoso; pero yo que además de General soy político conozco otros procedimientos para llegar en una jornada desde Bayona á Pasajes. Es de necesidad para la gloria de la Francia que esto se realice y se realizará.

Después de meditar unos momentos preguntó de nuevo á Moncey.

—¿Conocéis algún General español de los que hicieron aquella campaña?

—Conozco á dos que se distinguieron notablemente: uno como ayudante del General Caro, de quien era pariente, y el otro como coronel del regimiento de Africa.

—¿Se llaman?

—El Marqués de la Romana y D. Francisco Javier Castaños.

Napoleón, sin decir una palabra, sacó de un cajoncito de la mesa un pequeño libro de memorias y escribió: «Marqués de la Romana—Castaños».



II

San Sebastián, plaza fuerte.

NAPOLEÓN se incorporó en su asiento en actitud de levantarse, quizás para dar por terminado el Consejo, cuando Moncey, alargando el brazo derecho, como tratando de contenerle, le dijo:

—¿Me permite Vuestra Majestad?

Napoleón se quedó mirándole con un principio de mal humor. No le gustaba que en su presencia nadie tomase iniciativa alguna; mas comprendiendo que tan experto Mariscal tendría razones poderosas para obrar en aquella forma le dijo:

—¿Qué es ello?

—Falta lo más importante.

—Hablad; pero sed breve.

—Esperaba que V. M. hablase de San Sebastián.

—¡Ah!—y con un movimiento rápido echó mano al mapa y buscó un punto. Después añadió:

—Mi objetivo terminaba en Pasajes.

—Si ha de ser por conquista no puede terminar ahí. La vecindad de San Sebastián sería peligrosa.

¿Es muy fuerte esa plaza?

—No tanto como Tolón; pero bien defendida se puede sacar mucho partido de sus fortificaciones.

Bonaparte pareció halagado por la alusión; sonriendo preguntó:

—¿A qué sistema pertenecen?

—Algunos muros son del tiempo de Carlos V, aunque modificados y mejorados según el sistema del caballero de Ville; las obras exteriores están construídas á la Vauban.

—Partes fuertes y débiles.

—El frente de tierra es fortísimo, porque lo constituye un excelente hornabeque con su contraescarpa, camino cubierto y glacis en buen estado de conservación. El hornabeque cubre la puerta de tierra, única para entrar en la plaza; frente al hornabeque hay un rebellín y á retaguardia un «caballero», llamado cubo imperial, por más que es un verdadero baluarte, á cuyo lado, junto al orejón occidental, se abre la puerta de la plaza.

La cortina meridional dominada por el «caballero» medirá unos mil cuatrocientos pies y á ambos lados tiene los baluartes de Santiago y San Felipe.

—Veo (y miraba Napoleón al mapa) que el frente oriental está sobre el río.

—Sí, Magestad, y es la parte más débil, porque sólo está formado por una cortina, en la que se levantan los cubos de Hornos y Amezqueta y el pequeño baluarte de San Telmo, hechos para el flanco de su escarpa; pero careciendo de obras exteriores este es el punto indicado para el ataque. Así lo entendió el Mariscal de Berwik en la guerra de

Sucesión, cuando el primer Borbón español, acometiendo precisamente por ahí.

—¿Es vadeable el río?

—Lo es.

—¿Estais seguro?

—He visto cruzarlo en las bajas mareas, por unas marismas, á tiro de fusil de la plaza.

—¿Y la parte del puerto?

—Sólo contando con superioridad en el mar podría intentarse algo; pero es muy peligroso.

—Razones.

—El castillo.

—Detalladlo.

—El peñón de la Mota tendrá cerca de quinientos pies de altura. En la cúspide se alza una gran obra torreada, con dos baterías á cada lado, llamadas de la Reina y del Mirador. Más abajo tiene otras baterías, Bardocas, Damas y Santa Teresa, mas algunas otras obras destinadas especialmente á barrear las subidas.

—¿Cuántas tiene?

—Dos: una por el plantón, encima del puerto, y la otra por Santa Teresa; ambas van en pendiente y encajonadas. A viva fuerza es difícil su conquista.

—¿Tiene la plaza buenas casamatas?

—Sí, pero pocas; las mejores están destinadas á almacenes, las del cubo imperial á cuarteles.

—¿El frente oriental las tiene?

—No; el frente oriental sólo se compone de su muralla, unos mil pies, doce de espesor y treinta de altura por la cara exterior. Por la interior, la altura queda reducida á la mitad á causa del terraplenado de arena, donde se levantan todas las edificaciones.

—¿Hay algún padrastro?

—El cerro de San Bartolomé, que á tres mil pa-

— sos domina el interior de la plaza y casi todas sus defensas. Algunas las coge de enfilada.

—¿No tienen traveses?

—Ninguno.

—¿Agua?

—Detrás de San Bartolomé, entre Puyo y Ayete, hay un buen manantial, llamado de Morlans, y por acueductos y cañería al descubierto, pasando por el Oeste de San Martín, entra en San Sebastián por cerca del baluarte de San Felipe.

—¿En abundancia?

—Tan sólo para las necesidades de la actual población; pero cuentan con unos quince pozos que recogen el agua de lluvia.

—¿Y el castillo?

—Allí andan mal, pues no tienen más que una pequeña fuente abajo, junto al mar, y hay que subir el agua hasta el macho con gran fatiga ó empleando borriquillos.

—¿Y acuartelamiento?

—Un cuartel en el arrabal de San Martín para doscientos hombres; otros doscientos pueden alojarse en las casamatas del cubo imperial é igual número en el castillo.

—¿Nada más?

—De cuarteles, no.

—Pues sólo para seiscientos hombres.

—La guarnición del ejército regular no llega á ese número, porque casi todos los hombres útiles tienen obligación de defender la ciudad según sus fueros.

—¡Ah! ¿Tienen fueros?

—Casi prehistóricos.

—Savary, necesito amplios antecedentes acerca de esos fueros.

—El General Harispe, hijo del Valle de los Aldui-

des, los tiene en toda su extensión; ya sabe Vuestra Majestad que ha tomado con gran entusiasmo el estudio de cuanto concierne á su raza, tan interesante.

—Es verdad; recurrid á él.

—¿Quién tomó á San Sebastián?

Moncey vaciló un momento antes de responder; por fin dijo:

—Mis tropas.

—¿En cuánto tiempo?

—En ocho días, á contar desde que se me confió el mando en jefe.

—¡Cómo, cómo!—exclamó Napoleón.

—Sí; pero nuestro ejército había estado quince meses detenido frente á la línea del Sara.

—No lo entiendo bien.

—A últimos de Julio fuí nombrado General en Jefe. Aprovechando mi conocimiento del territorio, moví las tropas en forma, que el 1.º de Agosto me situé á retaguardia de la línea ocupada por el enemigo, quien se retiró en desorden, dejándome franco el camino de la capital de Guipúzcoa, en la que entré dos días después.

—Mal se compagina ese éxito con vuestra opinión de que para llegar á Pasajes...

—Es que aquella campaña abrió los ojos á los españoles, tanto que una comisión de Generales hizo un detenido estudio para fortificar aquel territorio, evitando que se repita la invasión.

—¿Pero han fortificado?

—No.

—Pues entonces...

—Aquel país no necesita fortificaciones. Basta con que sus naturales quieran aprovechar las ventajas que en guerra defensiva les proporciona tan áspero terreno.

—Pero tomado San Sebastián llegaríais en seguida á Castilla...

—Once meses tardé en llegar al Ebro y la Paz de Basilea me sorprendió sin haberlo podido cruzar.

—¡Once meses! ¿Quién os detuvo?

—La línea del Deva.

Napoleón examinó en silencio el mapa.

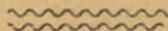
—Tomásteis el camino más largo, ¿por qué?

—Buscando el flanco izquierdo del enemigo; pero éste había aprendido mucho y se apoyó en posiciones tan formidables, que me obligó á adoptar un nuevo frente de batalla.

—Es decir, que creéis que el Pirineo...

—Es infranqueable si lo defienden.

—Aprovecharemos la lección.



III

“Capitanenea,” ⁽¹⁾

Por el camino que desde Atocha conduce á Concorronea, en las cercanías de San Sebastián, sube pausadamente un hombre. Su paso es firme; está en el vigor de la edad, unos treinta y tres años. Aunque con aspecto de campesino, es un tipo varonil, de sueltos modales y franca fisonomía. Contra la costumbre de la gente del pueblo lleva bigote que le da marcial continente.

Llega á lo alto del cerro, tuerce á la derecha, por el camino de Eguía y entra en una casería vieja, pero fuerte y de aspecto un tanto señorial.

A la sombra de un enorme nogal dos pequeñuelos juguetean; chico y chica, aquél de diez años, dos más que ella.

(1) Del Capitán.

Al ver al hombre se levantan dejando en paz á un perrito con el cual jugueteaban, y se lanzan al encuentro del hombre exclamando:

—¡Aita! ¡Aita!

El hombre coge á los dos pequeñuelos, los acomoda en cada brazo y los cubre de besos.

—¿Y la madre?—pregunta.

—En el *iturri* (1) lavando.

—¿Y la abuela?

—Cuidando la comida.

A una gran ventana se asoma una mujer; ya entrada en años, pero vigorosa. Viste de luto.

—¿Estás ahí Chomín?

—Aquí estoy, abuela.

—¿Tienes prisa para la comida?

—No; voy á buscar á la Josefa y cuando vengamos comeremos.

El llamado Chomín marchó con sus dos retoños bajando por una suave pendiente que se dirigía á una hoyada hacia Polloe.

En la hoyada hay una poza donde lavan varias mujeres. Una levanta la cabeza y exclama:

—¿Qué pronto has venido? ¡Habrás visto sinvergüenza de mocosos! ¡Los dos encima de su padre! ¡Bájate, Pachín, no molestes al padre! Siquiera la Venturacho es pequeña.

El pequeño Pachín se agarra más fuertemente á su padre, que sonríe.

—¿Tardarás mucho?—pregunta á su mujer.

—Aún me queda tarea, pero la haré después de comer.

En un gran barreño de barro coloca bien apretadas las ropas que habían recibido la primera jabona-

(1) Fuente.

dura y dejándolas á la buenade Dios á orilla de la poza se une á su marido, coge en brazos á la pequeña y suben á la casería.

La abuela en tanto ha puesto la mesa cerca del nogal, entre sol y sombra. Las vasijas puestas en el tablero son de una sencillez primitiva: una gran fuente enmedio, tres escudillas de Talavera é igual número de cucharas de boj. En un gran puchero humea la comida que Josefa vierte en la fuente.

Se sientan. Josefa pone en sus rodillas á la pequeña; su marido hace lo mismo con el varón.

La abuela ha traído una jarra de sidra espumante y dorada.

El contenido de la fuente convida á comer por su grato olor campestre: alubias, zanahorias y patatas, todo cosecha de casa. Tocino y carne de cerdo, también criado en la casería.

Artúa (1) (entonces se comía poco pan) también cosecha casera.

Chomín bendice la mesa, costumbre patriarcal muy generalizada en aquella época.

Comen despacio, masticando bien los alimentos, deglutiendo completamente formada la bola digestiva.

Todos tienen aspecto sano. Solo Chomín parece dominado por alguna preocupación.

Una sombra de melancolía nubla su grave rostro. Solo sonrío algunas veces á sus pequeñuelos.

Después del potaje los pequeños toman un gran vaso de leche y se marchan á jugar con el perrillo. Los padres y la abuela beben la sidra.

Acabado el agape la abuela se retira á la cocina, la esposa á la fuente y Chomín se muda de ropa,

(1) Torta de maíz.

coge un azadón y se pone á trabajar en el campo arrancando las malas hierbas de las coliflores, lechugas y puerros, operación que escasamente le entretuvo media hora, porque esa labor del campo la hacía con frecuencia para evitar el crecimiento de hierbas, tan abundantes en Guipúzcoa. Después se dirige al gallinero, hace una buena limpieza, sacando los residuos al montón situado á prudente distancia, muda el agua del bebedero y recorre atentamente los cantales de hortaliza para escoger las que su mujer llevará á la plaza al siguiente día, muy de madrugada. Según las va escogiendo las echa en un gran canasto para que luego sean lavadas por Josefa.

En el canasto hay puerros gordos, blanquísimos, cebollas de enorme cabeza, gruesos espárragos, lechugas de apretado cogollo.

Interrumpe su labor una voz varonil á su espalda que grita:

—¿Se puede entrar?

Chomín se vuelve y ve en el camino un hombre á quien de pronto no conoce.

—Adelante—le dice saliendo á su encuentro.

El desconocido entra en la «jurisdicción» de Chomín preguntando:

—¿No me conoces?

—La voz me recuerda algo—contesta éste mirando atentamente á su interlocutor.

De pronto abre los brazos y le estrecha fuertemente exclamando:

—¡Zarraluqui!

—El mismo. Tú has cambiado poco.

—Es que yo me rasuro y tú te dejas esas barbajas.

—Es para inspirar más respeto.

—¿Pues?

—Que cuando la francesada aprendí el oficio y soy alguacil de Zumaya.

—¿Y qué tal te va?

—Divinamente. Tengo un alcalde que vale un mundo como autoridad y como persona. A él le debo el destino. Es un antiguo conocido.

—¿Quién?

—Aquél que cuando la línea del Deva era sargento de la compañía de Zuaznabar: Larrañaga.

—¿Y tienes buen sueldo?

—No es gran cosa; pero el caserío que me quemaron los franchutes lo fuí levantando poco á poco y como está tocando al pueblo puedo atender al cargo y al caserío. Así vamos viviendo.

—Te casarías.

—Sí, y tengo tres hijos como tres soles.

—¿Y tú?

—Yo también marchó bien. Me casé en cuanto terminó la guerra con la República francesa y tengo dos hijos que deben parecerse mucho á los tuyos.

—¿Por qué?

—Porque son como dos soles. Por aquí andan jngueteano.

—Llevarás en renta este caserío...

—No, es mío.

—Yo creí que lo tenías por Lezo.

—Aquél es de mi hermano. Este lo compré pagándolo á plazos á un antiguo conocido que se marchó á las Américas.

—Vivirás bien.

—Como un príncipe. Hoy no tengo vicios porque aquel de empinar el codo lo dejé... allá abajo, en San Telmo. Es una antigua historia, triste, muy triste, que no me gusta recordar. El campo me da

lo bastante para comer, y como mi mujer se trae de la plaza diariamente algunos reales, y todos tenemos salud, no puedo quejarme de mi suerte. Tomarás sidra.

—Si es de tus manzanos, sí.

—De mis manzanos es.

—Pues la tomaré.

—¿Comerás chorizo ó queso?

—Comer absolutamente nada, porque ya he comido.

Chomín se dirige presuroso á la cocina que está en la planta baja. Zarraluqui se sienta á la sombra del manzano y mira con curiosa complacencia á su alrededor.

El campo perteneciente á la casería no es muy extenso, pero de buena calidad y bien orientado: un rectángulo de hectárea y media dividido en cuatro parcelas: una, la mayor, con algunos centenares de manzanos, otra destinada á alfalfa y demás graníneas para las vacas y «cherris» (1), la tercera para huerta con algunos frutales, y el resto como desahogo, junto á la casería.

El todo acusa manos cuidadosas y trabajo esmerado; hasta en los menores detalles se nota el orden, hábito adquirido por Chomín en sus años de soldado.

No se ve una zarza ni mala hierba. El camino no tiene baches porque en cuanto se hace uno, Chomín lo rellena con piedra menuda, y si cae un pedazo de tapia en seguida lo repone.

Ve Zarraluqui el gallinero limpio, las inmediaciones del portalón, planas como el patio de un cuartel, las paredes interiores blanqueadas. Cuando Chomín sale llevando un gran jarro de sidra, le dice Zarraluqui:

(1) Cerdos.

—Chomín, eres una alhaja.

—¿Por qué lo dices?

—Porque veo en todo un cuidado grande. Yo no soy tan arreglado, pero tengo una mujer muy hacendosa.

—La mía, también. Además trabajo para mí y no para un amo. El trabajo propio luce,

Bebieron con calma y charlaron de los tiempos pretéritos en que pelearon juntos en los Tercios de Guipúzcoa.

—¿Te tratas con el alférez Martiarena?

—Mucho; como hermano.

—¿Y qué es de él?

—Ahora es teniente de Milicias y presta servicios á la Diputación foral.

—¿Se casó?

—Sí; con una prima suya que quedó desamparada porque su madre murió á consecuencia de los berrenchines que tomó en Bayona, cuando los franceses se llevaron á su hija con otras educandas y las monjas de San Bartolomé.

—Tendrá familia.

—El padre de ella; un viejo marino y dos niñas.

—También serán como un sol.

—Guapas son de verdad. Pero qué ¿te vas ya?

—Sí; tengo algunos quehaceres y quiero estar en el puerto antes de que cierren el portalón.

—Espera, que llevarás manzanas y membrillos para tus soles.

—Se aceptan por la procedencia.

Chomín entra en la casería y sale á poco llevando un cesto con fruta. Zarraluqui la coloca en un pañuelo, y salen juntos de la casería hasta el puente de Santa Catalina donde se despidieron.



IV

« Tripasayenak » ⁽¹⁾

EN la época en que ocurrieron los acontecimientos que vamos relatando, no existían en San Sebastián los sitios de reunión que el progreso ha ido estableciendo ante la necesidad de comunicarse frecuentemente para las necesidades de la vida más activa que hoy se hace.

En aquellos tiempos había tertulias particulares de diferentes categorías; pero sólo vamos á ocuparnos de una, muy popular, que existía á la subida del castillo de la Mota, al final del camino de ronda de la muralla, frente al puerto.

Se titulaba « Tripasayenak ».

Como todas las casas de comidas existentes entonces, el local se reducía á una gran pieza en el piso

(1) «De los Comilones».

bajo, y una bodega donde tenían ricos vinos de Navarra y de la Rioja; pero su especialidad era la sidra del país; y como todos los socios de «Tripasayenak» eran «profesionales» en el arte de catar el rico jugo de la manzana, en aquella sociedad se hallaban las mejores clases que se elaboraban en los «tolares» (1) de Oyarzun y Astigarraga.

Allí se reunían muchos «errikoshemes» (2) donostiarras, gente de dinero algunos, y de excelente humor todos: propietarios, comerciantes, empleados del «Consulado»; curiales y oficinistas de las muchas que existían, derivadas algunas de la famosa Real Compañía de Caracas.

Los socios propietarios podían llevar á aquel local á cualquier amigo, pero cada uno de éstos tenía que depositar un «champón» (3) en un especie de cepillo que existía en sitio visible, con un rótulo en que, despreciando las reglas gramaticales del idioma francés y ateniéndose tan sólo á la pronunciación, se leía: «si vu ple».

El local era fresco en verano y templado en invierno con lo que no es extraño que siempre se viese favorecido con la presencia de socios que iban, unos á merendar, otros tan sólo á beber, algunos á saber noticias de día, y muchos á merendar, beber y saber noticias.

Una tarde del mes de Marzo de 1808 varios socios, en distintas mesas, apuraban sendos jarros de rica sidra, para apagar la sed que les producía la gran cantidad de sardina que «embaulaban» en sus estómagos, las cuales, de propósito, estaban cargaditas de sal.

(1) Lagares.

(2) Tipos populares.

(3) Moneda de dos cuartos.

—¡Esto pasa de castaño oscuro! ¡Esto es insoportable!—exclamaba á voz en grito un veterano oficial, ayudante de plaza, que en aquel momento entraba por el zaguán de la sociedad dando violentos pisotones con una pata de palo que substituía á otra perdida hacía años cuando la primera invasión francesa, por la frontera á orillas del Bidasoa.

—¿Pero qué sucede?—le interrumpió uno de los socios, el sesudo Machain.

—¡Que dicen que va á pasar la frontera otro cuerpo francés!

—A eso nos obliga el Tratado de San Ildefonso—dijo Lepuzain, archivo viviente de cuantos acontecimientos ocurrían por entonces.

—El Tratado de San Ildefonso... Ningún español debiera nombrarlo, porque ha sido un lazo que nos ha tendido Napoleón.

—Los españoles no debemos invocarlo, pero los franceses bien lo hacen.

—Yo, señores, dijo un curial, no veo tan mal la entrada de los franceses. Al fin y al cabo vienen á hacernos un gran favor.

—¡Favor!—exclamó Garchitorea. ¿Cuál?

—El quitarnos de enmedio al maldito Príncipe de la Paz.

—¿Pero usted cree que ese es su objetivo?

—No sólo lo creo, sino que lo aseguro.

—¡Qué cándido es usted!

—Seré todo lo cándido que usted quiera; pero los hechos me darán la razón. Además todo lo que sucede es consecuencia de un Tratado, y los Tratados no deben discutirse después de su firma, porque ya entran en la santidad de la cosa juzgada.

—¿Y usted lo cree así?

—Lo creo, porque creo en el respeto á los Tratados, ó no habría justicia en el mundo.

—Sí, justicia la hay—intervino Machin—; pero cada uno la aplica en beneficio propio. En asuntos internacionales... después de lo que hemos visto... Las naciones, sobre todo si son fuertes, se ponen el Derecho por montera.

—Nos apartamos de la cuestión, señores, gritó el inválido queriendo dominar el murmullo que producía el cuchicheo de varios socios, y la cuestión es que Francia nos va á comer.

—Pues tendrá buena indigestión.

—La tendrá; pero antes nos habrá comido, porque no nos quedará más remedio. España está indefensa; nuestros barcos repartidos por extensas posesiones, formando pequeñas escuadras, mal atendidas todas, porque el Príncipe de la Paz no entiende una higa de asuntos marítimos, y nuestro ejército mermañísimo. Recuerden ustedes los 24.000 hombres del Cuerpo del Marqués de la Romana, combatiendo por Dinamarca en favor de Napoleón.

—Pues por eso vienen los franceses á ayudarnos ahora—dijo el curial.

—¡Cuánto cándido hay en el mundo!—exclamó Garchitorena, dando un puñetazo en la mesa, y moviendo la cabeza con visibles muestras de mal humor.

—Usted, amigo Garchitorena, es muy pesimista.

—No—interrumpió el aludido—; pesimista, no; desconfiado, sí; porque no me fío, en asuntos de política internacional, ni de mi sombra.

Intervino el Sr. Alquiza, Alcuza por mal nombre, honrado boticario—socio de Tripasayenak, en concepto de químico para analizar los licores, vinos y sidras que inspiraban desconfianza—, opinando:

—Pero ese Cuerpo de ejército no debe ser destinado á entrar en España.

—¿En qué se funda usted?

—En que su nombre de «Cuerpo de observación de la Gironda» demuestra que es para uso interno.

—Sí; para tomar á gotas, como ciertas recetas.

Una violenta carcajada estalló.

—¿De qué se ríen ustedes?

—Del «uso interno». ¡Cómo se conoce que es usted boticario!

—Podrá ser término de botica, pero expresa bien claramente el pensamiento.

—Pero usted ve muy turbio—le dijo Garchitorena—. Ese nombre encubre las verdaderas intenciones de Napoleón.

—¡Hombre! Claro que no va á echar raíces en la Gironda; si hace falta en otra parte...

—A eso voy—dijo el inválido—. El nombre no hace á la cosa. La desastrosa política española servirá de pretexto para que Napoleón haga «mangas y capirotos» en nuestra Patria.

—Dicen—objetó el boticario—que el Choricero va cayendo en desgracia. Si esto es verdad, y si es verdad que los franceses vienen para quitar el poder al maldito Godoy, bien venidos sean.

—¡Mentira! ¡Mentira!—saltó Garchitorena, dando un puñetazo en la mesa—. Napoleón, si viene á España, es sólo para hacer su negocio. Es para alzarse con el santo y la limosna; es para quedarse con España y Portugal.

—No será para tanto—exclamó uno.

—¿En qué se funda usted?—preguntó otro.

—En los hechos bien claros y terminantes. ¿Qué ha hecho con los Reyes de Etruria, hijos de nuestro bondadoso Monarca? Pues despojarles del trono y

mandarlos á España á freir espárragos. ¿Qué hizo con Saboya y Niza? Comérselas. ¿Qué con los Países bajos? Engullirlos. ¿Qué ha sido de las provincias del Rhin? Al vientre insaciable de la Francia han ido á parar. Lo mismo quiere hacer con España.

—Sería el colmo del desahogo.

—¡De la desvergüenza!

—Usted, amigo Garchitorena, debe tener muy pocas simpatías por los franceses.

—¿Pocas? Diga usted que ninguna.

—Pues en Gibraltar hizo usted la campaña con ellos.

—De allí, precisamente, nace mi poca simpatía, confirmada el 94.

—Su odio.

—Alto ahí. Yo no odio á nadie: ni aun á los franceses que me hicieron el disfavor de arrancarme una pierna de un cañonazo. Es que en asuntos de política internacional quisiera que los españoles obrásemos por cuenta propia, sin ayuda de vecinos que sólo van á la suya.

De un rincón salió una voz potente que gritó:

—¡Bien dicho!

Y avanzó un lobo de mar, á juzgar por el arete de oro que llevaba en una oreja, el cual, con euské-rica sobriedad de palabras, dijo poniendo su mano derecha encima de la mesa:

—Me faltan tres dedos en este remo.

Después se quitó el jubón, bajó el pechero de la camiseta y enseñó una extensa cicatriz que arrancaba del hombro izquierdo hasta la mitad de la espalda.

—De aquí una libra de carne. La avería llega hasta la quilla.

Luego se levantó un mechón de pelo, enseñando una oreja mutilada.

—Y de aquí media vela.

—Compadre—le dijo otro marino—, ¿en qué carnicería dejó tanta piltrafa?

—En Trafalgar.

—Pero, hombre, si allí iban franceses y españoles juntos.

—Sí, pero mal unidos; los franceses nos miraban por encima del hombro, y su Almirante, una nulidad, nos dejó en las astas del toro. Allí debimos vencer, porque entre españoles y franceses llevábamos 2.900 cañones, mientras los ingleses no pasaban de 2.200; pero ellos llevaban un Nelson, y nosotros un Villa no se cuántos.

—¿Y Gravina? ¿Y Churruca?

El marino se descubrió respetuosamente y contestó:

—Gravina y Churruca eran subordinados. Si el Almirante francés que mandaba las escuadras aliadas hubiera hecho caso á Gravina, otra gaviota nos cantara.

—¿Tan mal se portaron los franceses?

—No, hubo grandes héroes; entre ellos un Magón y un Lucas que se portaron como españoles; por algo llevaban apellidos españolizados.

—¿Y esas heridas—preguntó Garchitorena—en qué barco se las causaron?

—En el *San Juan Nepomuceno*, barco mandado por dos vascos: Churruca y Moyna, que regaron con su sangre la cubierta del buque. Aquellos eran hombres.

Y magestuosamente se volvió á su mesa donde tenía un enorme botellón, ya medio vacío, y un vaso de estaño. Se sentó y pareció no importarle ya lo

que hablaban atento sólo á saborear poco á poco el fruto de las vides de la ribera de Navarra.

—¡Es verdad! ¡Es cierto!—entró gritando un individuo.

—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?—preguntaron algunos?

—Acaba de llegar al Ayuntamiento una carta, oficio ó lo que sea, del alcalde de Oyarzun, diciendo que procedentes de Irún están pasando hacia Astigarraga tropas francesas mandadas por el Mariscal Junot. Vaya, adiós, que voy á avisar á los Regidores.

—¿Junot ha dicho?—preguntó desde su mesa el viejo marino.

—Sí, Junot.

—Eso es subir—murmuró.

—¿Qué le conoció usted?—preguntó Lepuzain.

—Sí, por una casualidad. Le conocí en Tolón.

—¡Hombre! Cuente, cuente usted.

—Cuando los republicanos tomaron Tolón, yo por un olvido ó por precipitación en el reembarque me quedé de centinela más solo que champón en bolsillo de grumete, en una calle inmediata al arsenal. Nuestra escuadra y la inglesa tomaron el portante y se largaron con viento fresco dejándome con tres palmos de narices en aquella maldita ratonera convertida pronto en horno, porque los ingleses pegaron fuego al arsenal.

—¡Apuradillo era el caso!—exclamó el boticario.

—Pues no me apuré mucho, porque de joven le importa á uno un pepino el peligro. Además el vascuence me salvó.

—¡El vascuence!

—Sí, y un gorro colorado.

—¿Cómo?

—Había perdido yo mi «chapela» y como hacía un fresco que se chupaba uno los dedos, andaba buscando tienda para comprar otra. Pero las tiendas estaban cerradas. En una calle veo que corren hacia el arsenal; corro también creyendo que serían españoles ó ingleses; pero «filé» que eran gabachos; encuentro un gorro en el suelo, me lo encasqueto y sigo corriendo, alcanzando á los que corrían.

Unos me hablaron en francés, yo les contesté en vascuence; siguieron hablándome en gabacho y yo siempre en vascuence.

—¿Pero qué le decían á usted?

—¿Yo qué sé?

—¿Y usted qué les decía?

—Jaunak.

—¿Y...?

—Nada; se echaron á reir, y uno dijo: ¿Junot? La bas—y me hizo seña de que más abajo. Entonces me marché hasta encontrar una batería francesa, donde el morapio corría de firme porque los nuestros abandonaban aquellas aguas. Nadie se metió conmigo, y yo me metí en casa de unos españoles conocidos que me dieron albergue. Precisamente allí fué alojado Junot, que entonces era sargento de la batería de Bonaparte con otros artilleros.

—¿Y qué hizo usted?

—Yo no entendía una patata de gabacho, pero mis patronos sí, y luego me enteraron de que se había portado como un valiente: que estando escribiendo un parte cayó una granada allí cerca, le llenó de tierra el papel, y dijo volviéndose hacia los ingleses:

—Gracias; precisamente no tenía arenilla.

Esto le gustó mucho á Bonaparte, y le dió la mano llevándoselo de ayudante, pues le hicieron oficial.

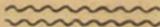
—Sí que lleva brillante carrera. ¿Era joven?

— 35 —

—Un mocoso; pero muy simpático, aunque con el defecto de ser francés.

—¿Y qué hizo usted luego?

—Meterme á marino mercante en Tolón, hasta que pude echar anclas en España.



V

La biblioteca de San Telmo

Los asientos públicos adosados á los muros en la explanada de la falsa braga de puerta de tierra están llenos de gente; los parapetos de la muralla llenos de gente; los merlones del hornabeque llenos de gente también.

Y aun habría mucha más si los centinelas de la puerta y del rastrillo no dijeran á cada momento, empujando suavemente á los transeuntes:

—¡Vamos, señores, despejen! ¡Dejen el paso libre!

Y los que no cabían en la banqueta de los parapetos y en lo alto de éstos seguían adelante, hacia el glacis ó explanada para continuar hasta el puente de Santa Catalina.

Por todas partes se ve gran gentío; los corrillos

abundan; se notan conversaciones animadas; algunos hablan con vehemencia.

La guardia ha sido reforzada. En la puerta, junto al centinela, está serio, sin tomar parte en ninguna conversación, el oficial de guardia del recinto.

El de las obras avanzadas se pasea por delante del rastrillo mirando de cuándo en cuándo hacia el puente de Santa Catalina, donde se ve un corneta como de vijía.

También este oficial está preocupado; dirige hostias miradas hacia Santa Catalina.

La impaciencia devora al oficial de puerta de tierra. Llama al sargento, le da breves instrucciones y pasa el puente levadizo, dirigiéndose por la gota del hornabeque hacia el rastrillo. Ve al oficial que sigue paseando, y se dirige á él,

—Qué, ¿hay nuevas noticias?—le pregunta éste.

—No; ¿y tú?

—Tampoco. He puesto un corneta en el puente para que avise si se ve algo por Miracruz.

—Estoy indignado.

—Yo también.

—El ayudante de plaza está medio loco.

—Sí; al pobre le tocó bregar la otra vez con los franceses. Dice que hoy mismo va á pedir el retiro.

—Hará muy bien. Hay cosas que no pueden verse en la vida más que una vez.

—¿No será una mala interpretación?

—Dice que el Duque de Mahón (1) pidió confirmación de la orden, y que la confirmación ha venido.

—Pues yo no permito la entrada mientras no reciba la orden por escrito; si no me dan ésta, en cuanto

(1) Era Gobernador de San Sebastián en 1808.

reciba aviso del corneta cierro el rastrillo y pongo á mi gente en el parapeto.

—Yo también levantaré el puente levadizo y prepararé á mi guardia, porque no me fio de los franceses.

—¡Quién se va á fiar sabiendo la forma en que se han apederado de la ciudadela de Pamplona!

—Y de la de Barcelona.

—Yo Gobernador, ni aun con la orden recibida permitiría la entrada.

—Ni yo.

Hacia ellos se dirigió presuroso un individuo. Vestía como los campesinos acomodados.

—Perdón, mi teniente; ¿es verdad que los franceses van á entrar en San Sebastián?

Los oficiales miraron con prevención al preguntante.

—Lo pregunto para coger un fusil si hace falta. Estuve peleando en la otra guerra durante toda la campaña y...

Y cerró los puños en son de amenaza, añadiendo:

—Fuí asistente del capitán Landibar, el que mataron en la peña de Aya, y después del teniente Pachi Martiarena.

—¡Ah, veterano!—le dijo cariñosamente uno de los oficiales. Algo he oído de aquellas hazañas. Con muchos como usted, ya podríamos negar la entrada á los franceses, pero...

—Hay orden—dijo el otro oficial—de permitirles entrar sin tirar un tiro.

—¿Y qué necesidad tienen de entrar aquí? Que sigan á Portugal por Astigarraga. No tienen por qué pasar por San Sebastián.

—Tiene usted razón; y eso me confirma más en que sus propósitos son en contra de España. Quie-

ren tener en su poder todas las llaves del Pirineo y les falta ésta.

—¿Y qué hace la ciudad?

—¡Qué ha de hacer! Obedecer, como obedece el General. Ahora están reunidas las autoridades.

—Pues con permiso de ustedes me retiro. Voy á casa de mi antiguo oficial por si hay que empuñar el «chopo».

—Adiós, veterano.

—Chomin, que no es otro el interlocutor de los oficiales, entra en el recinto murado y se dirige á la calle de San Juan, donde tiene su domicilio el teniente Martiarena.

—¿Está el *jaun* (?) (1)—pregunta á la criada que sale á abrir.

—No; ha salido.

—¿Y el *aitona*? (2).

—Como siempre, á orilla del mar.

—¿Y la señorita?

—La señorita está; con las niñas.

—¿Qué le trae por aquí?—preguntó Ventura, la esposa de Martiarena, asomándose á la puerta del comedor.

—¡Chomin! ¡Chomin!—gritaron dos niñas rubias, de redondos y encendidos carrillotes, corriendo hacia él—¿nos traes algún pajarito?

Y se le agarran á las piernas. Chomin toma una y la pone en un hombro, llevando á la otra bajo el brazo. De esta guisa entra en el comedor.

—Siéntese, Chomin, si no tiene prisa. Y vosotras, Pilarín y Carmencho, mucha formalidad, que se va á enfadar Chomin.

(1) El señor.

(2) El abuelo.

—¡Si Chomin no se enfada nunca, amacho! (1)—
exclama Carmen, que es la mayorcita.

—Pues me enfadaré yo.

—Tampoco tu te enfadas, mamá—dice Pilarín.

—Bien, ¿pero estaréis formales?

—Sí, amacho (1).

—Pues Pachi—dice Ventura á Chomin—ha ido á
Casa de la Ciudad porque ha recibido un aviso.

—¿Y no sabe á qué?

—No.

—Pues yo sí. Ha ido porque los franceses van á
entrar en San Sebastián.

—¡Qué dice usted!—exclamó Ventura sobresal-
tada.

—Pero no tema usted nada por ahora. Van á en-
trar con permiso.

—¿Cómo es eso?

—Parece que se ha recibido orden en tal sentido,
y á no ser que la junta de autoridades acuerde otra
cosa, hoy volverán á dormir los gabachos en el re-
cinto de San Sebastián.

—Entonces supongo que mañana mismo nos mar-
charemos.

—¿A su casería?

—No lo sé. Donde disponga Pachi.

—Yo voy en un momento á San Telmo á avisar
al Padre Prior, tío de mi antiguo capitán. Volveré á
saber la resolución de Pachi.

Chomin se dirigió á la plaza de Santo Domingo,
donde estaba el convento de San Telmo. El herma-
no portero, enterado del objeto que le llevaba, le
acompañó hasta la celda del Padre Prior, á quien
conocía de tiempo atrás por el parentesco con su an-
tiguo amo el capitán Landíbar.

(1) Mamaita.

—Padre, corren malas noticias.

—Sí, hermano; la desgracia parece que se cierne sobre nuestra Patria.

—Los franceses van á entrar en San Sebastián.

—Eso dicen algunos; pero me resisto á creerlo; por más que más difícil parecía el 94 y entraron.

—La junta de defensa está reunida en la Casa de la Ciudad. Parece que hay orden de Madrid para permitir la entrada.

—¡Oh! Política desdichada del malaventurado favorito... Gracias, Chomin, por su aviso. Voy á llamar á capítulo para tomar acuerdos.

Marchose Chomin y el Prior convocó á los frailes en la sala capitular. Reunidos en breve, les dirigió la palabra:

—Otra vez, hermanos, nos amenaza una desdicha parecida á la del 94, de tan funesta memoria, aunque no creo que ahora se repitan las diabólicas escenas de aquella nefasta época:

Pocos quedan en la comunidad de los que presenciaron aquellos luctuosos acontecimientos. Las hordas demoniacas entraron en esta santa casa como manada de lobos en apacible aprisco, y no hubo tiempo para ocultarnos en el subterráneo. A unos nos llevaron á Bayona, encerrándonos en mazmorras, otros desaparecieron misteriosamente, corriendo siniestros rumores acerca de su desdichado fin.

Las tropas francesas pretenden entrar en San Sebastián, y tarde ó temprano podemos dar por hecho que entrarán. Por consiguiente, conviene poner en salvo, como entonces, nuestros tesoros, desconocidos por algunos hermanos.

Tenemos una biblioteca con ejemplares tan raros, que han excitado siempre la codicia de cuantos han tenido noticia de aquellas joyas.

Poseemos cuadros cada uno de los cuales vale una fortuna. Ya estuvieron guardados en la otra guerra, y ahora vamos á trabajar todos para poner los tesoros fuera del alcance de las aves de rapiña.

El Prior se levantó y, seguido de todos, descendió á la iglesia, dirigiéndose al altar de San Ignacio, situado cerca del presbiterio.

Frente al altar se detuvo.

Un lego, viejo, pero fuerte y sano, se adelantó por orden del Prior, tiró de un rosetón situado en el ángulo derecho y salió un gran clavo, casi una barra de hierro.

Después empujó con el hombro derecho un lado del altar, y la mesa fué girando sobre el otro extremo con tardo movimiento.

Después arrastró un tablero colocado á guisa de zócalo en la pared, y quedó al descubierto una negra puerta, por la que salió una bocanada de aire frío y húmedo.

—Ahora—dijo—bajen algunos faroles y colóquenlos en forma que alumbren.

Pero primero, para hacer las cosas con orden, que los legos vayan descolgando los cuadros del refectorio y separándolos de los marcos. Son de Murillo y de Velázquez y tienen un gran valor. Los demás, de autores de segunda categoría, los dejaremos en sus sitios para que no aparezcan las paredes desnudas.

—¿Qué haremos de los marcos?—preguntó el lego carpintero.

—Hay que deshacerlos.

—¡Si valen un dineral!

—Hay que deshacerlos y los guardaremos también en el subterráneo. ¿No ve, hermano, que armados no caben por esa angosta entrada?

Varios legos llegaron con faroles y fueron pasando por la angostura, seguidos de los frailes. Bajaron varias escaleras húmedas, pero bien conservadas. En el fondo estaba la entrada á una amplia galería abovedada. En un rincón se veía una fuerte barra.

El mismo lego que había abierto el altar, cogió la barra, y apalancando entre las grietas, fué sacando de la pared una gran losa, que al caer al suelo dejó otra abertura estrecha, por la que se metió con un farol.

Aunque con gran trabajo, le siguió el Prior y algún fraile. El local era seco y espacioso; parecía una gruta abierta en el monte Urgull, entre enormes lajas de dura peña y de forma irregular,

—Aquí guardaremos todo. Dejad los faroles en forma que alumbren bien.

Salieron; los legos habían desclavado los cuadros del refectorio, consistentes los de Murillo en siete magníficos lienzos reproduciendo escenas de la pasión y muerte de Jesús. Los de Velázquez, una Sagrada Familia, la Ascensión del Señor y un Juicio Final, digno competidor del famoso de Miguel Angel, del Vaticano.

—Mucho cuidado al arrollarlos—recomendó el Prior—. Colocadlos en lo más alto para que no les ataque la humedad.

Junto al refectorio estaba la bien surtida biblioteca.

—¿Vamos á bajar todos los libros?—preguntó un fraile.

—No; haremos una selección. Prepare un cesto y algunas cajas.

El Prior abrió un armario situado entre dos estanterías, y sacando un antiquísimo libro, dijo:

—Comenzaremos por los incunables; estos libros que hoy valen mucho, y andando el tiempo cada uno de ellos será un tesoro.

Allá va el famoso salterio, impreso en Maguncia en 1457. Un embajador francés ofreció por él cien onzas de oro.

Otro libro de autor demasiado libre, el atrevido Bocaccio, impreso en Brujas en 1476.

—¿Será el de cuentos?—preguntó con malicia el lego.

—No; se titula, *De la ruina de los hombres nobles*, y también excita la codicia de cuantos le echan la vista encima.

Otro del mismo autor, *El Decamerón*. Este debiéramos quemarlo por licencioso; pero vale una fortuna y aquí no da mal ejemplo á nadie. Guárdelo, hermano, en el fondo.

Una biblia impresa por Guttenberg, en 1459, en Estrasburgo. Por milagro conservamos los tres volúmenes.

—¡Qué bien encuadernados están!

—Sí; hace más de doscientos años que se guarda en este cajón y está lo mismo que cuando la regaló su generoso donante.

—¿Se sabe quién fué?

—Sí; consta en el Catálogo: el gran Almirante don Antonio de Oquendo, honra de Guipúzcoa y gloria de España. Procede de un buque corsario apresado en las costas de Portugal.

Y ahí va el último de los incunables: la primera edición de *Orlando furioso*, impresa en Ferrara, en 1516.

Todos estos libros se guardan reunidos en una caja. Encárguese, hermano, de ellos, para que no vayan sueltos y se pierda alguno.

El Prior sacó una cajita cerrada; sin abrirla la dió al lego, diciéndole:

—Esta es la joya de la casa.

—¿Algún cáliz?

—No; son dos volúmenes: *Confesiones* y *La Ciudad de Dios*, manuscritos en pergamino, por San Agustín, esa lumbrera de la Iglesia.

El lego besó la caja; mientras, el Prior abrió otro departamento del armario, alargando un gran rollo al lego:

—Mucho cuidado con esto: es un rollo de papiros egipcios con notabilísimos jeroglíficos no descifrados todavía. Los trajo un Padre de Tierra Santa. No quiero soltar el rollo por temor de que se estropee alguno de sus preciosos dibujos.

Dos legos entraron en la biblioteca con cajones de madera y llenaron uno con los libros incunables.

—¿Han entrado los cuadros?—preguntó el Prior.

—Sí, padre; ya están.

—Pues vayan bajando con mucho cuidado todo lo que vayamos separando. Por Dios, que no se estropee nada.

—Pierda cuidado, padre.

Y dirigiéndose al lego que le ayudaba, le dijo:

—Seguiremos nuestra selección: prepare esa caja y ponga en ella este libro, *Nobleza de Vasconia*, curioso folio en pergamino con los escudos de más de trescientas casas solariegas del país vasco-navarro.

—¿Es de imprenta, padre?

—No. Es obra hecha á mano por un Padre de la Orden, que empleó varios años de paciente trabajo. El insigne Esteban de Garibay ofreció construir un convento nuevo á cambio de ese libro.

—¡Cuánto pesa!

—Pues aquí tenemos otro del mismo Padre, tam-

bién en pergamino, con curiosas viñetas y miniaturas; es una historia de los reinos españoles. Póngalo junto al anterior. Y como la vista se me cansa, encárguese, hermano, de leerme los títulos de los que le vaya dando.

—*El Fuero Real*—leyó el lego.

—¡Oh!, del Rey Don Alfonso el Sabio. Venga otro.

—Este está equivocado.

—¡Equivocado! ¿Por qué?

—Porque dice: *Estoria de Hespanna*.

—Sí; está escrito según el lenguaje de aquella época. Es del mismo Rey.

—*Cantares de Cesta*. Por dentro tiene santicos.

—¿Cómo?

—*Cantares de Cesta*—repitió el lego.

—A ver, á ver.

El Prior tomó el volumen, lo abrió, y entregándolo al lego, exclamó:

—*Cantares de Gesta*, hermano.

—¿Y qué es eso?

—No es cosa de comer.

Está escrito en caracteres góticos y no sabemos quién es el autor. Guárdelo y aparte la caja.

—¿Y esos otros?

—Estos pueden ir en montón, porque no tienen tanto valor. Vaya leyendo los títulos, y mientras no le diga nada, sepárelos.

—*La Iliada*, de Homero—leyó.

La Odisea, del mismo.

Edipo, Rey. Trage... trage. No entiendo lo que traje éste, porque está borroso.

—Tragedia, hermano, tragedia.

—¡Ah, sí! Tragedia de Sófocles.

Guerra del Pelo... No se entiende de cuál.

- Peloponeso, hermano.
 Cicerón: *Filípicas*.
 Virgilio: *La Eneida*.
 Horacio: *Odas, sátiras y píctolas*.
 — Epístolas, hermanos; ¡qué ganas tiene de chanzas!
- No, padre, que la *E* está borrada.
 —Bien, siga, siga.
 —Tito Livio: *Historia Romana*.
 Plutarco: *Vida de hombres ilustres*.
 Tácito: *Anales é historias*.
 Dante: *La Divina Comedia*.
 Maquiavelo: *El Príncipe*.
 Camoens. No me atrevo á leer lo demás.
 —¿Por qué?
 —Porque va á decir el padre que estoy de chanza.
 También falta una letra.
- ¿Cuál?
 —La *L*.
 —¿En dónde?
 —En el título. Dice: *As Luisadas*.
 —Pues no falta ninguna. El título está escrito en portugués.
 —*Jerusalén libertada*.
 Caldero...
 —¿Cómo caldero?
 —Así dice, padre. Vea, vea el título; parece raspada una letra: Caldero de la Barca.
 —Calderón, hermano. Todos los de esta estantería son las obras completas de ese autor insigne. Procure que no se mezclen con otros.
 —Tirso de Molina.
 —También tiene colección completa.
 —Alarcón.
 —Este tiene tres ó cuatro tomos.

—*Historia de...*

Aquí hay un libro que debe ser de otra estantería.

—¿Por qué, hermano?

—Porque trata de agricultura.

—¡De agricultura! Me extraña.

—Sí; habla del esparto.

—A ver, á ver.

El lego alargó el volumen.

—*¡Historia de Esparta!* ¡Por Dios, hermano, que hoy me quiere tentar la paciencia! Y antes de incurrir en el pecado de la ira prefiero dejar este trabajo. Lo principal está separado. Encárguese, hermano, de que lo bajen al subterráneo. Los demás libros son de importancia secundaria y pueden quedar en las estanterías.

Y el Prior malhumorado abandonó la biblioteca, dejando al lego algo confuso por haber hecho «salir de sus casillas» á un padre tan paciente como el Prior.



VI

Una lección de historia
aprovechada por Napoleón.

Lo más granado de la ciudad se halla reunido en el gran salón de actos del primer piso de la Casa Ayuntamiento.

Ocupa el sillón presidencial el Duque de Crillon, descendiente del General francés, conquistador de Mahón en la guerra con la Gran Bretaña.

Como muchos nobles franceses se puso al servicio de España cuando el regicidio de Luis XVI.

Es el Gobernador militar de Guipuzcoa: entonces se llamaba Capitán General.

En varios sillones toman asiento las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, los Comandantes de Artillería y de Ingenieros, el Corregidor, el Al-

calde, los jefes de Cuerpo, los Vicarios de San Vicente y Santa María y algunos ricos propietarios de San Sebastián.

El Duque habla; la emoción le ahoga; se comprende que en su fuero interno se ha entablado una terrible lucha entre el honor militar que le aconseja resistir á todo trance y la disciplina que le manda obedecer.

Los demás concurrentes al acto afectan diferentes actitudes: los militares de indiferencia, los eclesiásticos de santa resignación; el Corregidor de duda y el Alcalde y propietarios, como dueños de grandes intereses materiales, parecen hondamente preocupados y luchando también entre el patriotismo y el temor de perder sus bienes y los del pueblo de San Sebastián.

Señores,—dice el Presidente con voz apagada,— todos conocéis la grave situación en que nos encontramos: por negocios de alta política, que nos está vedado discutir, han entrado en España distintas fuerzas francesas, que tomando la ruta de Castilla por Oyarzun y Astigarraga no pasaban por San Sebastián.

En Octubre entró el cuerpo de Junot, que pasó á Portugal, su objetivo. En Noviembre lo hizo el cuerpo de Dupont; después el de Moncey y por último Murat que me envió un escrito para que permitiera la entrada en el recinto murado de tropas francesas, á cuya petición me negué.

Cumpliendo con mi deber di cuenta al Gobierno de esa demanda. Ahora entra el cuerpo del Mariscal Bessieres; pero éste, en vez de seguir la ruta usual por Oyarzun, destaca importantes fuerzas, á fin de tomar posesión de San Sebastián, autorizado por nuestro Gobierno.

(Y recalcó las últimas palabras).

—¿Y es cierta la autorización señor General?— preguntó con voz meliflua el Vicario de Santa María.

—Desgraciadamente, señores, la tengo aquí.

Y leyó:

Entregue vucencia la Plaza, pues está indefensa, pero amigablemente, según han hecho los demás, en donde había menos razón de disculpa» (1).

—La orden, señores, está bien clara—observó el Vicario de San Vicente y el desobedecerla sería un delito.

—Además—intervino el de Santa María—que de no obedecerla esperarían á San Sebastián escenas de sangre, de horror..

—¿Qué dice el señor Corregidor?—preguntó el General.

—Que cumple á nuestro deber obedecer las órdenes emanadas de S. M. el Rey (q. D. g.) y de su Ministro universal el Serenísimo señor Duque de Alcudia, Príncipe de la Paz—respondió con voz campanuda el Corregidor, hechura, según decían, del omnipotente favorito.

—¿Cuál es la opinión del señor Alcalde?—volvió á preguntar el Presidente.

—Si hubiera la más pequeña duda, acerca de la autenticidad de la orden, San Sebastián, por patriotismo, debiera resistir; pero siendo cierta habrá que pasar por la humillación de que el enemigo de hace quince años vuelva á pisar su recinto murado. Sin embargo, hago presente, en nombre de la Ciudad, que la oficialidad de los Tercios ha sido convocada y están reuniéndose para obedecer las órdenes del Rey Nuestro Señor.

(1) Histórico.

—¿Y el brazo militar qué opina?—preguntó al Comandante de Artillería.

—El artillado es, en verdad, deficiente, pero en caso de necesidad puede hacerse una bella defensa que deje bien puesto el honor de las armas.

—¿Y el Cuerpo de Ingenieros?

Los baluartes se hallan en buen estado; las obras exteriores son formidables, el castillo inexpugnable. Por consiguiente, si el artillado y la guarnición corresponden al desarrollo de los parapetos puede hacerse una brillante defensa.

—Hable la Infantería.

La Infantería—dijo un Coronel—obedecerá ciegamente cuanto se le ordene según disponen las Ordenanzas.

—El señor Auditor tiene la palabra.

—Desde el punto de vista legal procede autorizar la entrada de los franceses, cumplimentando la orden terminante que el señor Presidente ha leído. Obrar de otro modo sería atentatorio á la disciplina y quién sabe si á altas conveniencias políticas.

—Falta sólo la opinión del elemento contributivo. Hable el señor Olleta por todos.

—Si la defensa condujera á algún fin práctico, de resultados positivos, opinaríamos por ella; pero mediando orden del Gobierno y dado el número considerable de tropas francesas que hay en España, que pasan de ciento veinte mil hombres, es inútil oponerse á lo mandado. Y conste, señores, que creemos que si los franceses llegan á dominar en la ciudad pondrán tributos onerosos, de los cuales nos vemos libres ahora. Es decir, que perderemos hasta materialmente, en el cambio.

He oído, señores, su parecer—dijo el Presidente y veo que la gran mayoría opina por el cumplimen-

to de lo mandado; y aunque me sea muy doloroso, ese es también mi modo de pensar. Así, pues, señores, los franceses entrarán en San Sebastián y yo dejaré este cargo, pues hoy mismo envío á Madrid mi dimisión.

Con altivo continente, graves, circunspectos, llevando los caballos un paso majestuoso y procesional, al aire los afilados y retorcidos sables parecidos á moriscas cimitarras, cincuenta mamelucos de ojos negros y de barba más negra todavía, avanzan por el camino de Miracruz hacia el puente de Santa Catalina. Sus rojas chaquetillas de gualdos bordados, sus amplios zaragüelles del mismo color que las chaquetillas, sus pistolas al cinto, sus botas de montar color avellana y sus terribles espuelas llaman grandemente la atención de los donostiarras que contemplan entre embobados y recelosos aquella brillante comitiva, que va pasando ante sus atónitos ojos.

Suenan extridentes clarines que tocan una armoniosa marcha militar, compuesta de notas prolongadas y artísticos repiqueteos y pasan veinte trompetas montados todos en blancos caballos. Los jinetes llevan en la cabeza elegantes chaskás, pellizas blancas con roja cordonadura, chaquetilla azul ajustada y pantalón ceñido, adornado con grecas de retorcidas vueltas. En la alta bota de montar cuelgan grandes borlas azules. A los clarines siguen, con idéntico uniforme que sólo varía en el color, los cuatro escuadrones que forman el regimiento de lanceros polacos mandado por Poniatowski, el valeroso aventurero que cree ser útil á su patria sirviendo á un príncipe de quien espera la libertad de la infeliz Polonia.

Nuevo toque de clarines; se ve avanzar un brillante regimiento de coraceros de la división Keller-

man, de tan épica historia en las guerras del Imperio; á este regimiento siguen otros de la misma división.

—¡Cuánta caballería!—exclama un curioso encaramado en lo alto de un árbol frente al convento de San Francisco.

—¡Y todo para derribar á un choricero!—dice otro que cree de buena fe en la ayuda francesa contra el Príncipe de la Paz.

—¿Y dónde se van á alojar?—pregunta un posadero.

—En los fosos.

—Como no hagan lo que en la última guerra que se metieron en las iglesias...

—No faltaba más. Ahora vienen como amigos.

—¡Qué amigos tienes Benito!—murmura un desconfiado—. ¡En qué pararán estas misas!

—¡Andá—exclama el del árbol—ahora si que viene cosa buena!

—¿Pues qué se ve?

—Un montón de generales. ¡Qué majos! ¡Cuánto bordado de oro! ¡Cuántas cruces!

—¿Quién será ese tan guapetón que viene el primero.

—¡Si será Napoleón!...

—No; Napoleón anda muy lejos.

—¿Será Murat?

—Murat pasó por Oyarzun hace días. Ya estará echando mano á Godoy—dijo uno que parecía persona de viso—. Este es el Duque de Istria.

—¡Más caballería!—grita el del árbol.

—¿Todavía?—pregunta uno.

—Sí; ahora vienen unos con grandes gorros de pelo en la cabeza.

—¡Podían traerlos en los pies!—exclamó un guasón.

—Esos—dijo el bien informado—son los granaderos de la Guardia imperial: los niños mimados de Napoleón.

—Estos caballos pasarán hoy sin cenar—aseguró el posadero.

—¿Por qué?

—Porque no hay en todo San Sebastián bastante paja y cebada para ellos.

Pasaron los dos regimientos de Granaderos.

—¡Ahora las lavativas!—grita el chusco, aludiendo á los cañones que venían tirados por hermosos caballos percherones.

En cuanto se vieron los primeros caballos desde el puente de Santa Catalina, el corneta tocó un punto de atención y se retiró presuroso á la guardia de que había sido destacado.

En el rastrillo esperaban impacientes los dos oficiales además del sargento mayor de plaza que había llevado la orden escrita para la entrada de los franceses, y el teniente Garchitorea, el inválido ayudante de plaza.

—¿Qué?—preguntó el Mayor.

—Caballería, mucha caballería—dijo el corneta—. Traen unos uniformes que parecen moros.

—Serán mamelucos—opinó uno de los oficiales.

—Pues, señores, pueden retirarse si gustan. El General tampoco quiere suscribir oficialmente esta entrega y ha abandonado el Palacio.

—Yo me marchó mañana hacia el interior—dijo Garchitorea.

—Pues nosotros al cuartel.

Momentos después el hornabeque y puerta de tierra quedaban completamente abandonados por sus guardias. Seguramente que era la primera vez desde que aquellas construcciones se levantaron, que quedaban sin fuerza armada. Sólo quedó en lo alto del cubo imperial el Sargento mayor de la Plaza que había recibido órdenes al efecto del Gobernador.

La gente curiosa temió algún contratiempo en aquellas fortificaciones y tuvo la prudencia de abandonarlas, quedando completamente solitarias.

Sólo en la cortina, detrás del parapeto y en el baluarte de Santiago, quedó alguno asomando con precaución la cabeza por si venían mal dadas.

En la casa de la ciudad se supo la decisión de la Autoridad militar y para evitar mayores males se nombró una comisión que salió hasta la estacada para saludar á los huéspedes.

Ya estaban los mamelucos formados en línea en la explanada con frente al rebellín del hornabeque: un oficial con ocho jinetes entró en el rastrillo donde dejó dos, igual número en el puente levadizo y los cuatro restantes formaron en la falsa braga.

Aquella muchedumbre de caballos pasó, aprovechando la baja marea, por uno de los muchos vados aguas arriba del puente. Con tan excelente acuerdo, se conseguían dos cosas: que las fuerzas pasaran sin perder la formación y que no se inutilizara el puente de madera, que aunque sólidamente construído para el trajín ordinario, no habría podido resistir tanta pesadumbre en movimiento.

La explanada del frente fortificado, las marismas de Amara y la extensa playa de la Concha se llenaron de brillantes jinetes en formaciones correctas, al aire las refulgentes espadas ó tremolando al viento

las banderolas de los lanceros y ondeando los penachos de los coraceros. El Mariscal llegó con su lucidísima comitiva y no pudo evitar un gesto de contrariedad al ver la escasa comisión que salía á recibirle y la ausencia absoluta de uniformes españoles.

Tenía, sin duda, recomendada la política del disimulo; contestó con cortesía á la ceremoniosa salutación de los ediles donostiarras y entró en la plaza, alojándose con el Cuartel general en casas particulares, algunas de comerciantes franceses, al fin de no inspirar recelos á los habitantes.

Quedaron en San Sebastián tan solo los mamelucos; los demás continuaron el viaje por el camino de Ayete para alojarse en Hernani, Urnieta, Andoaín, Villabona y Tolosa.

Aquella misma tarde comenzó á llegar infantería, quedando un regimiento en San Sebastián y durante varios días no cesó el paso de grandes fracciones que constituían el Cuerpo de ejército del Mariscal Bessieres.

Napoleón Bonaparte había aprovechado la lección.



VII

Ardid de Chomin

SI al principio los imperiales fueron comedidos en sus relaciones con los españoles para hacerles creer que su venida era transitoria y sólo para hacer efectivo el bloqueo continental decretado contra Inglaterra—píldora que sólo pasaba ya por contados gaznates—cuando supieron los sucesos de Madrid arrojaron francamente la máscara que encubría sus intenciones y comenzaron á obrar como verdaderos conquistadores: sin miramiento alguno.

San Sebastián no podía ser una excepción en el trato, donde la ligera sombra de autoridad española que aun subsistía desapareció por completo, como habían desaparecido todas las fuerzas militares, para no pasar por la humillación de someterse á las órdenes de los intrusos.

Hay que confesar que su estancia en Marzo y Abril fué haciéndose llevadera para los habitantes de la capital de Guipúzcoa, porque los invasores procuraban entrometerse poco, muy poco, en los asuntos locales. Antes al contrario, obrando con refinada hipocresía, si para cualquier asunto se les pedía el parecer, los jefes contestaban con encantadora modestia:

—¡Ah! Eso, ustedes; nosotros no somos más que unos huéspedes eventuales, muy eventuales.

El dinero corría en abundancia, y como constantemente pasaban fuerzas más ó menos numerosas, multitud de industriales franceses habíanse establecido al olor de la ganancia, dando gran animación á los mercados. Los industriales nacionales participaban de la ganancia vendiendo á muy buen precio sus artículos.

Pero cuando se recibieron noticias de que Murat se hallaba con sus tropas en la capital de la Monarquía, comenzaron las peticiones de recursos, de guías, de bagajes; después ya no pedían, ordenaban, y llegado Mayo, las órdenes se expedían con amenazas de multas y de castigos.

Si en los primeros días la población emigrante había vuelto á sus hogares, cuando de nuevo se iban presintiendo barruntos de tempestad, la emigración comenzó en gran escala; primero á los caseríos de las inmediaciones; después á los pueblos del interior.

La familia de Pachi se hallaba en la Casería de Chomin á la expectativa de los acontecimientos, si bien él, por razón de su cargo en la Diputación foral quedó en el recinto, aunque diariamente subía á Capitanenea á comer en compañía de los seres queridos.

—Parece que vienes preocupado—dijo un día Ventura á su marido.

—Es verdad; hoy no me falta preocupación.

—¿Te ha pasado algo?

—Personalmente, no; pero han ocurrido graves acontecimientos en Castilla.

—En Castilla... Si es tan lejos...

—Pero son acontecimientos que repercutirán en toda España. Te lo contaré cuando comamos. Quiero que esté presente Chomin.

Comieron. La comida fué triste; únicamente las niñas, desconocedoras de los peligros de la política, estuvieron tan alegres como siempre.

—¿Me has llamado, Pachi?—Preguntó Chomin acabada la comida.

—Sí; siéntate que tenemos que hablar de un asunto muy serio.

—Alguna gatada de los franceses—dijo Chomin, con maravilloso instinto.

—Sí, Chomin, y tremenda. Ayer se recibieron noticias en la Diputación de que Madrid se ha insurreccionado, y que los franceses fusilan á los habitantes por centenares.

—¡Pero cuánta maldad hay en el mundo!—exclamó Ventura.

—Eso me lo olía yo—dijo Chomin.

—La guarnición francesa de aquí—siguió diciendo Pachi—ha debido recibir noticias del suceso, porque ya han comenzado á tomar sus precauciones reforzando las guardias del Muelle, Puerta de tierra y hornabeque. Han prohibido, nada más que porque sí, la entrada en el castillo y han colocado algunos cañones en la plataforma del Cubo imperial, apuntando hacia San Sebastián.

—Sí; obran como amos, y nosotros aguantando—dijo Chomin apretando los puños.

—Por consiguiente, mañana mismo, Chomin,

enyugas los bueyes y llevas nuestras familias por Ametzagaña y Choritoquieta á Landarbazoz. Conviene hacerlo pronto, porque si la cosa se agrava comenzarán las córtapisas y prohibiciones, y, sobre todo, la vigilancia en los caminos.

—¿Llevaré ropas?

—La más precisa; pero una vez instalados harás otro viaje para llevar cuanto se ocurra á las mujeres. Si te quedas allí, avísalo á Sarasola, el de Madrilcho para que esté á la vista de Capitanenea.

—Tú, Pachi, ¿qué harás?

—Quedarme por ahora.

—Yo me quedo contigo.

—No; harás falta en Landarbazoz y quiero que cuides á las familias. Lleva munición.

A la mañana siguiente el carro de Chomin conducía, amén de un arcón de roble y algunos líos de ropa á las dos familias de Pachi y de Chomin.

Estos y el padre de Ventura, un lobo de mar, viejo pero fuerte, iban á pie. Los chicos encantados de aquel viaje.

El caserío Landarbazoz, donde las familias de Pachi y Chomin se iban á refugiarse, pertenecía á Cendoya, antiguo sargento de los tercios de Guipúzcoa, que lo había ofrecido con insistencia á sus compañeros de armas.

Desde las ventas de Astigarraga, Pachi se volvió. En viajes sucesivos, Chomin llevó á Landarbazoz los «cherris», las gallinas y casi todo el ajuar de casa.

Los acontecimientos se precipitaban. Los Reyes de España internados en Francia por indignos ama-

ños del insaciable ambicioso Napoleón, fueron despojados de su Corona que el nuevo Carlo Magno colocaba en las sienas de su hermano José. La guerra había estallado. Frecuentes combates regaban con sangre generosa el territorio español, y muchos patriotas se vieron precisados á tomar las armas, combatiendo con saña al enemigo, que encontró en España un sistema de guerra completamente nuevo por lo extraño, porque vencidos los ejércitos nacionales, surgían otros como por ensalmo. Pero lo que más irritaba á los altivos Generales del Imperio, era el constante acoso que sufrían sus tropas de los guerrilleros españoles.

España era el único país donde para mandar un correo francés hacía falta una fuerte escolta de Caballería, que siempre terminaba su misión con algún balazo de más y algún hombre de menos.

Ocupados por el enemigo todos los pueblos importantes de Guipúzcoa, en esta provincia, no quedó ni sombra de la secular organización foral, y la que intentaron implantar los invasores, ni fué bien recibida por sus naturales, ni pudo tener eficacia más que temporalmente en los puntos guarnecidos.

El malestar en la provincia era grande; el disgusto mayor, pero contenido por la presencia del dominador, aunque esta circunstancia importaba muy poco á los buenos patriotas que reconocían que aquella situación no se podía tolerar, y comenzaron á echarse al campo los más valerosos, decididos á vivir selváticamente en los riscos de los Pirineos antes que someterse al extranjero dominio.

Pachi y Chomin hacían mucha propaganda por los caseríos de Landarbazó primero, extendiendo después sus predicaciones por otros de Astigarraga, Oyazun, Hernani y Urnieta.

Ambos pudieron convencerse de que la verdadera libertad estaba por los montes, por los que campaban libremente entre Urdaburu y Adarra y montes de la Basaburna en Navarra, y comenzaron á prepararse para entrar en campaña.

En Santiagomendi se reunieron cierta tarde varios campesinos, convocados por Pachi, quien trató de aunar voluntades para un levantamiento.

—¿Dónde están los fusiles?—preguntó uno.

—El enemigo los tiene—contestó Pachi.

—Y se los quitaremos—agregó Chomin.

—¿Y el dinero?

—Dinero no hace falta por el pronto. A la Patria se la sirve sin interés; la Patria nunca ha sido ingrata cuando ha contado con recursos para el pago de servicios.

—Pues yo—dijo el «Borte» de Bildurberri—no tengo ningún motivo de queja contra los franceses, y mientras no se metan conmigo no pienso moverme de mi caserío.

—¿Y si hacen daño á los demás?

Los demás, que se las arreglen como puedan.

—Eso es egoísmo—dijo Chomin.

—Eso es—replicó el de Bildurberri—, que yo tengo mi caserío y mis vacas, y no quiero que me quemem todo.

—Yo también tengo caserío y lo he abandonado por servir á mi país.

—Tendrás agravios.

—Muchos; pero más que personales como español, como vasco, como hombre de creencias religiosas.

Mi última palabra es que cada uno en su casa y Dios en la de todos.

—Bueno; pues el domingo quien quiera hacer

algo, que vaya á Landarbazó antes de comer. Allí se matará alguna oveja para todos.

Entre los ejércitos franceses había adquirido una fama imperecedera el vino de Valdepeñas, quizás por haberla propagado los que pasaron por España para la guerra de Portugal. Cuerpo francés que entraba por la frontera, pedido seguro del famoso vino; y como no era posible servir de aquella procedencia, los taberneros vendían como tal hasta el chacolí de Durango. ¡Y los franceses tan satisfechos!

Chomin guiaba su carreta por el camino de Polloe con dirección al alto de Concorronea. En la carreta llevaba un cesto con frutas, un barril con sidra y otro con vino. En éste se leía el atrayente rótulo: «Valdepeñas».

Antes de llegar á Burnondi, que sabía estaba abandonado por sus dueños, lo vió ocupado por un destacamento francés; á la puerta había tres ó cuatro soldados limpiando arreos marciales. Al principio no se fijaron en la carreta. Chomin hizo cierta maniobra en derredor de ella como si quisiera arreglar algún desperfecto, y después picó á los bueyes con la pértiga. En el primer impulso dieron un fuerte tirón al vehículo; éste chirrió; dos radios de una rueda saltaron y el carro, falto de apoyo en un costado, se inclinó, rodando por el camino el cesto y los dos barriles.

Lo más sensible fué que al del vino se le rompió una duela y comenzó á derramarse el precioso líquido. Acudió presuroso Chomin, dió gritos de desespe-

ración al ver su mercancía por el suelo y puso hacia arriba la parte rota del barril para salvar su contenido. Logrado esto acudió á desuncir los bueyes, que estaban en mala postura.

Los soldados de Burnondi se apercibieron de la avería y acudieron llenos de júbilo al ver dos barriles por el suelo. Con la mano, como Diógenes, á falta de vasija, comenzaron á beber. Chomin quiso defender su mercancía haciéndoles indicaciones de pagar.

Los soldados se reían; uno acudió con una marmita y por señas dijo á Chomin que se la llenase; éste lo hizo así y pidió por su contenido cinco «champones», precio baratísimo, que el soldado pagó muy gustoso.

Los demás se enteraron de aquella ganga, y en un momento vendió la mitad del contenido; los compradores bebían grandes tragos, muy satisfechos de aquella feliz casualidad.

Cuando dejó de vender arrimó á una pared junto á la puerta de Burnondi el barril de sidra y el de vino; hizo indicaciones á uno de los soldados de que tuvieran ojo con ellos; amarró los bueyes á la carreta, les puso un montón de heno para que comieran, y él, cogiendo el cesto de frutas, se bajó hacia Atocha.

Al obscurecer subió llevando una larga soga. La puerta del caserío estaba cerrada. Los dos barriles vacíos. Chomin, con la soga, hizo un especie de tejido alrededor del cubo de la rueda averiada, sujetando con aquella los radios rotos. Esta operación le llevó bastante tiempo. Luego unció con calma los bueyes. Cuando terminó era bien entrada la noche y no se veía un alma.

Echó un vistazo á Capitanenea, que estaba intacto.

Con la agilidad de un gimnasta escaló una tapia y á paso de gato se fué acercando á la casería de Bur-nondi arrimado á la parte interior de la tapia. Por un bardal subió á una ventana abierta y entró en el edificio.

Le fué fácil orientarse porque lo conocía de anti-guo. Las ventanas estaban todas abiertas y una tenue claridad entraba por ellas, la suficiente para que Chomin, de buena vista, como todo habitante del campo, viese por donde andaba.

En un local inmediato á la cocina sentía fuertes respiraciones y sonoros ronquidos; se percibía vaho de borrachos. Chomin se echó con cuidado en el suelo y esperó.

Ocho soldados vestidos dormían sobre hierba seca.

Cada vez veía mejor. En un rincón vió un mano-jo de fusiles. Con gran cuidado cogió uno. No hizo ruido, y con la misma precaución echó mano del segundo.

Ningún durmiente se despertó. Chomin salió con un fusil en cada mano y los depositó en el bardal debajo de la ventana.

Con las mismas precauciones felinas volvió al mismo local. Esperó, y convencido de que seguían durmiendo sacó otros dos fusiles al bardal.

Dos veces más repitió la operación. Cuando tuvo los ocho fusiles, escudriñó si podía llevar municiones, pero desistió porque los soldados tenían los correajes puestos y podían despertar.

De la barda al camino donde estaba el carro llevó los fusiles sin ninguna dificultad. Como hombre que iba bien prevenido, colocó los ocho en una especie de bolsa de estera puesta debajo del tablero, y procurando no meter ruido se alejó hacia Ametzagaña, dejando arrimados á la pared los dos barriles vacíos.

— 67 —

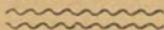
Cerca de Churcoene, de entre unos matorrales
salió un bulto al camino.

—Chomin—preguntó.

—Pachi.

—¿Qué tal?

—Ocho. Todo ha salido á pedir de boca.



VIII

Los primeros guerrilleros.

AL siguiente domingo, después de haber oído misa en la ermita de Santiagomendi, fueron reuniéndose en la casería Landarbazó varios campesinos de aquellas inmediaciones.

En la casería había pocos enseres. El temor á las incursiones de los franceses hacía precavidos á sus dueños, Cendoya y su mujer, que tenían una excelente madriguera en las cercanas cuevas de Aispitarte, donde guardaban todo lo que valía. En Landarbazó sólo tenían las camas y cacharrería de cocina.

No eran muchos los concurrentes: no pasarían de una docena; pero entre ellos estaban los más decididos. Algunos habían servido en los Tercios de Guipúzcoa cuando la guerra contra la República.

El tiempo estaba desapacible; con ello contaban para no ser vistos por alguna patrulla francesa de las que solían recorrer las alturas como servicio de vigilancia para no permitir la reunión de grupos. Los franceses andaban escamones con lo que sucedía en el resto de España, donde no había encrucijada que no señalase una sorpresa. Los ojos de Argos no bastaban para aquella clase de servicio, porque los taimados indígenas se recataban de sus dominadores.

En el zaguán de la casería se había preparado, con dos puertas desencajadas de sus goznes, una gran mesa. En derredor se fueron sentando, en asientos improvisados con tablones y troncos, todos los concurrentes, gente, la mayoría, de cándido mirar, de sonrisa bonachona, con cara de hombres de bien, de azulados ojos, aguileñas narices y pelo claro. Hombres fuertes, sanos, alimentados exclusivamente de vegetales y leche y que vivían respirando el aire purísimo de las montañas. De intachable moral, sin ambiciones, obedientes á los consejos ó mandatos del cura, en quien ven tan sólo al ministro de Dios y sin más defectos que su ignorancia y ser recelosos con todo desconocido.

Allí estaba Fermín Arbasta, el aguado, robusto y sencillote leñador, de puños de hierro, de quien se cuenta—y el hecho demuestra su sencillez—que en cierta ocasión fué á casa del médico, el bondadoso don Severiano.

—¿Qué te trae por aquí?—le preguntó.

Fermín se rascaba la cabeza sin saber qué contestar.

—¿Te duele algo?—volvió á preguntar.

—¡Ay!, no señor: más que eso.

—¿Pues qué es ello, hombre?

—El caso es que...

—Qué...

—Casi no me atrevo.

—Andá, hombre. El médico es como el confesor.
Habla sin miedo.

—Pues bien, don Severiano, vengo á que me dé
usté un remedio.

—¿Para qué?

—Para... para...—y vacilaba.

—Suelta de una vez, Fermín.

—Para ser hombre.

El médico quedó un momento con la boca abierta,
lleno de admiración ante aquella salida.

—Que, ¿tú no eres hombre?

—Así dicen.

—¿Quién?

—Mis compañeros, los leñadores.

—¿Y por qué dicen que no eres hombre?

—¡Toma! Porque no bebo vino.

El médico soltó una ruidosa carcajada.

—¡Con que no eres hombre porque no bebes vino!

—Eso me dicen en las bordas y en la taberna; y
como no me gusta el vino, vengo á que me dé usté
un remedio para que me guste.

—Vamos á cuentas, Fermín. Tú, si tuvieras que
reñir á puñetazos, ¿tendrías miedo á tus amigos?

—Miedo, no.

—¿Te sientes con fuerzas para tu trabajo?

—¡Ya lo creo!

—Entonces yo te aseguro, y díselo al tabernero y
á tus amigos, que eres más hombre que ellos, por-
que ellos para trabajar y para ser valientes necesitan
beber vino, y tú no.

—¿Es verdad eso?

—Es el Evangelio, Fermín.

Frente á Fermín se sienta Regino, otro muchachote más bueno que el pan; pero la antítesis de Fermín: es un gran comedor y un bebedor extraordinario.

Su fama venía del siguiente hecho:

De mozuelo estaba sirviendo como criado en Epelecheverri, donde solían merendar algunos cazadores.

Hablando un día de buenos apetitos, el amo de Regino ponderó el de éste y expuso su creencia de que él solo podría comerse un ternero de cuatro meses que allá en el corral se veía.

—No hay hombre—dijo un incrédulo—que sea capaz de comerse ese ternero.

Que sí, que no, comenzaron á discutir, hasta que por último apostaron una onza y el valor del ternero, el incrédulo en contra, el amo en favor.

Al siguiente día todos los cazadores se hallaban en el gran comedor de Epelecheverri. Los «jueces de campo», que en este caso podían llamarse «de mesa», estaban divididos entre el comedor y la cocina, en la que se condimentaba el ternero de diferentes maneras.

Sentado á la mesa, serio, formal, se hallaba Regino, cuando le sacaron una gran fuente conteniendo un guisado hecho con la carne del pezcuezo, espadilla, pecho y cabeza, sazonado con abundante picante.

Regino trasegó con calma grande el contenido de aquella fuente.

Vino después un frito de lengua, riñones y costillas.

El «gargantúa» comió la enorme fuente de fritos; pero comenzó á hacer movimientos con la cabeza.

Su amo tembló, no por el valor de la pérdida, sino por la negra honrilla, y le preguntó:

—¿Qué es ello Regino?

—Nada, nada; venga otra cosa.

La fuente final era la mayor, pues contenía asada toda la carne de los muslos, que era lo único que restaba, porque no entraba en la apuesta las patas y los despojos.

Cuando Regino vió aquella fuente comenzó á hacer gestos de desagrado. Su amo se dió mentalmente por vencido, mientras la parte contraria y algunos espectadores sonreían.

—¿Qué te pasa?—preguntó el amo.

—¡Qué me ha de pasar!—contestó con naturalidad—que si me empapuzan ustedes con platos y más platos, cuando me traigan la ternera me voy a ver mal para acabarla.

¡El angelito no sabía que tres cuartas partes de la ternera estaban ya en su estómago!

Desde el zaguán se veía el fogón de la cocina en el que se tostaban en dos asadores, largos como lanzas, sendos trozos de carnero que pronto se vieron sobre la improvisada mesa.

Chomín, que lo mismo servía para un fregado que para un barrido, trinchó. Josefa, su mujer, y su hija Ventura, que iba siendo una robusta mozueta, servían los platos y escanciaban el vino de la ribera de Navarra, que aquel día, como en las grandes solemnidades, corría en abundancia.

Como extraordinario también abundaba el pan,

pero no el blanco y rico de Oyarzun que Pachi hubiera querido para regalar á sus huéspedes, sino el moreno de caserío, que siendo tierno es más sabroso que el blanco de lá ciudad.

En Oyarzun había mucha guarnición francesa y no era fácil sacar varios panes sin inspirar recelos.

Cuatro hermosos quesos de Idiazabal, con su color rojo ahumado cerraron aquella sencilla comilona; pero la «bebilona» continuó, pues, á excepción de Fermín el aguado, cada comensal tenía un vaso de estaño que las «gamínedes» campestres llenaban con frecuencia.

Los ánimos estaban muy caldeados; el silencio se fué rompiendo con conversaciones variadas, pero predominando la actualidad: la dominación francesa.

Cuando Pachi creyó llegado el momento psicológico, reclamó un poco de silencio y en correcto vasco habló:

—¿Cuándo se ha visto—comenzó—lo que en estos tiempos vemos? Las libertades vascongadas han desaparecido en absoluto; los franceses nos tratan como á una jauría de perros: á latigazos. Nos imponen contribuciones á capricho y saquean los caseríos cuando les viene en ganas.

Apalean á nuestros alcaldes, se mofan de nuestros curas, convierten en tabernas indecentes nuestras iglesias, y la mujer vascongada tiene que estar metida en casa si no quiere verse expuesta á groseros insultos de esa desvengozada soldadesca.

Todos conocéis á honrados vecinos que después de ser despojados de cuanto poseían, han recibido encima un palizón.

—Zubillaga, el de Hernani—dijo uno.

—Arruti, de Oyarzun—añadió Cendoya.

—Otros—continuó Pachi—han sido expulsados de su casa para alojar oficiales franceses.

—Picabea, el de Irún—dijo uno.

—Ubarrechena, el de Hernani—gritó otro.

—Y mil que no hace falta nombrar—exclamó Pachi—. Todos estamos conformes en que los atropellos y las iniquidades son constantes.

—¡Sí, sí!—gritaron.

—¡Don Pachi, Chomín, ¡ojo, ojo!—gritó entrando Josefa—. Por la carretera se ve una patrulla francesa.

Todos guardaron silencio y miraron á Pachi.

—Por si acaso---dijo éste---ir saliendo uno por uno y por entre matorrales ocultaos en el castañar desde donde se ve buen trozo de camino. Llevad cada uno una hoz, que á veces vale más que una espada.

Pachi cogió una pistola y se la guardó.

En un momento la casería quedó abandonada. Todos salieron fuera de ella para estar prevenidos. Las vacas fueron llevadas á las cuevas de Aispitarte.

Allá por la carretera de Oyarzun á Hernani, marchaban unos quince jinetes despacio; de vez en cuando se paraban y una pareja salía destacada para meterse en algún caserío, sea con el fin de reconocerlo, sea para imponer algún tributo.

En ninguno había más habitantes que los ancianos y algún niño. La gente viril andaba por el monte.

La patrulla se detuvo frente á la casería Bilduberri. Cuatro jinetes echaron pie á tierra y entraron.

En ella estuvieron gran rato.

—Me da eso mala espina—dijo Pachi.

—¿Por qué?—preguntó Chomín.

—Por tratarse de Bildurberri, el único que ha

manifestado francamente que no quiere hacer nada contra los franceses. Temo una traición.

—No lo creo—dijo Cendoya—. Bildur es apocado, egoísta, y sobre todo avaricioso, pero malo no.

Después de un gran rato vieron asombrados una gran humareda.

—¿Qué será aquello?—preguntó Chomín.

—Como no hayan quemado alguna meta de hierba...—opinó Pachi.

—No—dijo Cendoya—el humo sale de la casería.

—Tendría que ver que le hubieran pegado fuego.

—Pues así parece. Ahora salen los cuatro que habían entrado. Ya se marchan todos.

—¡Toma! Vuelven atrás.

—Así parece.

—Ahora van hacia las ventas.

—¿Le parece á usted—dijo Cendoya á Pachi—que vayamos á ver qué ha ocurrido?

—Bien; pero vaya con Chomín y mucho cuidado no tropiecen con los gabachos.

Pachi se incorporó á los que estaban en el castañar, Fermín le dijo:

—¿Ha visto usted como arde la casería de Bildurberri?

—Eso demuestra que en las guerras de invasión todos los habitantes aptos deben tomar las armas. Es el único medio de rechazar al invasor.

—¿Para qué están las tropas?—preguntó uno.

—España no puede pagar más que cierto número de soldados, que bastan para la defensiva en los primeros momentos, pero son insuficientes para echar fuera al enemigo. Por eso debemos ayudar todos. Haciendo un esfuerzo, venceremos. Los franceses, cuando su revolución, también vencieron á varias naciones. ¿Sabéis por qué?

—Porque serían más.

—Sí, porque eran más. Pero eran más porque ante el peligro toda la nación se levantó en armas. Y sobre todo—añadió con energía—el que quiera quedarse en su casita, que se quede. Yo no quiero más que hombres de corazón y de buena voluntad.

—¿Y quién trabajará nuestros campos?

—Vosotros mismos. Si no se trata de levantar una partida permanente, sino de reunirnos cuando haga falta para dar un golpe de mano.

—¡Ah! ¿Y viviremos en nuestros caseríos?

—¡Pues claro!

—Entonces cuente usted conmigo.

—¡Y conmigo!

—¡Conmigo también!

El ejemplo cundió y todos mostraron su conformidad.

—¿Sabéis que tenemos fusiles?

Algunos se mostraron asombrados; los más, sorprendidos.

—¿Quién los ha traído?

—Chomin Lampernachuri. Los ha sacado de un almacén inagotable. De las propias tropas francesas.

Y contó la forma en que las armas se habían adquirido.

—¡Viva Chomin!

—¡Viva el valiente!—gritó uno.

Los demás corearon entusiastas. Pachi dijo á Fermín:

—Anda, sácalos de debajo de esa meta.

Fermín se coló bajo el montón de paja seca y comenzó á sacar los fusiles, que pasaban de mano en mano. Aquellos sencillos hombrachones parecían chiquillos con juguetes nuevos.

—Pero como no los sabéis manejar, desde mañana conviene que Cendoya os vaya enseñando—advirtió Pachi.

—¡Bah!, eso pronto se aprende.

—Además—dijo Chatarra—yo todavía me acuerdo de cuando estuve en los Voluntarios, y aunque no tan bien como Cendoya, algo enseñaré.

—Bien; pues ya nos pondremos de acuerdo para eso. Ahora guárdalos, Fermín, porque hoy no servirían más que de garrotes.

—¿Pero usted qué hace aquí?—preguntó Pachi al padre de Ventura viéndole salir de entre unos zarzales.

—Que yo sé manejar un mosquete ó un fusil y os ayudaré.

—No, padre, no; usted tiene setenta años y no debe exponerse ya en estos trances.

—¿Y qué quieres que haga?

—Marchar á las cuevas.

—¿Con las mujeres? ¿Yo con las mujeres? Pachi, me ofendes.

No, padre, no trato de molestar á usted; pero le pido por favor que vaya á las cuevas, allí está su puesto de honor para defender á las mujeres que están solas.

Tendrás que darme un fusil. Si no me quedo contigo.

—Bien. Fermín saca un «chopo».

Lo cogió Pachi, lo examinó y entregándolo al padre de Ventura, le dijo:

—Tome usted. En el arca encontrará municiones. Si llega el caso tiene usted un buen reducto en la cueva de arriba. Allí iremos á refugiarnos en último extremo.

—Ahora voy satisfecho porque tengo misión que cumplir.

Y el animoso anciano cogió el fusil y tomó la dirección de las cuevas. Los que quedaron siguieron mirando hacia el camino.

—¿Qué es aquello?—esclamó Pachi—Parece fuego.

—Otro caserío que arde.

—Y cae hacia las ventas.

—A ver tu, Fermín, sube á lo alto de ese árbol y mira.

Trepó Fermín á un corpudo castaño y desde arriba, dijo:

—Las ventas están ardiendo. Algunos jinetes parece que vienen hacia aquí.

—¿Cuántos?

—Seis ú ocho.

—¿Cogemos los fusiles?

—¿Para qué si no sabeis manejarlos?

—¿Y yo?—preguntó Chatarra.

—Tu sí. Coge un fusil y corre á las cuevas. Entre tu y mi padre haréis una buena defensa. Nosotros nos quedamos aquí.

—¿Qué hacemos?—preguntó impaciente Fermín bajando del árbol.

Escondernos junto á la casería detrás de los matorrales. Empuñad cada uno una hoz, que es arma excelente, y ya sabremos defendernos si hace falta.

—Pues sí que vienen hacia aquí—dijo Regino.

—Venid; vivos, y agacharse.

Ya se sentía el ruido de los cascos de los caballos al chocar contra las piedras. Pachi y sus compañeros se situaron junto á la casería detrás de espesos matorrales entre altos helechos. Desde allí veían perfectamente la puerta de la casería y la plazoleta de su frente.

La patrulla, seis hombres, subía despacio, de-

lante iban dos como exploradores, todos llevaban pistolas en las manos.

Frente á la casería hicieron alto y formaron en fila, siempre con las pistolas preparadas. Así estuvieron unos momentos, después los dos exploradores recorrieron la plazoleta, otros dos hicieron el reconocimiento por el exterior; mas viendo el terreno demasiado abrupto para los caballos, se volvieron á la plazoleta donde hablaron en francés.

Una pareja desmontó y entró en la casería dejando los caballos atados á un árbol. Desde las ventanas gritó uno:

—Personne (Nadie).

Desmontaron los otros cuatro y también entraron en la casería dejando los caballos atados junto á los otros.

Pachí dijo en voz baja á sus compañeros: Atro.

—Ahora es la nuestra. Tú Fermín con Ignacio y Santi, cortais con las huces las riendas y os vais á escape hacia el monte; nosotros ya os guardaremos las espaldas.

—Rápidos como el rayo los diez hombres se lanzaron á la plazoleta. De dos tajos cortaron las riendas y Fermín, Ignacio y Santi montaron á caballo y llevando otro de las riendas salieron presurosos de la plazoleta.

El ruido de los cascos avisó á los franceses, que se asomaron á las ventanas y sólo vieron los seis caballos que desaparecían, conducidos por tres jinetes. Uno disparó su pistola, pero éstos estaban fuera de tiro. Jurando rabiosamente se lanzaron escalera abajo dispuestos á perseguir á los raptos de sus cuadrúpedos. Al pasar por el zaguán, salieron de la cuadra, hoz en mano, los compañeros de Pachí que lucharon á brazo partido con los franceses. Estos

sorprendidos de flanco de un modo tan inusitado, defendiéronse como pudieron disparando sus pistolas, é hiriendo á Pachi, á Regino y á Arrese. Las vainas metálicas de sus sables impedían el libre movimiento de sus piernas, entorpecidas por las botas de montar. Dos cayeron á los golpes de las hoces y al disparo que hizo Pachi; los otros cuatro, manejando admirablemente sus sables, pudieron salir del zaguán y en la plazoleta tenían á raya á los acometedores que daban saltos de felino buscando un lado descubierto para clavar su arma corva. Los franceses se colocaron de espaldas á la pared. Uno de los acometedores cogió una piedra á falta de otra clase de proyectiles y la lanzó á los soldados.

Estos se hablaron y puestos de acuerdo, mientras dos cargaban sus pistolas los otros defendían al grupo con tajos y estocadas, dignos de una sala de armas.

Pachi, herido en un brazo, vió á lo lejos otros seis jinetes que venían á escape; encargó á los dos compañeros heridos que se pusieran en salvo, y dijo á los suyos en vascuence:

Echad á correr hacia el monte por Errota.

Todos huyeron, pero sus enemigos solo dispararon un tiro, guardando los demás, sin duda, para garantizarse de un ataque cuerpo á cuerpo.

En vez de perseguir á los «brigantes» quedaron junto á los cuerpos yacentes de sus dos compañeros. Pronto vieron á lo lejos á los que venían en su auxilio, que llegaron tarde al combate, pero muy á tiempo para salvar á aquellos valientes, estenuados por el manejo, durante tanto rato, de sus tremendos sables.

Pachi y los demás compañeros fueron dando rodeos á las cuevas de Aizpitarte, donde les esperaban

llenos de mortal ansiedad Ventura, su padre y las demás personas que en las cuevas estaban refugiadas. Pachi había tenido la precaución de vendarse la herida: un gran rasponazo muy aparatoso, pero que no interesaba hueso ni tendones. Chatana tenía un hombro atravesado y Regino dos heridas: una rasponazo en el brazo izquierdo y la otra fuerte contusión en un carrillo que le hinchó todo el rostro.

Los tres fueron curados por la mujer de Cendoya, medio curandera por haber aprendido este arte de su marido, muy práctico en él, porque aquellas soledades no habían sido pisadas jamás por un cirujano.

Esperaban la acometida de los franceses. El padre de Ventura y Chatana, armados de fusil, guardaban la entrada de la cueva alta, posición inexpugnable, porque para entrar en ella había que trepar por un estrecho sendero abierto en la cortadura casi vertical de aquel enorme peñasco.

Pachi también mandó cargar su pistola y preparó municiones junto á la puerta para coadyuvar á la defensa.

En tanto, la gente sana preparó unos montones de heno para camas, en aquellas amplias galerías que á prevención habíanse limpiado de broza y escombros, cegando y desecando los baches y humedades.

Una gran humareda les hizo saber que el caserío Landarbazó ardía. La mujer de Cendoya, su dueña, lloraba.

Por la parte alta del monte bajaban Fermín y sus compañeros.

—¿Y los caballos?, preguntó Pachi.

Arriba, en la borda, han quedado. Y que son muy hermosos.

—¿Habéis visto algo de particular desde arriba?

—Sí, que los seis que han venido en auxilio se llevan á los otros en las grupas.

—¿De modo que se han marchado?

—Sí.

—Pues bajad á ver si podéis salvar algo del incendio. Y tú, Fermín, con tres ó cuatro, id hacia Bildurberri á ver que ha sido de Cendoya y de Chomin.

—Allí vienen dos, dijo Chatana desde la entrada de la gruta.

—Dos ¿qué?

—Uno es Cendoya; el otro Bildurberri.

—¿Y Chomin?

—Ese no le veo.

—Entonces, Fermín, ve á Landarbazó con todos para apagar el fuego.

Cendoya y Bildur atravesaban el arroyuelo que baja de la montaña, pasando por debajo de las entradas de las cuevas. Pachi preguntó:

—¿Y Chomin?

Cendoya se puso ambas manos en la boca á guisa de bocina, y con voz apagada, dijo:

—¿Esta ahí su mujer?

—Dentro. Está ocupada en trabajos.

Pues tenemos malas noticias. Chomin ha caído prisionero.

—¡Prisionero!—exclamó Pachi con acento dolorido.

Cendoya subió á la cueva y dijo:

—El exceso de valor y sus buenos sentimientos le han perdido. Al llegar á Bildur y ver ardiendo el edificio, como los jinetes se habían alejado, se lanzó á la casería para apagar el fuego; yo le seguí, y cuando estábamos en ello, cuatro endiablados franceses tienen la ocurrencia de volver porque se ha-

bían dejado olvidado un maletín de montura. No sé cómo han visto á Chomin y le han intimado la rendición en mal español. Como no llevábamos ninguna arma le he dicho: Chomin, larguémonos á escape.—Sí, vete tú, me ha contestado. Le veo que desde un ángulo, no quemado, comienza á lanzar tejas y ladrillos contra los franceses. Estos han comenzado á tiros hasta que Chomin ha caído. Gracias á que la altura era pequeña.

Pachi quedé pensativo.

—Hay que decir á su mujer que será cosa de unos meses, aunque temo que le fusilen.

—Yo también lo temo.

—¿Y usted, Bildur, á qué viene?

—A decirle que cuente conmigo para todo. Ya veo que de nada sirve no meterse con ellos, y quiero devolver los palos que me han dado.

—¿Le han pegado á usted?

—Sí; porque no les daba vino. ¿De dónde querían que lo sacara? Después me querían llevar sin pagar, una ternera, y porque yo la defendía, me han dado la gran paliza y me han quemado la casería.

—Puede traer aquí su familia.

—No; porque ha quedado un lado sin quemar y allí nos acomodaremos.

—Pues ahora vamos, Cendoya, á ver cómo queda su caserío.

La precipitación en preparar los combustibles para quemar Landarbazó fué una fortuna, porque sólo ardió la parte de la cuadra que estaba separada del resto de la edificación por un muro de mampostería, circunstancia en que no se fijaron los incendiaríos.

Otra casualidad: el almiar ó meta de yerba donde estaban ocultos los fusiles, estaba deshecho, porque

parte de la yerba la utilizaron para el incendio. Los fusiles estaban debajo del montón.

Reunió á la gente, y dijo:

—Ya veis el comportamiento de los franceses: ¿Quedamos todos comprometidos para reunirnos siempre que haga falta?

—Sí, sí—dijeron—. Conformes.

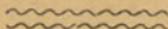
—Pues por de pronto, como obligación nos reuniremos por las tardes, hacia las cinco, para que aprendáis el manejo de estos fusiles.

—¿Dónde? preguntó uno.

—Aquí mismo. Comeremos juntos, dijo Cendoya.

—Y acordaremos el plan para el día siguiente, añadió Pachi.

Así quedó constituida en Guipúzcoa el embrión de la primera partida de guerrilleros.



IX

Chomin en el castillo de la Mota

CUANDO Chomin cayó del tejado de la casería Bil-durberri, los cuatro jinetes se echaron sobre él con sus caballos dispuestos á destrozarle; pero al verle tendido inmóvil le cogieron, le amarraron con una cuerda que por allí encontraron, y echándolo como una talega encima de uno de los caballos se lo llevaron á las ventas donde esperaban otros jinetes, con quienes hablaron vivamente, sin duda, acerca de la suerte del prisionero, cuyas ligaduras examinaron para ver si estaban fuertes.

Chomin tenía una fuerte contusión en un costado; la bala había tropezado en un cinturón de cuero, y perdiendo gran parte de su fuerza no penetró en la carne, pero sentía mucho dolor. Lo bajaron de la cabalgadura, arrimándolo á un árbol algo separado de las ventas.

Uno de los jinetes entró en el interior, saliendo momentos después. Una densa nube de humo seguido de fuertes llamaradas, indicó el motivo de su entrada.

Los jinetes llevaban en las grupas de sus caballos varias gallinas; uno de ellos vació en el suelo un saco de maíz, y quitaron los bocados á los caballos para que comieran.

También ellos se dispusieron á hacer lo mismo. Sentáronse en la yerba, sacaron una sarta de chorizos y un pan y comieron con buen apetito. Vaciaron en un jarro de latón el contenido de una piel de gato y bebieron sidra, á juzgar por el color.

Hacia rato que habían terminado su comida, cuando se sintieron algo lejanos varios estampidos como de disparo de armas de fuego. Se levantaron como movidos por un resorte y hablaron acaloradamente.

El sargento, jefe de la patrulla, dió órdenes; pusieron los bocados á los caballos, les apretaron las cinchas y parecieron escuchar. Poco después sonó otro disparo.

—¡Vite!—gritó el sargento con energía.

Seis jinetes partieron á escape hacia el camino de Landarbazó, quedando tres frente á las ventas, pero montados á caballo y con las pistolas en la mano.

Chomin decidió no hacer nada ni hablar una palabra. Estaba convencido de que aquello acabaría mal para él, y se encontró impotente para la lucha, tanto por las ligaduras como por el dolor que le producía la contusión á cada movimiento.

Tenía puesto el pensamiento en Landarbazó, donde estaban su mujer, sus hijos, Pachi y su familia y amigos.

Escuchó con ansiedad por si á través de la distan-

cia podía adivinar el drama que allí se desarrollaba, aunque no dejaba de tranquilizarle el recuerdo de los intrincados laberintos de las cuevas de Aispitarte, donde tenían asilo seguro.

Transcurrido un rato, se sintió el tableteo de los cascos de los caballos en las piedras. Chomin no se movió para mirar; pero fueron tales las imprecaciones que lanzó el sargento y sus dos compañeros al ver á los que venían, que excitaron su curiosidad, y cambiando de postura, con los ojos entornados, miró.

Su alma se llenó de gozo. De los doce soldados de caballería solo regresaban seis con caballos; dos soldados venían heridos.

—¡Ningún prisionero!—pensó.

Los gritos del sargento eran ensordecedores; quería comerse á los desmontados, que parecían disculparse. A Chomin dirigía furibundas miradas, amenazándole con los puños.

Hiciéronle levantarse á trompicones, y unos á caballo, á pie otros, se dirigieron hacia Oyarzun, donde Chomin fué arrojado en un calabozo, donde pasó la noche entregado á sombríos pensamientos y dolorido por los golpes recibidos de los gendarmes.

A la siguiente mañana, bien atado de brazos y manos, le sacaron de la prisión. El pensó que le iban á fusilar, más al salir á la plaza comprendió que se trataba de un viaje porque vió varios carruajes y acémilas, amén de la correspondiente escolta.

Le hicieron subir á un carro, dando con sus huesos en San Sebastián al cabo de algunas horas de marcha. Después de esperar largo rato en el cuerpo de guardia del hornabeque, una patrulla de infantería le condujo al castillo de la Mota. Fué encerrado en uno de los calabozos del macho, el mayor, en el cual encontró varios presos.

En los primeros momentos se acurrucó, como fiera acorralada, en un rincón, en el que permaneció largo espacio de tiempo reflexionando.

—Cuando no me han fusilado ya—pensaba—, no me fusilan enseguida. Quizás quieran arrancarme declaraciones en perjuicio de mis compañeros. Si es así, se llevan chasco, porque pienso marearlos. Por de pronto, voy á hacerme el tonto ó el infeliz á ver por donde tiran. También haré creer que no entiendo más idioma que el vascuence. Así me entenderé con gentes de mi raza y quién sabe si sacaré partido.

—¿Qué te has comido?—le preguntó un preso.

Chomin no contestó.

—Será sordo—opinó otro.

—¿Has oído?

Chomin levantó la cabeza, y procurando dar á sus palabras una entonación de infeliz, contestó:

—No entender; ser de caserío.

—¿Eres vasco?—le preguntó el que había opinado que era sordo.

—Sí.

—¿Y por qué te han traído preso?—le preguntó en vascuence.

—No lo sé—contestó.

—¡Hombre! ¿Te han cogido sin más ni más?

—No; me han cogido porque quería apagar un incendio.

—¿Dónde?

—En un caserío.

—¿Quemado por ellos?

—Sí.

—¿Te han cogido con armas?

—¡Yo, para qué las había de llevar!

—Pues si no llevabas ninguna arma, puedes estar

tranquilo porque no te cortan el pasapán. ¿Has hecho resistencia?

—Hombre—y se rascaba la cabeza—, como á nadie le gusta que le echen mano... algo me habré resistido... pero no ha sido cosa mayor.

—¿Ha resultado algún herido?

—Yo solo, que tengo un fuerte golpe aquí en un costado.

—¿Con qué te lo han hecho?

—Con una pistola.

—¡Entonces es un balazo!

—A ver, á ver, enséñalo—dijo otro.

Chomín hizo lo que le indicaban: los cuatro presos miraron con curiosidad.

—No es gran cosa—dijo uno—. ¿Te duele?

—Bastante.

—Pues mira, cuando te llamen á declarar lo dices, y si consigues que te lleven á la enfermería, te llevarás vida de canónigo.

La puerta de la prisión se abrió; en el hueco se dibujó la silueta de un militar francés, que con voz gangosa gritó:

—¡Lampegnachugui!

—Los otros presos se echaron á reir estrepitosamente.

—¿De qué se guíen?

—De las erres que lleva Lampernachuri.

El francés miró á éste para ver qué llevaba, y sólo vió que se movía muy trabajosamente. A la puerta de la prisión había dos soldados, además del centinela, y entre bayonetas fué conducido á una habitación del mismo macho, en la que, ante una mesa de munición llena de papeles y recado de escribir, se sentaban un oficial, veterano, de grandes mostachos, que tenía en la boca una gran pipa, y enfrente un

sargento, también veterano. A un lado de la mesa, de pie, estaba un cabo bastante joven. Eran el fiscal, el escribano y el intérprete.

El oficial habló en francés con el intérprete. Este preguntó á Lamperna en regular español:

—¿Cómo se llama usted?

Lamperna le miró como alelado y no respondió.

—¿Usted no entender?

—No entender castellano, ser de caserío—respondió el acusado dando á su contestación el acento más bonachón, salido de labios de casero.

—¡Ah! ¿Eres vasco?—preguntó el intérprete en la lengua de Aytor, con acento labortano.

Lamperna sonrió como quien encuentra un amigo, y respondió:

—Sí, vasco; no entiendo el castellano.

—Entonces nos entenderemos bien.

Habló el intérprete con el oficial, y recibidas instrucciones de éste, aquél siguió preguntando:

—¿De dónde eres?

—De Mendibarrena.

—¿Dónde está eso?

—En el monte.

—¿Pero á qué pueblo pertenece?

—¡Toma, á Vasconia!

—¡Tú tienes algo de tonto!

—Así dicen todos.

El intérprete habló con el fiscal, quien se echó á reír.

—¿Hacia dónde para tu caserío?

Lamperna se quedó pensativo, luego echó una mirada á la ventana, y viendo á lo lejos la enorme cima del Urdaburu, respondió con candidez, siempre en vascuence:

—Allí debajo junto al manzanal; pero de aquí no

se ve. Si quieren ustedes que vayamos, ya les enseñaré el camino. Tomarán sidra muy rica.

—¿Por qué estás preso?

—No lo sé. Como no sea porque ayudé á apagar el incendio de un caserío...

—A ver, cuenta cómo fué eso.

Lamperna lo contó, diciendo que estando trabajando en el monte vió arder un caserío, y como se hace en estos casos, corrió á ayudar á apagarlo. Estando en el tejado, se presentaron unos hombres armados que él creyó de la partida de Mina...

Al oír nombrar á Mina, el intérprete lanzó un grito de sorpresa y habló con el oficial. Este también se sorprendió y vivamente dió nuevas instrucciones al intérprete.

—¿Por qué creíste que eran de la partida de Mina?

—Porque una vez en el caserío leyeron la *Gaceta de Bayona* y decía que los brigantes de Mina eran incendiarios y hombres malos, y como se corrió por allí que había algunos partidarios de Mina...

Sin pretenderlo, Lamperna, había dado en el clavo de la obsesión francesa. El intérprete y el oficial hablaban con viveza. El escribano, con la pluma de ganso, iba llenando renglones según le dictaba el oficial.

—¿Con que andaban por allí los de Mina?

—Así decían.

—¿Y tú no los has visto?

—¡Jesús, María y José! ¡Dios me libre!

El intérprete se echo á reír.

—¿Por qué tienes tanto miedo?

—¡Como son tan malos!...

El intérprete se puso muy serio, y preguntó:

—¿Eran de Mina los que se llevaron los seis caballos de la patrulla que te apresó?

—Seguramente.

—¿Eran de Mina los que hirieron á los dos soldados de la misma patrulla?

—Seguramente.

—¿Tú no sabías que aquellos soldados eran franceses?

—¿Yo? ¡Si nunca los había visto!

—Pero te hablaban en francés.

—Para mí tan enrevesado es el francés como el español.

Y añadió con candidez:

—¡Ya podían hablar en vasco!

—¿Tú conoces algún camino que comunique á Guipúzcoa con Navarra por aquellos montes?—Y señalaba los de Goizueta.

—¡Sí; precisamente por cerca de mi caserío!

Después de hacerle algunas otras preguntas, le mandaron retirarse.

—¿Puedo marcharme á mi caserío?

—Todavía no.

—¿Y tengo que vivir en aquel calabozo?

—Será por pocos días.

—El caso es, señor capitán (Lamperna sabía que solo era cabo) que aquí tengo un balazo de aquellos que yo creí de Mina...

—¿Un balazo? Pues luego vendrá el médico á reconocerte y si él lo manda irás á la enfermería.

Acabada su declaración fué reintegrado al calabozo. Los presos le rodearon.

—¿Qué ha sido ello?—le preguntó uno.

—Me han mareado á preguntas.

—¿Han escrito mucho?

—Mucho. Allí tenían un libro de papeles cosidos con hilo azul.

—Entonces te han empapelado.

Lamperna, haciéndose el tonto se miró y exclamó:

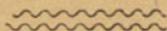
—No me han puesto ningún papel.

—¡Tontaina! Empapelar quiere decir que te han encausado. ¿Has cantado?

—¡Cualquiera se atreve á cantar delante de aquel señor tan serio!

Los presos se echaron á reir.

Aquella misma tarde se presentó un médico que reconoció á Chomín. El resultado fué que en seguida lo trasladaron á la enfermería, un cuarto que daba á la plataforma del macho, bien ventilado y sobre todo con una cama bastante aceptable. Se acostó y quedó dormido como un tronco.



X

Los mártires de Bardocas.

¡COMÍN no era dormilón. Repuestas las fuerzas en las cuatro primeras horas de descanso despertó á media noche.

—¡No me acordaba de que estaba preso!—exclamó cuando pudo coordinar sus ideas.

Meditó acerca de su situación y comenzó á trazar planes de evasión. De repente se tiró de la cama y dió varios paseos por el local, con precaución para no ser sentido.

—El sartenazo (así llamaba al balazo) me duele poco—pensó—se conoce que el médico me ha aplicado un buen medicamento. ¡Estos franceses son el diablo! Ahora escuchemos.

No se sentía ningún ruido. Se acercó á la puerta que comunicaba con un largo pasillo y aplicó el

oído á la cerradura. A sus oídos llegaba de cuando en cuando el lejano resuello del adormilado centinela.

Conocía Chomín perfectamente todas las dependencias del castillo, en el que había estado de guardación varios meses. Por esta causa pudo concebir rápidamente el plan de evasión.

El local donde se hallaba, en tiempo de los españoles, era oficina y archivo del gobernador. Las dos ventanas que tenía caían á la plataforma del macho y las rejas que impedían la salida no eran rejas de cárcel. Chomín se dirigió á la cama, hizo una gran tira de una sábana y dió varias vueltas á dos de los barrotes. Con gran cuidado arrancó una varilla de hierro de la cama y metiéndola por entre las vueltas de la tira comenzó á agarrotar los barrotes que poco á poco se fueron uniendo dejando mayor espacio entre los demás. Cuando vió que ya no cedían más soltó la tira y la puso en igual forma en otro par de barrotes inmediatos, practicando la misma operación. Al cabo de un rato el centro de la reja había perdido el paralelismo, formando á modo de una O por la que metió la cabeza con facilidad.

Se despojó de la chaqueta que echó á la plataforma. Se calzó las albarcas, tan excelentes para no meter ruido. En seguida arrimó un colchón doblado, á falta de silla, se subió á él y pasó la cabeza por el hueco, perfiló el cuerpo y el cuerpo también pasó. No hace falta decir que al cuerpo siguieron las piernas porque no las iba á dejar allí.

Se vistió la chaqueta, y á paso de lobo se dirigió, arrimándose á la pared, al parapeto del macho. Medio á tientas, porque no había bastante claridad, buscó la varilla del pararrayos que sabía perfectamente donde estaba. Cuando la tentó se subió á ras-

tras al parapeto y agarrándose á ella se deslizó los cuatro metros de altura, encontrándose en la plataforma del castillo. A unos treinta metros sentía los pasos del centinela de la puerta, junto á la campana. Arrastrándose pasó al parapeto, se deslizó por él alejándose del centinela para buscar el ángulo opuesto donde recordaba que había unos salientes; se metió en una cañonera, y procurando clavar los codos en el ángulo que formaba un flanqueo descendió á la parte exterior, quedando unos momentos conteniendo hasta la respiración.

Nada anormal notó; todo seguía en silencio. Respiró con satisfacción porque la parte más difícil ya estaba hecha. Solo restaba descender esquivando los centinelas.

Fué bajando poco á poco, dando grandes rodeos, haciendo muchos zig-zag, arrastrándose para no presentar la silueta.

Cerca de un polvorín recibió un susto mayúsculo, Deslizándose por una rampa tropezó con un cuerpo blando que se levantó vivamente y echó á correr rozando con él. Gracias al roce pudo saber que se trataba de una oveja de las que, desde tiempo inmemorial, solían pacer allí. Esto le tranquilizó, porque si hacía algún pequeño ruido y le oían podían atribuirlo á una de esas reses.

Estaba encima del plantón, cerca del punto donde se había encontrado con Pachi en los primeros tiempos de su vida militar.

Por si había centinela, como en su tiempo, se fué corriendo á la derecha en dirección á la batería de Bardocas. Atravesó el camino, subió al último parapeto en el que quedó echado un rato, escuchando. Desde aquel parapeto se fué deslizando por la áspera pendiente, agarrándose á matorrales y yerbas;

pronto se encontró en la parte exterior de Cay arriba, fuera completamente de las fortificaciones del castillo. Se arrimó á un barraca y espió.

Aun faltaba bastante para amanecer, pero ya se sentía el movimiento de algunos pescadores que preparaban sus lanchas para hacerse á la mar.

Se dirigió á un viejo marinero que le pareció hombre de bien, y con acento de sinceridad le expuso su situación, pidiéndole que le llevase en su lancha fuera de San Sebastián.

—¿Pero á dónde?

—Donde usted quiera, siendo un punto no ocupado por los franceses.

—Me parece que hasta Deva están todos.

—¡No podría usted dejarme en alguna cala?

—En la ría de Orio. Ellos tienen ocupado el pueblo, pero no la desembocadura de la ría.

—Pues vamos allá.

Sin contratiempo, salieron del puerto.

Chomin dirigía miradas recelosas al castillo de la Mota.

El viejo marinero al pasar bajo la batería alta de Bardocas, frente á Santa Clara, se santiguó; masculló una oración, y con gran sorpresa de Chomin, dirigió los puños cerrados en actitud amenazadora hacia aquella batería. Después quedó meditabundo, sombrío.

—¿Qué es eso?, preguntó el fugitivo.

—¿Eso? ¿Eso? Y sin responder, comenzó el marinero á respirar fuertemente, como quien está poseído de profunda indignación. De vez en cuando murmuraba:

—¡Canallas! ¡Infames!

—Pero... ¿se puede saber á qué vienen esos rezos y esas maldiciones?

—A nadie lo he dicho, pero á tí te lo voy á decir todo, ya que tanto odio les tienes.

—¿A quién?

—¡A los demonios!

—¿Son demonios los franchutes?

—No les llares franchutes. Llámales diablos desencadenados, que no son otra cosa esos demonios malditos ¡Perros, perros!

—¡Vaya!, ha picado usted mi curiosidad. ¿Qué fué ello?

—Ahora te lo contaré. Espera. Voy á izar la vela.

Hecha esa marinesca maniobra, agarró el timón, y la lancha empujada por la brisa tomó, ligera, el rumbo hacia poniente.

—Fíjate bien, dijo á Lamperna, en Bardocas.

—Conozco eso bien, puesto que he estado de guarnición en el castillo.

—¿Ves aquellas rocas tajadas debajo del baluarte?

—Las veo.

—¿Ves aquel hueco á la derecha, junto al mar?

—También lo veo.

—¿Ves aquellos cantos redondeados, abajo, donde rompen las olas?

—Sí, hombre, sí.

—Pues allí fué.

—Pero... ¿qué fué allí?

—Todo. Aun parece que lo veo. Todavía resuena en mis oídos los golpes de los cuerpos al caer. Aun estoy medio sordo de aquellos tremendos gritos.

El espanto se retrataba en su semblante.

Lamperna comprendió que el pescador se refería á algún tremendo drama.

Este sollozaba; aquél respetó su silencio. Al cabo de un rato, el pescador prosiguió:

—Tenía encargo de un balde de lapas para un

mosiú que las paga bien. Estuve toda la tarde cogiéndolas por la isla de Santa Clara; al obscurecer bogué con mi bote hacia Cay arriba, y poco á poco me fuí acercando debajo de Bardocas, frente á la isla.

La marea estaba muy baja. Había hecho una buena provisión de lapas, de las grandes, y me senté allá, debajo de aquella roca de nuestra derecha.

Como era verano y hacía una noche muy hermosa, pues había obscurecido, no tenía mucha prisa esperando la subida de la marea.

Arriba, por la parte de las baterías de las Damas y Bardocas, sentía gran algazara.

Pero no me chocó, porque ya la noche anterior habían estado de «moscorreo» los gabachos.

Oía cantar *La Marsellesa*, esa canción de música tan bonita, pero que maldito si se entiende lo que dicen.

Daban gritos, vivas, mueras.

Y se alumbraban con antorchas.

Sentía que hablaban arriba en la batería alta de Bardocas.

Pero como ni el diablo entiende ese idioma tan enrevesado, no me preocupé de lo que pudieran graznar.

De pronto... ¡Jesús, María y José!

Y el honrado marinero se santiguó de nuevo y quedó meditabundo.

—¿Qué sucedió?—preguntó Lamperna, que estaba muy interesado en el relato.

Entre las rocas... á mi derecha... sentí un golpe fuerte y blando á la vez; al mismo tiempo un grito penetrante seguido de lastimeros quejidos ahogados.

—¿Qué era?

—Al pronto no ví nada. Quedé helado por el te-

rror. Al principio creí que alguno de los que arriba metían tanta bulla se había despeñado.

Miré á la batería de Bardocas.

Un gabacho de uniforme sostenía una antorcha.

Otros malditos miraban hacia abajo y se reían á mandíbula batiente.

Y parecía que se burlaban del desgraciado que había caído desde aquella altura.

—¿Pero quién era?—preguntó impaciente Lampernachuri.

El marinero pareció no oír, y prosiguió:

—Yo tenía mucho miedo, y sin mirar más, me acurruqué debajo de la peña.

En seguida oí otro golpe lo mismo que el anterior, seguido de grito de angustia y después quejidos de dolor.

Nueva algazara arriba.

Un tercer cuerpo cayó con circunstancias parecidas, sólo que éste aun gritaba con más fuerza; después pude ver por qué.

—¿Por qué?

—Porque todos tenían mordaza y al tercero se le cayó.

—Siga, siga usted.

—Yo temblaba como un azogado; tenía los pelos de punta, los dientes me castañeteaban. Pues, á pesar de mi terror la curiosidad me obligó á salir de mi escondite.

Pero lo hice con grandes precauciones, buscando siempre la sombra de las rocas.

Sólo asomé la cabeza por una hendidura, y sin sacarla de la sombra, en forma que sin verme de arriba yo podía ver lo que sucedía en las peñas de abajo.

Me pesará siempre aquella maldita curiosidad, porque por ella presencié el horror de los horrores.

Tres cuerpos desnudos se debatían entre las piedras, los tres ensangrentados.

A uno de ellos le veía perfectamente ambas piernas rotas.

Cayó un cuarto cuerpo. Este fué más afortunado, porque dió de cabeza en la punta de una roca y quedó muerto en el acto, porque no se movió.

Yo estaba como alelado; me parecía hallarme en el infierno.

Cuando no perdí la razón aquella horrible noche, ya no me vuelvo loco por nada del mundo.

El quinto cuerpo al caer levantó varias piedras menudas. Algunas me dieron en la cara.

Este no se quejaba, pero movía pies y manos despacio como buscando otra postura.

Sentí caer el sexto desdichado; pero una peña situada cerca de mí me impedía el verlo.

Mas sentía sus tristes ayes de dolor unidos á los de los otros, que aún estaban con vida.

Esperaba que siguieran tirando, pues en el estado de imbecilidad en que me encontraba creía que no cesarían nunca de arrojar cuerpos.

Y lo que arrojaron fué una tea ardiendo, aunque medio consumida.

Alumbró breves momentos, muy breves; los suficientes para que quedaran en mi imaginación, grabados para toda la vida, aquellos cuerpos desnudos ensangrentados, con los miembros dislocados ó rotos, en posturas espantosas y lanzando tristes y apagados lamentos.

Fué cuestión de un segundo nada más y en tan breve espacio de tiempo recogí detalles que en la vida ordinaria me costaría mucho trabajo el retener.

En ese momento tan corto pude darme cuenta de quienes eran aquellos infelices.

—¿Quiénes?

—Los frailes de San Telmo.

Lamperna dió un salto que estuvo á punto de hacer zozobrar la lancha.

—¿Qué ha dicho usted?

—Que eran los frailes de San Telmo.

—¿Está usted seguro? ¿Cómo puede saberlo? ¿Es posible?

—Estoy seguro, porque á la luz de la antorcha les vi la corona.

—Pero podían ser de otra Orden...

—Podían, pero no eran, porque en San Sebastián no hay más que dominicos y franciscanos; éstos llevan barba, aquéllos no, y los que vi al pie de Bardocas estaban rasurados.

—Siga; siga usted.

—Aquello quedó á obscuras; yo, más muerto que vivo, no sabía qué hacer. Arriba sentía hablar de vez en cuando y temía que me soltaran un tiro si se daban cuenta de que yo estaba allí. Tuve la valentía de esperar más de media hora, porque me sentía con valor para salvar á alguno si encontraba ocasión propicia.

—¿Y...?

—La marea comenzó á subir, y según mis cálculos, alguno de los cuerpos estaba cubierto por el agua. Me dirigí poco á poco á mi bote, que estaba fuera de la vista de los de arriba; embarqué.

A pesar de mi terror miraba la superficie del agua y creí ver flotar un cuerpo. Como soy buen nadador, me dirigí en silencio hacia él, pudiendo convencerme de que era un cadáver.

Nadando me hice el muerto y me mantuve un rato en la superficie del agua, con peligro de romperme la cabeza en aquellas rocas si venía una ola algo fuerte.

Fuí afortunado, porque entre dos peñascos noté un cuerpo que me pareció vivo, porque no estaba rígido.

Lo metí en el agua, y agarrándolo por la barba con una mano, nadé con la otra y gané el bote.

Ganado el bote, en un cuarto de hora llegué á Arroca.

—¿Dónde está eso?

—Debajo de Igueldo. Allí pude convencerme de que el fraile no estaba muerto.

—¿Y lo salvó usted?—exclamó Lamperna abrazando al marinero.

—No lo sé, porque yo estaba muy enfermo y estuve unos días entre la vida y la muerte. Mi hija pidió ayuda á otros vecinos y por allá cuidaron al pobre fraile.

—¿De modo que curó?

—Lo ignoro, porque á los pocos días mi hija lo dijo al señor vicario del Antiguo, el cual corrió con todo y se lo llevó.

—¿A dónde?

—No se lo pregunté. En ciertas cosas no me gusta ser entremetido. Y como después de aquella guerra hubo nuevo vicario en el Antiguo, no he averiguado nada.

Hacía rato que navegaban á la vela. Había calma chicha y avanzaban muy poco.

—En vez de llevarte á Orio—dijo á Chomín el viejo marinero—, te voy á dejar en una pequeña cala, debajo de Mendizorrotz: en Punta de tierra blanca, ya que la bonanza permite hacerlo sin peligro.

—Mejor que mejor.

Llegados al pie de aquel formidable acantilado, Chomín saltó á un pequeño arenal.

—Este favor tengo que pagarlo algún día. ¿Cómo se llama usted?

—Iturrioz.

—Pues yo Chomín Lampernachuri, dueño del caserío Capitanenea, en Concorrenea. Si no me matan nos veremos.

Chomín trepó el empinado Mendizorrotz, á pesar de la molestia que todavía le causaban sus contusiones; pasó á Arratsain, y por Teresategui, Recalde, Oriamendi, cruzando el Urumea, aguas arriba del puente de Ergovia, el cual esquivó, porque estaba guardado por un destacamento francés, cayó, ya bien entrada la noche, en Landarbazó, donde pudo respirar á sus anchas el aire salúfero de la santa libertad.



XI

El Viriato guipuzcoano

AL borde del camino de Vergara, en lo alto de una peña, en las cercanías de Villarreal de Urrechua, está sentado un muchachote colorado, pequeño de estatura, pero de robusta complexión. Rubio, de facciones aniñadas, risueña la mirada y bonachona la sonrisa. Tendrá unos diez y ocho años. Está aún en las puertas de la adolescencia cuando se comienza á ser hombre y sólo se conoce el lado bello del vivir. Con razón se llama esa edad la primavera de la vida.

Con un pequeño cuchillo de punta roma trabaja muy afanoso en un palo, un pedacito de rama de chopo. Con exquisito cuidado y poniendo en el trabajo sus cinco sentidos da dos cortes en redondo tan

sólo á la corteza, en la que ha señalado varios agujeros.

Después hace presión con las manos en diferentes sentidos. La parte de corteza cede y sale del palo.

Da un corte en bisel, hace otro triangular encima, y del mismo palo corta una lengüeta que aplica al corte biselado y arroja el palo sobrante.

Lleva la corteza á la boca, sopla fuertemente y emite un sonido agudo.

Con los dedos va tapando agujeros sin dejar de soplar y saca las notas musicales de la escala.

Ha hecho una flauta.

Satisfecho de su obra la mira con placer y vuelve á emitir sonidos. Ahora parece un músico. Suenan armoniosas notas de zortziko.

A su lado un hermoso perro blanco bosteza. Entre los matorrales pace una manada de ovejas.

De cuando en cuando coge una piedra y la tira á alguna de ellas que se separa demasiado. Su puntería es excelente porque siempre da en el blanco.

Parece que las ovejas saben el significado de la pedrada, porque en vez de seguir descarriándose, vuelven al lado de las demás.

El perro gruñe y levanta inquieto la cabeza. El muchacho sigue con la vista la dirección de la mirada del perro, y queda con la flauta en la boca, la boca abierta y el dedo miñique levantado en el agujero del do.

Abre los ojos con admiración. El perro se levanta y lanza furiosos ladridos.

—¡Aquí, Churi!—grita el pastor.

El perro obedece; se arrima á su joven amo y sigue gruñendo.

Por el camino avanza una comitiva que llena de admiración al pastorcillo.

Unos 20 jinetes montando soberbios caballos. Visten de encarnado y azul. El cuerpo llevan abroquelado con rutilantes corazas. En la cabeza brillan plateados cascos de cimera, cubiertas de ondulado pelo á modo de colas de caballo. Sus espadas lanzan brillantes reflejos al ser heridas por los rayos del sol.

El muchacho ha oído hablar de franceses, pero nunca los ha visto y se los figuraba muy diferentes de como los tenía delante con tan vistosos arreos.

El creía que eran todos negros, feos, harapientos, algo así como los salvajes de los cuentos.

Al principio los toma por arcángeles, porque recuerda haber visto en Zumárraga un San Miguel con coraza como aquellas, casco parecido, aunque con plumas en vez de cola y espada como aquellos «señores».

Mudo de asombro no se mueve de la peña, paralizado por el terror.

—¡Garzón, vené aquí!—grita uno de los jinetes.

El muchacho no entiende bien y permanece sentado.

—¡Tú venir aquí prrronto!—le grita de nuevo, amenazándole con la espada.

El interpelado al ver el movimiento de aquella arma tan reluciente, teme por su vida y por instinto echa á correr en dirección contraria, esto es, hacia el monte.

Pero el jinete le sigue lanzando imprecaciones; pronto le alcanza y le da con la espada varios golpes de plano que le hacen ver las estrellas.

—¡Tú querer avisar brigante!—le dijo el francés arrastrando las erres.

—Yo... no—balbuceó el pastor, rojo de indignación y de dolor.

En tanto, varios jinetes echaron pie á tierra y se metieron por entre las ovejas. El noble perro se lanzó sobre uno de ellos, pero fué muerto á sablazos. Entonces echaron mano de tres ovejas y allí mismo las degollaron con sus sables.

—Tú sacar las tiguipas.

El muchacho no entendía esta jerga y miraba embobado al francés que le hablaba. Este le propinó otros dos sablazos. A cada golpe la hoja del sable vibraba.

Otro francés abrió el vientre con el sable á las ovejas muertas. El mismo de antes volvió á decir al muchacho:

—Sacar tiguipas.

Y como al mismo tiempo accionó señalando la parte abierta, comprendió, por fin, lo que querían, y muy á su pesar, echó fuera todas las entrañas.

Montaron de nuevo en sus caballos, y riéndose de su hazaña se marcharon hacia Esquioga, llevándose las reses muertas.

Cuando desaparecieron, estalló ruidosa la rabia del pastor que comenzó á patear y á lanzar gritos de indignación.

—¡Gaspar!—le gritó un mozo desde una colina—. ¿Qué te pasa?

—¡Qué me ha de pasar! Ven, ven corriendo.

Acudió el otro presuroso y quedó mudo de sorpresa al ver el perro muerto y los sangrientos despojos de las ovejas.

—¿Qué ha sido esto?—preguntó.

El muchacho, entre imprecaciones, relató lo sucedido.

—¿Y qué vas á hacer ahora?

—¿Yo? Matar todos los que pueda.

—¿Tú? ¿Con qué?

—Con esto—y sacó de la cintura una larga honda de cuero.

—¿Tendrás valor?

—¿Valor? No lo conocía hasta hoy, pero te aseguro que me han de pagar caras las ovejas y mi pobre Churi.

Pues cuando quieran puedes tomar venganza, porque todos los días pasan patrullas por el camino de Tolosa á Zumárraga.

—¿Todos los días dices?

—Sí; una patrulla por la mañana que va á Tolosa y otra al obscurecer que vuelve.

—¿Al obscurecer?

—O poco antes.

—Pues ahora mismo voy allá. Las cosas en caliente.

—Espera que echemos las ovejas hacia la borda. Yo te acompañaré.

—¿Para qué? Ya volveremos.

—Tienes razón. De aquí no se han de marchar. Vamos.

Esquivando el paso por Villarreal y Zumárraga van en media hora al camino de Tolosa. Al pasar por el río Urola, Gaspar coge media docena de guijarros redondos, duros y los mete en el zurrón.

Pasado el barrio Eizaga se detuvieron. Con ojo experto escogió Gasparillo una excelente posición: un contrafuerte del Izazpi, que terminaba en tajada cortadura sobre el camino.

—Desde aquí—dijo á su compañero—puedo disparar sin peligro de que me echen mano, porque para cuando quieran llegar á este sitio ya estoy metido en el monte y allí... que me echen un galgo.

—Pues tienes razón.

Gaspar puso su honda en tensión para ver si fun-

cionaba bien y con un guijarro dió varias vueltas con admirable destreza.

—A ver si apuntas bien—díjole el otro.

—¡Bah! Sería la primera vez desde hace más de un año que erraba el tiro.

No tuvieron que esperar mucho.

—Mira Gasparillo qué suerte; sólo vienen dos.

—Vendrán otros después.

—Me parece que no.

Efectivamente avanzaban dos jinetes, sin precauciones, sin temor, puesto que sólo les quebaban diez minutos de viaje. Las riendas de sus corceles iban flojas. Ellos hablaban tranquilamente.

Se oyó un chasquido de correas, una especie de zumbido como si un gran moscardón cruzara el aire y un tremendo golpe: un jinete cayó de su cabalgadura como herido por un rayo, chorreando sangre por el rostro.

El otro jinete sacó una pistola del arzón y disparó sobre dos individuos que vió en lo alto de la cortadura. Uno daba vueltas á una honda; volvió á oirse el mismo chasquido, zumbido idéntico y golpe más sonoro que el de antes. El segundo jinete, herido en el pecho, vaciló, echó gran cantidad de sangre por boca y narices y cayó al suelo debajo de su caballo.

El noble animal enderezó las orejas y se mostró inquieto, pero viendo allí á su compañero de pareja se acercó á él.

En tanto Gaspar, con ligereza propia de un zagal de sus años, saltó de peña en peña y se tiró al camino desde ocho varas de altura. Su compañero hizo lo mismo.

—Primero los caballos. Tú por allí.

El camino no era ancho; iba encajonado entre desmontes y no les fué difícil echar mano de los dos

cuadrúpedos. Otaño, el compañero de Gaspar, los tuvo por las riendas mientras éste despojaba á los soldados caídos de sus sables y cartucheras. El herido en la cabeza estaba sin conocimiento. El del pecho apenas respiraba, abriendo la boca desmesuradamente.

—¡Hala! A caballo y vámonos.

—No eran unos centauros ni mucho menos; pero á esa edad es fácil sostenerse en un caballo.

En vez de seguir hacia Eizaga, tomaron la dirección contraria hasta encontrar terreno á propósito para los caballos. Cuando se vieron á campo traviesa fuera del camino, estallaron las manifestaciones de alegría.

—¡Ya me he cobrado dos ovejas!—gritaba Gaspar palmoteando.

Otaño le miraba con admiración.

—¡Vaya unos redaños que tienes! No creí que había hombres tan serenos en el mundo.

Mientras duró el día fueron montados; pero cuando obscureció echaron pie á tierra y llevaron de las riendas á los caballos. Al llegar al sitio de la agresión á Gaspar, éste dijo:

—No esperaba hacerme justicia tan pronto.

Las ovejas se iban acercando al corral. Entre Gaspar y Otaño las hicieron entrar, y ellos se fueron á Bordaberri, donde pernoctaban otros pastores y campesinos.

Cuando vieron llegar á sus compañeros con dos hermosos caballos con sus monturas completas y ciñendo relucientes sables, se mostraron extrañados.

Otaño contó todo lo sucedido, elogiando el valor y serenidad de Gaspar.

—¿Y vas á seguir cazando franceses?—le preguntó uno.

—Ya lo creo.

—Pues yo te seguiré.

—Y yo—dijeron los otros tres.

—Conformes. Armaremos una partida. Ahora vamos á ver qué hay en las monturas.

Las soltaron y salieron á la asombrada vista de los pastores, que nunca habían visto tales prendas: dos capotes, hermosos, de paño azul en las perillas; ropa blanca en los maletines, y cuatro pistolas de arzón. En las cartucheras pólvora y balas.

Los sables pasaron de mano en mano. Gaspar y Otaño se apropiaron de aquellos despojos, primer botín de guerra de la partida de Gaspar Jáuregui, llamado Artzaya (el pastor).

Este atrevido golpe de mano tuvo gran resonancia por los pueblos de la alta Guipúzcoa, dando al pastorcillo envidiable reputación entre los patriotas; pero llegando á conocimiento de las autoridades francesas, éstas organizaron una batida para capturar al montaraz pastor, quien noticioso á tiempo del peligro que le amenazaba, puso montes y barrancos por medio, lanzándose al campo decididamente con su partida compuesta de seis compañeros mal armados pero bien provistos de valor y de entusiasmo.

Con ellos no podía dar grandes combates á los invasores, pero sí les causó mucho daño interceptando correos sueltos, matando parte de sus escoltas con cuyos despojos armaba y equipaba á los suyos.

A cada hazaña su partida recibía nuevos refuerzos de patriotas y ya se atrevía á hacer frente á compañías enteras ó escuadrones sueltos llevando siempre la mejor parte, porque Jáuregui, aunque de cultura escasa, tenía excelente ojo militar para escoger posiciones ventajosas que le daban gran superioridad sobre el enemigo.

El teatro de sus proezas era bastante limitado, pues se reducía á los pueblos de la alta Guipúzcoa que era el único territorio que al principio conocía, pero dotado de extraordinaria actividad, cualidad indispensable en un buen guerrillero, fué extendiendo su radio de acción y el consiguiente conocimiento práctico del terreno en forma que sus operaciones llegaban algunas veces á Vizcaya, Alava y Navarra, cuando se trataba de picar la retaguardia á un convoy importante ó sorprender algún pequeño destacamento que confiado por la lejanía de Jáuregui descuidaba la vigilancia.

Por aquella época se había hecho famosísimo en Navarra el guerrillero Espoz y Mina, organizando un importante núcleo de fuerzas con el cual contuvo gloriosamente á considerables tropas francesas que Bonaparte habría querido emplear en el interior de España para conseguir su dominio.

Noticioso Jáuregui de que Mina se hallaba hacia las Amezcogas para preparar alguno de sus atrevidos golpes de mano sobre las comunicaciones del odiado invasor, aprovechó aquella oportunidad que tanto deseaba para presentarse á él y ponerse á sus órdenes.

Cerca de Alsasua, en lo alto de la sierra de Urbasa, dominando la barranca por un lado y gran parte de la llamada de Alava por otro, amenazando las carreteras de Vitoria y de Pamplona, en aquel ingente reducto de seguridad enclavado en el corazón de Euskaria, posición que parece colocada por la providencia para servir de refugio y fortaleza en días de gran peligro para la Patria, allí se verificó la presentación del Viriato guipuzcoano al caudillo navarro, que le abrazó entusiasmado porque ya había llegado hasta él la fama de las proezas del joven pastor.

—Mi general—dijo Jáuregui—aquí le traigo esta gente para que disponga de ella en defensa de la Patria.

—Gracias, valiente Jáuregui—respondió Mina—, pero al servicio de la Patria y del Rey conviene que en Guipúzcoa haya patriotas que no dejen tranquilos á nuestros enemigos. A Guipúzcoa volverá usted con más fuerzas de las que ha traído, para que pueda ampliar y extender sus operaciones.

Así, pues, Jáuregui volvió á su provincia llevando todos los guipuzcoanos que estaban á las órdenes de Mina.

Con ellos iban oficiales de gran mérito: Zumalacarregui, Calvetón, Echaluze, Echagüe, Barrenechea, Urbiztondo, Muñagorri y otros, que andando el tiempo prestaron grandes servicios á la Patria... ó á su partido.

Llevaba además la orden de que todas las partidas sueltas que hubiese en la provincia se pusieran bajo su mando.

Con esta sanción oficial su prestigio en el país creció extraordinariamente y vió su partida aumentada con tanta gente que pudo organizar hasta tres batallones.

El brazo derecho de Jáuregui era Zumalacarregui que, teniendo algunos estudios universitarios, era lo que en aquella época se llamaba «hombre de letras». Además intimaron porque ambos habían nacido en pueblos cercanos: Jáuregui en Villarreal y su secretario en Ormaiztegui.

Este ejercía las funciones que en los tiempos modernos competen al Estado Mayor, y como además de sus estudios universitarios poseía una excelente ojeada militar y perfecto conocimiento del terreno, Jáuregui llegó á tener en él ilimitada confianza

— 115 —

que no vió defraudada porque le ayudó con lealtad (1).

(1) Andando el tiempo ambos fueron caudillos rivales, uno de las tropas de Isabel II; el otro, de Don Carlos.



XII

La hombrada de Fuenterrabía.

LA evasión de Chomín, contada por él con pintoresco lenguaje, llenó de alegría á los refugiados en Landarbazó, y desde el siguiente día tomó parte en los altos hechos de aquellos patriotas.

Pachi, con sus partidarios, daba alguno que otro golpe de mano á correos franceses, siempre en distintos lugares y con gran tacto, porque los caminos de Guipúzcoa, comunicación indispensable con Bayona, estaban vigiladísimos y sus pueblos fuertemente guarnecidos.

Pero recibió órdenes, de una junta patriótica que acompañaba á Jáuregui, de incorporarse á las fuerzas de este caudillo para ponerse bajo su mando, y Pachi no vaciló: reunió su gente y exploró su voluntad para que le siguieran los que buenamente quisie-

sen. Los solteros decidieron marchar á la alta Guipúzcoa; pero los que tenían familia y caserío en lugares apartados del tránsito francés optaron por quedarse, sin perjuicio de estar á sus órdenes siempre que se tratase de un golpe de mano por las inmediateciones.

Las mujeres é hijos de Pachi y Chomín fueron á vivir á una casería de las cercanías de Goizueta, punto virgen del paso francés, porque el invasor no quería aventurarse por aquel abrupto terreno que sólo podía proporcionarle la conquista de robles y castaños, sin ninguna gloria, pero con mucha fatiga y sangre, si los naturales, como era de esperar, oponían resistencia.

El señor Echezarreta sentía la nostalgia del mar y con consentimiento de su hija y de Pachi, decidió volver á San Sebastián, porque «le daba miedo verse tan metido en tierra».

—Ya que voy solo—dijo—, en vez de meterme entre muros, sujeto al régimen militar francés, me iré á nuestro caserío Santiene, en la falda del Ulía, y al despertar todas las mañanas, veré lo primero el mar, sin el cual creo que no es posible vivir, y me dedicaré á la pesca de la lubina por las peñas de Mompás.

Pachi, con diez voluntarios y varias armas y caballos conquistados al enemigo, se presentó á Jáuregui en las faldas del Hernio, baluarte natural situado en el centro de Guipúzcoa, desde el cual amenazaba constantemente á los puestos franceses que se veían obligados á ejercer, sobre todo de noche, tan fatigosa vigilancia que en las tropas napoleónicas se consideraba como una desgracia el ser destinado al ejército de España.

Pachi se hizo cargo del mando de una compañía

como capitán, y aunque Jáuregui quiso premiar los servicios de Chomín haciéndole sargento, éste renunció enérgicamente, pretextando que no entendía de letra y que prefería ser asistente de Pachi, y de asistente de Pachi quedó.

Llegamos al año 1813.

En diferentes puntos de la Península las tropas francesas se iban batiendo en retirada; la estrella napoleónica palidecía desangrada por los golpes recibidos en nuestra Patria y por el desastre de Rusia.

Lord Wellington en la primavera cruzó el Duero cerca de Lamego (Portugal) y avanzó hacia Salamanca para ponerse en contacto con el Cuerpo de ejército del General Castaños, reuniendo 48.000 ingleses, 28.000 portugueses y 26.000 españoles.

El Rey intruso había tomado el mando personal de los ejércitos franceses del Mediodía, Centro y Portugal, que componían un total de 76.000 hombres con 10.000 caballos, y abandonando Madrid, estableció su cuartel real en Valladolid, marchando después hacia Burgos, cuyo castillo voló al abandonar la capital castellana acosado por los aliados, buscando refugio al otro lado del Ebro.

Jáuregui, dueño absoluto de los campos guipuzcoanos, daba periódicas licencias á sus partidarios para ver á sus familias cuando éstas residían cerca del punto ocupado por aquéllos. Aprovechando un permiso Pachi y Chomín, que se hallaban por la parte de Berástegui, marcharon por Plazaola á Goizueta, con el fin de pasar unos días al lado de sus mujeres y de sus hijos que en

aquel oculto repliegue
de los montes Pirineos,
entre lomas siempre verdes
y en valle siempre risueño,

estaban en completa seguridad y alejados de los azares de la guerra.

Con ellos marchaba Irureta, el de Fuenterrabía, que obtuvo permiso porque su anciano padre, antiguo militar retirado, residía también en Goizueta, su pueblo natal, por no convivir con la guarnición francesa de Fuenterrabía, ciudad donde poseía algunos bienes.

Coincidió la estancia de estos guerrilleros de Jáuregui con la llegada de un pequeño destacamento de las fuerzas de Mina, que verdadero dominador de los campos de Navarra, cobraba tranquilamente ciertos tributos á los pueblos del país para sostenimiento de sus tropas. Mandaba este destacamento un sargento navarro, Fermín de Leguía, quien noticioso de la presencia de un oficial de las guerrillas de Jáuregui, fué á saludarle y cambiar impresiones acerca de la guerra.

Agradeció Pachi la atención de Leguía y le invitó á una comida de hombres en el campo, que en Navarra consiste en un buen cordero ahogado en vino de la ribera.

Asistieron á la comida Pachi, Leguía, Chomín y los Iruretas, padre é hijo, por el elemento armado; el alcalde de Goizueta, como particular, y el Párroco, que lamentaba no poder, por sus muchos años, tomar parte activa en la defensa del país. Menos el cura, que sólo asistió como entusiasta del elemento armado, todos hicieron honor al cordero aderezado por Josefa, la mujer de Chomín, á quien ayudaban sus hijos Pachin, que con sus quince años es un robusto muchacho que promete, y Ventura, mocosa de doce primaveras, hacendosa, vivaracha, que siempre enseña los dientes sonriendo con amabilidad á todo el mundo... si todo el mundo es amigo de don Pa-

chi y de doña Ventura, que son, después de Dios y de los santos, los seres á quienes se rinde culto por la familia Lampernachuri.

A los postres, consistentes en frutas y queso del país, los ánimos estaban caldeados, sobre todo hablando de la guerra. El cura era el que más excitaba los ánimos, entonando épicas palabras que parecían cantos guerreros, alabando las hazañas de los patriotas contra los enemigos de Dios y del Rey.

Del cura partió la idea de realizar una «hombreada», y Leguía, poseído de honrada ambición y de gran entusiasmo por la carrera de las armas, se comprometió á ejecutarla.

Irureta, padre, apuntó el objetivo.

—En Fuenterrabía—dijo—se creen los franceses tan seguros como en el corazón de Francia. En los cinco años que van á cumplir desde que ocuparon aquella histórica ciudad, no han tenido el menor contratiempo y duermen á pierna suelta, según noticias que frecuentemente recibo.

—¡A Fuenterrabía, patriotas!—gritó con entusiasmo el sacerdote—¡La siempre heroica ciudad gime bajo el yugo de los descendientes de Carlo Magno! Acordáos que aquel famoso emperador recibió su merecido en Roncesvalles.

—¡A Fuenterrabía!—gritó una voz juvenil desde la puerta de la casa.

Todos dirigieron la vista hacia aquel sitio viendo á Pachin, el hijo de Lampernachuri que, en gallarda actitud, empuñaba un cuchillo y se dirigía á su padre, diciendo:

—¿Me dejará usted, padre?

Este quedó sorprendido sin saber qué responder.

—Déjale—dijo el cura—que ya tiene cuerpo para servir á su Patria.

—Chomin miró á Pachi, quien comprendiendo la muda pregunta respondió:

—Nosotros no podemos ir, porque pasado mañana tenemos que incorporararnos á nuestro batallón; pero irá Irureta como guía bajo mi responsabilidad.

—Si vale mi opinión, intervino Irureta, padre—debe dejársele. A su edad muchos de nosotros habríamos hecho lo mismo.

—Es verdad—murmuró Pachi—. Déjale.

—Tienes mi permiso—asintió Chomin.

—Pues mañana al amanecer—dijo Leguía, saldremos para Vera, donde está mi capitán y á quien tengo que entregar los fondos recaudados y pedir permiso para la empresa.

—¿Lo concederá?—preguntó el alcalde.

—En los voluntarios de Navarra—respondió Leguía—no se niega ninguna autorización cuando es para hacer daño al enemigo.

A la madrugada siguiente, Leguía, con sus voluntarios, emprendió la marcha á campo traviesa hacia Aranaz para tomar el camino de Vera por Yanci y Lesaca. Antes del medio día llegó á su destino. Dió cuenta á su capitán del resultado de la recaudación y recabó permiso para la empresa que proyectaba.

—Ya sabe usted—le dijo el capitán—que el general Mina es enemigo de los golpes en vago.

—Lo sé; no erraré el golpe.

—¿Ha pensado bien en las consecuencias?

—Las he pensado.

—¿De modo que cuenta usted con muchas probabilidades de éxito?

—Esta clase de golpes, mi capitán, no pueden ser analizados de antemano, porque hay que contar, no con lo que lógicamente debe suceder, sino con lo que puede conseguir la audacia y la temeridad.

—¿Conoce usted aquello?

—Muy poco; pero llevo un guía hijo de aquella ciudad.

—¿Quién?—preguntó con extrañeza el capitán.

—Un guerrillero de Jáuregui. Lo he encontrado en Goizueta.

Y contó al capitán su encuentro con los guipuzcoanos en aquel pueblo.

—Eso ya es mucho. Haga usted lo que le parezca.

Después de descansar su tropa varias horas, Leguía tomó las últimas disposiciones, proveyéndose con Navascués el carpintero, de martillo, fuertes clavos y una buena escala de cuerda. Yoldi, el cantero, adquirió lo necesario para encender fuego, y todos los voluntarios fueron advertidos de lo arriesgado de la empresa para que quedase en Vera el que no quisiera tomar parte en ella.

¡Cualquiera renunciaba á una empresa como aquella! ¿Qué diría el General Mina si supiera que en sus voluntarios había un «marica»?

Irían todos y Cristo con todos.

Al caer la tarde, Leguía marchó con sus voluntarios, Irureta y el hijo de Chomin, en total 15 hombres, por el camino de Echalar para despistar á algún impertinente que pudiera ir con el cuento á los franceses. Antes de llegar á Alzate contramarchó metiéndose por el monte.

No ignoraba Leguía que el paso de Eudarlasa es-

taba ocupado por un fuerte destacamento enemigo, así como varios puntos del monte Aya para guardar el paso á Guipúzcoa por aquella parte. Mas como tenía su plan bien pensado, al obscurecer llegó á Zalain, atravesó el río y tomó el empinado camino de Illamendi, llegando á lo alto de Bunda, de donde, gracias á la claridad de la luna pudo pasar, dejando el camino, por entre robles seculares y atravesando un peñascoso barranco al monte Coypa.

Desde allí veían las fundiciones de Eudara, y sospechando que estuvieran ocupadas por alguna patrulla, no conviniendo á sus propósitos el ser descubierto, tomó á la izquierda, siguiendo aguas arriba de un arroyuelo, yendo á parar al collado de Blandiz, donde entraron en un camino que suponían dirigíase á Oyarzun. A un lado del camino vieron una luz.

—Ahora mucho silencio—dijo á su fuerza—que tenemos que reconocer aquella luz. Procurar no meter ruido con las armas.

Leguía dejó la patrulla entre unos robles y con Pachin é Irureta se acercó hacia la luz con precaución, viendo que salía de una pequeña borda, cuya puerta estaba entreabierta.

Se acercaron lentamente sin hacer ruido, y por entre el hueco que dejaba la puerta, pudieron ver un mozuelo que cuidaba un trozo de carne puesto á asar en el fuego.

Procurando endulzar la voz, Leguía exclamó:

—A la paz de Dios.

El mozo, de unos catorce años, levantó vivamente la cabeza, y, sorprendido, se puso de pie, receloso. Irureta intervino, diciendo en vascuence:

—Somos amigos.

Al oír su idioma el mozo cambió de fisonomía de-

mostrando la tranquilidad y confianza más absolutas. Irureta continuó:

—Somos guerrilleros que vamos contra los gabachos y no sabemos dónde estamos.

El mozo se encogió de hombros y señaló un bulto que, envuelto en una manta, dormía sobre un montón de heno, diciendo sencillamente:

—¡Padre!

Este despertó y miró sorprendido á los visitantes, se puso de pie. Su rostro tiznado de negro demostraba dedicarse al carboneo.

—¿Dónde estamos?—preguntó Leguía en vascuence.

—En Monte Munárriz.

—¿A dónde va este camino?

—A Oyarzun.

—¿Está el pueblo ocupado por los gabachos?

—No lo sé; pero cuando menos se piensa vienen de Rentería. Algunas veces hacen noche en la casa de la villa.

—¿Y usted, de dónde es?

—De Yanci. También he sido voluntario en la guerra contra la República.

—¡Cuánto me alegro!—exclamó Leguía—¿Y dónde sirvió usted?

—En los Tercios de Guipúzcoa.

—Mi padre también sirvió en los Tercios—exclamó con orgullo Pachin—. Fué del batallón de Areizaga.

—Yo también—repuso el carbonero.—¿De qué compañía fué tu padre?

—De la más valiente: de la del Capitán Landívar. El carbonero exclamó con júbilo.

—¡Mi compañía! ¿Cómo se llamaba tu padre?

—Chomín Lampernachuri.

—¡Tú hijo de Chomín! Chomín era asistente de nuestro Capitán.

—Sí señor.

—¿Vive tu padre?

—Vive.

—¿Dónde está?

—En las guerrillas de Jáuregui.

—Siempre ha sido un valiente.

Leguía intervino preguntando:

—¿Hay algún camino para las peñas de Aya?

—Camino no, pero sí veredas.

—¿Se puede ir de noche?

—Si me llevan á mí sí; si van solos se despeñarán. Yo les guiaré con mucho gusto.

—Gracias. Vamos cuanto antes.

El carbonero dió algunas instrucciones á su hijo. En tanto Leguía había llamado á su gente y todos siguieron por la falda del monte Munárriz, pasaron por la vertiente Norte del Biandiz hasta el Gatzarrieta donde tomaron una vereda que les condujo en hora escasa á Arichulegui. De Arichulegui al Churrumuru, al pie de las peñas de Aya, llegaron en treinta minutos, gracias, por supuesto, al carbonero y á la luna.

—¿Subiremos á lo alto?—preguntó el guía.

—No, iremos por la falda.

—Bien; pasaremos por las minas.

Dieron la vuelta por la vertiente oriental de la peña, de fácil paso, y por bajo del Irumugarrieta llegaron á las minas, explotadas con más ó menos éxito desde el tiempo de los romanos.

—Allí arriba—dijo el guía señalando un punto de la vertiente—cayó mortalmente herido nuestro pobre Capitán Landíbar. Bien pagó el pato mi compañía, pero por aquí abajo y por donde pasamos

cayeron más franceses que pelos tengo en la cabeza.

Por un suave camino cubierto de mullido cesped pasaron al monte Beliz, descendieron empinada cuesta al caserío San Antón, donde, á pesar de lo intempestivo de la hora fueron acogidos con agrado.

En San Antón despidieron con un apretón de manos al carbonero que se marchó muy ufano de haber prestado un servicio á fuerza española.

Se metieron luego por entre los montes Elazhta y Zubelzu; atravesaron con grandes precauciones por cerca de las ventas de Irún la carretera real de Francia y cuando comenzaba á amanecer llegaron á la casería Vidaurreta.

También en Vidaurreta tuvieron excelente acogida, basta que se trataba de voluntarios españoles y á mayor abundamiento de vascos. Se pusieron de acuerdo con el casero, sin decirle el verdadero objeto de la operación, para evitar indiscreciones, y pasaron todo el día en el edificio, dedicados al descanso, que bien lo necesitaban después de aquella segunda marcha en un mismo día, no olvidando de establecer el correspondiente servicio de seguridad en un montículo inmediato.

El casero mató una oveja para obsequiar á sus huéspedes. Leguía, á pesar de la oposición del buen campesino, pagó con creces su importe y al caer la tarde siguieron la marcha hacia el Jaizquibel.

—La plaza fuerte de Fuenterrabía, guarnecida por tropas francesas, tenía un punto débil por culpa de los mismos franceses.

Los baluartes y cortinas que miraban á la parte de Hendaya habían sido arrasados al ser evacuada por consecuencia de la paz de Basilea y al guarnecerla de nuevo cuando la invasión napoleónica, no queriendo reconstituir las antiguas fortificaciones por su mucho coste y por la oposición de Hendaya, para la que constituían una amenaza, cerraron con un muro toda la parte abierta del recinto.

Al pie de este muro se hallaban la noche del 11 de Marzo de 1813 quince sombras. Una de ellas comenzó á gatear agarrándose á las junturas de las piedras, pero siendo difícil trepar en esta forma descendió al suelo.

Otras sombras se le acercaron; entre todas fueron colocando grandes clavos en los huecos de la edificación. Con la agilidad de un simio, Pachín, que no era otra la primera sombra, trepaba por ellos hasta colocarse á caballo en el coronamiento del muro, donde quedó tendido para no presentar silueta: desde allí arrojó una cuerda, abajo la recogieron. Pachín sintió un suave tirón, subió la cuerda á la que iba unida una escala, la cual quedó sujeta á un clavo puesto en la parte interior.

Por la escala treparon dos sombras: Leguía é Irueta. Después fueron subiendo los restantes, que quedaron esfumadas en la obscuridad.

Entre el muro y el castillo había un camino de ronda que en aquel momento estaba desierto, quizás á causa de la menuda lluvia que caía.

Irueta, como práctico en aquel sitio, indicó á Leguía una parte de la ingente masa que presentaba el castillo-palacio de Carlos V, llamado por algunos de Sancho Abarca.

A causa de algún derrumbamiento se veían hasta una altura de doce metros varias adarajas por las

que trepaba la yedra. En gran parte del muro había otras piedras salientes; por ellas, y con ayuda de clavos que iban colocando á medida que subían, llegaron á un ventanuco por el que se metieron.

Marchaba delante Irureta, llevando de la mano á Leguía para guiarle por aquella obscuridad. Ambos empuñaban sendas dagas. Leguía llevaba además un martillo.

Salieron á tientas á la gran escalera, descendieron cautelosamente por ella y llegaron al inmenso zaguán de la planta baja.

La puerta que comunicaba con la calle estaba cerrada. En la parte interior se veía, á la mortecina luz de un farol colgado en medio del techo, un centinela que, seguro de no ser sorprendido, dormitaba en el quicio de la puerta con el fusil arrimado á un rincón.

Leguía, á paso de lobo, se acercó al centinela empuñando el martillo en la mano derecha, mientras en la izquierda brillaba la acerada hoja de la daga. Levantó el brazo y sacudió un martillazo en la nuca al confiado vigilante, que cayó como una masa inerte.

Cogieron el fusil, abrieron la puerta cuidadosamente y salió Irureta á avisar á los demás voluntarios, que fueron deslizándose arrimados al muro hasta entrar en el castillo.

La puerta se cerró; ocho hombres subieron por la escalera, sin ruido, quedando los restantes en el zaguán. Ninguno llevaba fusil, por que los habían dejado en un caserío; todos empuñaban armas blancas.

El arma blanca es el arma de las sorpresas nocturnas; el fusil estorba.

Irureta, siempre delante, se metió por un gran pasillo, alumbrado también por un farol castrense. Por

una puerta abierta se veía el interior de un dormitorio ó cuerpo de guardia, donde estaban tendidos en un camastro hasta siete soldados. Sus fusiles, armados de bayoneta, se veían en un armero. Con gran silencio, los hombres de Leguía se apoderaron de ellos y en la posición de calen entraron en el dormitorio.

Leguía, empuñando la daga, se dirigió al primer durmiente. Irureta arrimó un farol que había cogido en la escalera, á la cara del infeliz. Leguía le sacudió fuertemente.

Al despertar debió creer hallarse dominado por alguna horrible pesadilla. Un farol que le deslumbraba, ante los ojos; una aguzada punta, tocando su frente; una mano crispada, sujetando su pescuezo, y dos rostros desconocidos mirándole ceñudamente.

El terror le heló la sangre y con los ojos abiertos desmesuradamente, permaneció paralizado, yerto. Leguía le hizo levantarse, siempre amenazándole con la daga, y le sacó al pasillo, donde fué despojado de sus cartucheras, amarrado por la espalda y obligado á tenderse en el suelo boca abajo, amenazado por uno de los voluntarios, que empuñaba un fusil en actitud agresiva.

La misma operación se hizo, y con iguales resultados, con el segundo, tercero y cuarto durmientes; pero el quinto quiso hacer resistencia: un vigoroso culatazo en el pecho le hizo tragarse el grito que iba á lanzar, y le derribó por el suelo. Los otros dos despertaron despavoridos, pero amenazados por las bayonetas de los voluntarios, callaron y fueron también despojados de sus cartucheras, amarrados y tumbados en el suelo.

Irureta y otros voluntarios recorrieron varios pisos del edificio sin hallar alma viviente. Abajo, en

el patio, encontraron un calabozo subterráneo con robusta puerta que se cerraba con un cerrojo exterior y á él condujeron los ocho franceses de la guardia del castillo, dos sin conocimiento á causa de los golpes que habían recibido.

Leguía, con la mitad de la fuerza, subió á la amplia plataforma, en la que estaban emplazados cuatro cañones, cuyos oídos fueron clavados por el carpintero Navascués.

En tanto, siguiendo sus instrucciones, los demás sacaron á la escalera gran número de jergones de paja, maderas, sillas y cuanto combustible hallaron á mano. En el último descansillo amontonaron cuantos saquitos de pólvora hallaron en los repuestos, y arriba, sobre el parapeto de una batería á barbata, fueron colocando las granadas entre otros jergones y materias combustibles, en forma, que al quemarse, fuese á parar todo al mar.

Arrancó Leguía la bandera del castillo, y plegada, con su diestra, se la envolvió por la cintura, y cuando vió todo bien dispuesto para ser pasto de las llamas, dijo imperiosamente:

—¡Abajo todo el mundo!

En el último piso prendieron fuego á un montón de astillas encima del entarimado, que fué empapado en aceite. En los demás pisos, y en cada descansillo de la escalera hicieron lo mismo, y por último prendieron fuego á los jergones, saliendo seguidamente del edificio, cuya puerta cerraron.

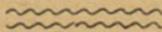
Seguía la lluvia menuda y la obscuridad. Nadie se había apercebido del suceso del castillo y pudieron, aunque con precauciones, llegar, arrimados siempre al muro, al lugar por donde habían entrado; descendieron á la parte exterior, y sin el menor contratiempo, se hallaron en la orilla del Bidasoa, donde

se detuvieron brevemente para echar un vistazo al castillo.

Por algunas ventanas del piso superior se veía ya el resplandor del incendio que devoraba el interior del formidable edificio, que había permanecido incólume, aunque mostrando gloriosas cicatrices, ante el cañoneo del famoso sitio puesto por el gran Condé.

Cuando Leguía se convenció de que el fuego había tomado gran incremento, se dirigió por el barrio de la Magdalena á tomar el camino de Guadalupe, y como dirigían frecuentes miradas á Fuenterrabía, pudieron ver grandes llamas por encima de la fortaleza, cuya silueta negra se dibujaba vigorosamente entre el humo y las llamas del incendio.

Hasta ellos llegaban los estallidos de las granadas y saquetes de pólvora que aumentaban la importancia del incendio. Desde varios puntos de la muralla salieron, á la buena de Dios, disparos de fusil y de cañón, hechos por atolondradas patrullas francesas que buscaban á los autores de aquel desaguizado, los cuales al siguiente día se presentaban en Vera, aclamados por sus compañeros que ya tenían noticia—que había corrido como un reguero de pólvora por Guipúzcoa y Noroeste de Navarra—de la hazaña realizada por aquel puñado de valientes, que depositaron en la Casa Consistorial la bandera y los ocho armamentos completos conquistados tan bizarramente en Fuenterrabía.



XIII

El águila herida

EN San Sebastián reinaba gran ansiedad entre las muchas familias francesas que se habían avendado en la antigua Easo.

En cambio las familias españolas celebraban secretamente el avance de los aliados con la esperanza de verse libres de la opresión francesa que, aunque no revestía la forma brutal, avasalladora, y hasta grosera del tiempo de la Convención, no dejaba de ser molesta en un pueblo que disfrutaba de tantas franquicias y libertades antes de la invasión napoleónica.

Ya que entre murallas no podían dar rienda suelta á su júbilo, porque cada francés, por instinto de conservación, era un polizone, los patriotas de San Sebastián celebraban en el campo los triunfos de los

españoles y de los aliados, reuniéndose en los case-
ríos de las inmediaciones, no ocupadas por familias
francesas.

Porque dada la escasez de viviendas que contaba
la capital para las numerosas familias de militares
y funcionarios franceses avecindados en ella, ha-
bíanse desparramado por las afueras.

Sobre todo al llegar la primavera para huir del
calor estival que sentía en la estrechez de las vivien-
das, era moda, siguiendo en esto la costumbre de
antiguo practicada por los donostiarras propietarios
de caserías, de salir á pasar en el campo tres ó cua-
tro meses, en los cuales se hacía vida tan distin-
ta, que adquirían provisión de salud para el resto
del año.

Las faldas del Ulía y del Igueldo, los cerros de
San Bartolomé, Concorronea y Lugariz, todos los
puntos que miraban al mar, del que recibían brisas
salutíferas, eran los sitios predilectos para pasar el
estiaje las familias acomodadas, si bien las francesas
procuraban no alejarse mucho de las fortificaciones
ante el temor que inspiraban los guerrilleros de Jáu-
regui con sus atrevidos golpes de mano.

Las familias españolas no tenían ese temor y pa-
saban el verano en sus posesiones, cualquiera que
fuera la distancia.

Pasadas las dunas de Chofre se subía á Ulía por
un camino llamado de Cemoriya; á derecha é iz-
quierda existían las caserías Oquendo, Santiene,
Chancarrenea, Ichueta, Chapelotene, Buenavista,
Peruene y otros. Más á la derecha, sin vistas tan
próximas al mar se hallaban Arriategui, Aldaba,
Berguenea y Borda, todas ocupadas por distingui-
das familias donostiarras, ya que las que se halla-
ban al borde del camino de Pasajes lo estaban por

francesas, en comunicación constante con las patrullas y columnas que á cada momento pasaban por él.

Oquendo, por sus grandes proporciones, albergaba á varias familias y era el centro de reunión de las veraneantes.

Frente á su gran portalada, en un asiento corrido á lo largo de su fachada y en bancos rústicos clavados bajo un hermoso nogal se comían las delicadas fresas de Ichueta, las ricas uvas de la famosa parra de Santiene, los guisantes tempraneros de Chapelotene, los melocotones de Berguenea, y las lapas de Mompás.

Cuando alguno de los muchos pescadores de caña cogía una buena cantidad de lubinas ó corcones, se hacía rancho general, llevando cada familia su parte correspondiente para completar el agape.

En los últimos días de Junio había, como domingo, gran concurrencia de veraneantes en la plazoleta de la casa solar del gran almirante, pero predominaba el sexo femenino, porque la gente moza del sexo feo estaba, por regla general, en los batallones guipuzcoanos ó en el interior del reino. Sólo alguno cuyos negocios le ataban á la capital, los ancianos y bastantes niños, representaban la parte varonil de aquella colonia donostiarra.

Las señoras hablaban de sus hijos, de sus hermanos, de sus parientes ausentes; las pollitas, vestidas con los sencillos trajes, estilo imperio, que traían á la memoria los ropajes de la Grecia de los tiempos olímpicos recordaban con melancolía á sus novios que se hallaban en el campo del honor, y, aunque parezca extraño en la época actual, apenas hablaban de trajes ni de modas.

Los bebés jugueteaban bajo la vigilancia de «ñu-

des» y «orzayas», mientras los mayorcitos, descalzos de pie y pierna, jugueteaban por la playa haciendo «cholas» ó buscaban mariscos entre las peñas, al pie del monte Ulía.

Los hombres hablaban de la guerra de las victorias españolas, de los guerrilleros, del avance de los aliados hacia el Ebro y de las consecuencias que podrían tener para San Sebastián.

—Desde luego decía—el Sr. Olañeta hay que contar con que nos tocará bailar con la más fea, porque los franceses no dejarán «de rositas» ninguna plaza fuerte de la frontera y se defenderán como gato panza arriba.

—Todo se puede soportar con gusto si conseguimos vernos libres de estos huéspedes que se conducen como amos—opinaba el Sr. Bengoechea—; pero temo mucho, mucho una cosa.

—¿Qué?—preguntaron algunos.

—Que nos suceda lo que á los de Badajoz.

—Por Dios, Sr. Bengoechea, qué pesimista es usted—exclamó alguno.

—No es pesimismo, es temor.

—¿Y en qué se funda usted?

—No me fundo en nada. Pero ese temor nace en un supuesto, que no quiera Dios llegar á realizarse.

—¿Cual?

—Que nuestro pueblo sea acometido por tropas extranjeras.

—No, por Dios; aquí vendrán tropas españolas.

—Eso deseo ardientemente: que sean los españoles los que ataquen á San Sebastián para que no pase lo que en Badajoz.

Todos quedaron meditabundos al recuerdo de lo sucedido en aquella población extremeña, entrada á

saco como en los tiempos bárbaros por las tropas anglo-portuguesas.

—Señores, señores—intervino el Sr. OIasagasti—no seamos tan pesimistas. Precisamente lo de Badajoz habrá servido de enseñanza para que ninguna otra población española sea atacada en la presente guerra por tropas extranjeras, exclusivamente. De modo que lógicamente pensando habrá fuerzas españolas, y ellas serán las que entrarán en vanguardia en nuestro querido pueblo.

El Sr. Recalde, de Chancarrene, se presentó ante el grupo, y antes de saludar exclamó:

—Señores, hay novedades.

—Pues ¿qué ocurre?—preguntaron.

—¿No echan ustedes de menos al Sr. Echezarreta?

—Sí; pero suponíamos pue estaría pescando. Como el mar es su obsesión...

—Pues no, señores: es que tiene visita.

—¡Bah! ¿Y eso es novedad?

—Y tanto. La visita es—y acercándose más al corro dijo procurando no ser oído más que por sus amigos—: Pachi, su hijo político, el capitán de voluntarios.

—¡Martiarena aquí!—exclamó el Sr. Olañeta con extrañeza.

—Aquí, sí, señores.

—Gracias á que está entre amigos; pero es una imprudencia que le podía costar cara, si las autoridades francesas lo saben.

—Propongo una cosa—opinó Recalde.

—¿Qué?

—Que vayamos á Santiene á saludar á Pachi.

—¿No le parecerá indiscreto?

—No; sabe que somos buenos amigos—dijo el señor OIasagasti.

—Pues andando.

Los Sres. Recalde, Olañeta, Olasagasti y Bengoechea se dirigieron hacia la casería de Echezarreta.

Llegaron á Santiene y tomaron asiento en la plaza á la sombra del emparrado. Recalde gritó:

—¡Que nos llevamos las uvas!

Asomóse á una ventana el padre de Ventura, y viendo á sus amigos les dijo:

—Arriba y adelante—y bajando un poco la voz añadió: Para los amigos no hay secretos.

Subieron al piso y pasaron á la pieza que servía de sala. Desde su ventana se veía la inmensidad del mar limitada por el cabo Machichaco. Sabemos que tiene usted una visita muy grata y venimos á tener el gusto de saludarla.

—Más gusto tendrán ustedes cuando sepan la noticia de que es portador.

—¿No podría usted anticipárnosla?

—Sólo les diré lo siguiente: Se ha dado la gran batalla en los llanos de Vitoria: el Rey José ha llevado una paliza de órdago y á uña de caballo ha escapado á Francia.

—¡Qué nos dice usted!

—A eso ha venido Pachi y á saber el espíritu de la población. Ahora saldrá porque está aseándose.

—¡Entonces se acabó la guerra!

—Así lo creo. Derrotado el Rey intruso supongo que las tropas francesas evacuarán el país.

—Es de creerlo así.

—¡Bendito sea Dios! ¡Por fin termina de un modo satisfactorio esta lucha tan cruenta!—exclamó Bengoechea.

El júbilo se pintaba en todos los semblantes. Cuando se presentó Pachi fué abrazado por todos que le pidieron confirmación de la noticia.

—Victoria brillantísima—afirmó—tanto que cayeron en poder de los aliados más de 150 cañones, 400 carros de municiones, el tren de equipajes, en fin, casi todas las riquezas que se llevaban á Francia.

—¿Y el Rey José?

—El Rey José estuvo en un tris que no cayó prisionero. Le cortaron la retirada por la carretera de Arlabán para escapar á Bayona y gracias á que pudo ganar la de Alsasua para meterse en Pamplona. ¡Si se vería apurado que hasta su coche quedó en poder de nuestras tropas!

—¿Tendrían muchas bajas?...

—Unos ocho mil muertos y heridos y un millar de prisioneros.

—Oiga—amigo Pachi—dijo Recalde—¿nos permite usted que sin decir la procedencia extendamos la noticia entre nuestros conocidos?

—Con mucho gusto.

—¿Estará usted entre nosotros muchos días?

—No; hoy mismo me marcho.

—¿Y si le cogen los franceses?

—¡Quiá! A quinientas varas de aquí tengo apostados unos cuantos guerrilleros.

—A propósito de victorias—dijo Bengoechea—, habrán ustedes sabido el golpe de mano de Fuenterrabía...

—Ya lo creo.

—Bien se han portado los navarricos.

—También los guipuzcoanos tienen su parte de gloria en esa empresa.

—¿Cómo es eso?

—Un guerrillero de mi compañía les sirvió de guía.

—¡Hola!

—Y el hijo de mi asistente—un inútil donostiarra de quince años, también asistió á la operación.

—Con que el Rey intruso queda encerrado en Pamplona...

—No; según las últimas noticias salió con fuerte escolta hacia Baztán y supongo que á estas horas estará en Francia.

—Vamos, vamos á alegrar corazones con la noticia.

Cuando quedaron solos Echevarreta y Pachi éste dió una palmada, presentándose en seguida en la estancia Chomín y su hijo.

—Pues, sí, padre—dijo á su suegro—. Aquí quedarán Pachín que es muchacho listo: él nos comunicará cuanto usted juzgue importante. Su padre no puede quedar porque podría ser conocido por algunos franceses y ya sabe usted que tiene cuentas pendientes con ellos.

—Conformes.

—Cuando haya mensaje no se olvide usted: una sábana ú otra ropa blanca en la ventana de enmedio. Nosotros veremos la señal desde Montefrío y enviaremos por él.

—Pierde cuidado que así se hará.

—Y tú, Pachín, con el mensaje á Churkoene. Allí encontrarás un amigo, á veces tu mismo padre, para recogerlo.

—¿Y si no hubiera nadie?

—En ese caso, como la puerta estará siempre abierta, y ya están sabedores en la casería, entras y dejas el mensaje en el hueco de la tranca.

La batalla de Vitoria fué el golpe de gracia dado á los bonapartistas en la Península ibérica y desconcertó grandemente á las autoridades francesas del país vasco navarro, que comprendieron que declinaba la estrella bonapartista.

En Guipúzcoa hubo una cabeza bien organizada que evitó un total desastre á sus compatriotas: el General Joy, al cual sus compatriotas censuraban por no haber concurrido á la batalla, pero que en el atolondramiento de la derrota tuvo la gran presencia de ánimo de servir de dique al ímpetu de Wellington y de salvar la parte del inmenso convoy que había llegado á Arlabán antes de que fuese cortado por los aliados, protegiendo su marcha hacia Francia, siempre hostilizado vigorosamente y dejando un reguero de sangre por el camino.

También salvó las guarniciones de Bilbao, Durango, Vergara y otros destacamentos que incorporó á su división, consiguiendo reunir un núcleo de 17.000 combatientes con los cuales fué retirándose á la frontera, teniendo en respeto á los aliados, que embriagados por el triunfo de Vitoria ansiaban completarlo aniquilando las últimas fuerzas que se resistían en Guipúzcoa; pero conocedor de la topografía del país fué batiéndose en su retirada apoyándose siempre en excelentes posiciones. El combate de más importancia lo sostuvo en Tolosa desde las estribaciones del Hernio y del Uzturre, conteniendo el ímpetu de los generales Girón, español, y Graham, inglés.

Cortó después el puente de Andoaín, completó la guarnición de San Sebastián hasta 4.000 hombres, suficientes para una buena defensa y pasó á Francia donde se unió al ejército llamado de Portugal, que mandaba el conde de Reille.

El águila estaba herida.

XIV

Un genovés vasco.

EN 1748, por consecuencia de la paz de Aquisgrán los españoles evacuaron definitivamente la Italia, renunciando á los derechos sobre aquellos estados.

Como sucede después de toda invasión ó dominio, queda siempre algún sedimento que el tiempo se encarga de borrar.

Entre los soldados españoles que al firmarse la paz prefirieron la regalada vida del dulce clima italiano á la de su patria, fué Juan Antonio de Arriategui, Alférez del Tercio ó Regimiento de Lombardía, quien herido en la batalla de Plasencia al lado de su pariente el General Aramburo, pudo, más afortunado que su General, ser retirado del campo de batalla y curado en una casa particular de las inmediacio-

nes de Génova, habitada por una familia del país muy amiga de los españoles, porque desde tiempo inmemorial sostenían relaciones comerciales con casas de Barcelona y de Sevilla.

El resultado de la guerra rompió esas relaciones por la separación de España de los estados italianos. Arriategui quedó en el país, contrayendo matrimonio al poco tiempo con la hija de la casa, su enfermera en los largos días que había permanecido en el lecho del dolor, y tomando parte en los negocios, aunque éstos sufrieron gran quebranto por el rompimiento de relaciones comerciales entre ambos países.

Arriategui procuró inculcar en sus hijos el amor á los antepasados de la línea paterna y aunque con gran trabajo consiguió que les fuera bastante familiar el vasco y el castellano, únicos idiomas que él empleaba indistintamente dentro del hogar.

Frecuentemente les hablaba de su país y del alegre caserío que poseían sus padres en las cercanías de San Sebastián. Muchas veces solía decirles:

—El día que mejoremos de fortuna haremos un viaje á Vasconia.

Llegó á viejo Juan Antonio; pero la fortuna seguía volviéndole las espaldas, aunque con el trabajo vivía bastante regularmente, gracias á los productos de la casa de campo donde había hallado alivio á la herida del cuerpo y á la del alma.

Tuvo un nieto, Giuseppe, y varias nietas. Sus preferencias estaban por el nieto, único que, como hijo también de varón, conservaba el apellido. Mas no pudo lograr que dominara el vasco y el español, por la sencilla razón de que el buen Juan Antonio pasó á mejor vida, siendo aquél niño y sin cumplir los deseos de dar una vuelta por Euskaria.

Napoleón Bonaparte, conquistando la Italia de norte, unció á su carro aquellas provincias, cuyos hijos nutrieron los cuérpos franceses y en uno de ellos ingresó Giuseppe de Arriategui, siendo destinado á la artillería, con la que asistió á varias campañas, viniendo á parar por último á la Península Ibérica, como sargento, con los postreros refuerzos enviados á los mermados ejércitos que en ella peleaban.

Guiseppe no sentía gran entusiasmo por el país de sus antepasados, porque muerto su abuelo, fué apagándose el ferviente culto que en su casa se rendía á la raza astorene y había olvidado lo poco que aprendió del idioma vasco; así es, que cuando llegó á San Sebastián no tuvo tiempo, por el mucho servicio que pesaba sobre la guarnición, de hacer investigación alguna.

Sin perjuicio del servicio que prestaba en la batería de Santiago como jefe de pieza, por cierto muy llevadero cuando el enemigo no está á la vista, lo prestaba también como auxiliar del Cuartel general, donde por su hermoso carácter de letra y práctica burocrática, llevaba el peso del trabajo, mereciendo la absoluta confianza de sus jefes.

Pero Arriategui no estaba satisfecho. Con quince años de no interrumpido servicio se veía de sargento, sin esperanza de alcanzar la ansiada charretera, en aquel tiempo en que bastaba el valor personal para escalar los más altos empleos en el ejército.

Y esto precisamente le ponía de mal humor porque, aunque él no se las echaba de valiente, siempre cumplió como el primero, distinguiéndose en varias ocasiones y mereciendo un sable de honor en Jena, donde con otro artillero, porque habían muerto todos los demás, barrió un escuadrón de prusianos,

defendiéndose después de varios jinetes hasta la llegada de refuerzo.

Es verdad que por su carácter algún tanto taciturno—no en balde llevaba sangre vasca—, jamás pidió una gracia, mientras compañeros suyos con menos méritos, pero con más desahogo, eran capitanes y algunos jefes.

Otra cosa le molestaba: por lo mismo que era tan exacto en el cumplimiento de su deber, sobre él llovían trabajos y más trabajos y aún tenía que agradecerlo, porque los que le encomendaban era por la confianza que merecía.

El mismo día que fué reforzada la guarnición con tropas del General Joy se reunió Consejo de defensa, acordándose, en previsión de un próximo ataque por los aliados que estaban fortificándose en Santa Bárbara de Hernani, destruir cuantos edificios pudieran servir de refugio á los ofensores en un probable asedio.

Al efecto; varias comisiones de oficiales de artillería é ingenieros desde los baluartes dirigieron visuales á los puntos culminantes de las inmediaciones al alcance del cañón, y poco después salían varias patrullas encargadas de destruir los caseríos que pudieran molestar á la defensa, mientras fuerzas de Ingenieros construían atrincheramientos en el cerro de San Bartolomé, cuyo convento fué puesto en estado de defensa, montando un cañón en la torre, para dominar el camino de Hernani dictando otras muchas disposiciones.

Una de las patrullas se dirigió por el camino de Chofre, pegando fuego á dos casas que estaban en la parte más alta de las dunas. Mandaba la patrulla un oficial que, por las expresiones y amenazas que soltaba en el cumplimiento de su misión, mostraba muy mala voluntad hacia los españoles.

Con esta patrulla marchaba el sargento Arriategui, más humano, sin faltar á su deber y enemigo de causar males innecesarios.

Después de incendiar aquellos dos edificios, que se hallaban á tiro de fusil de la cortina de la Tripería, por lo que estaba justificada aquella medida de rigor, el oficial siguió por el camino de Francia y quemó dos caseríos más.

—Mi teniente—le dijo Arriategui—¿por qué destruimos estos caseríos si no pueden molestar á la defensa de la plaza?

—¡Cómo que no! Si están á la vista...

—A la vista hay centenares; pero no hace falta quemar más que los que se hallan á tiro de cañón.

Lástima no arrasar hasta los cimientos de esta maldita España...

Los habitantes de aquellos caseríos, llevando lo que podían de su ajuar, ascendían hacia la cúspide del Ulía, huyendo de aquel desastre. Los chicos guiaban á las vacas, los hombres y mujeres cargaban arcas y colchones en los carros; otros tiraban por las ventanas cuanto podían para salvarlo de las destructoras llamas, llorando su desgracia.

¡Y el teniente se reía sentado en un altozano!...

—Sargento—ordenó—suba y pegue fuego á ese que se ve en lo alto. Allí parece que se han refugiado muchos de estos salvajes. Lleve cuatro hombres.

Aunque de mala gana, el sargento se dispuso á cumplir la orden, subiendo la empinada cuesta, llevando sus soldados teas encendidas.

Por un camino paralelo al que él llevaba, subían varios campesinos gritando:

—¡Arriategui alde! (1).

(1) Hacia Arrategui.

Sorprendido de oír su apellido, puso atención creyendo que alguno le conocería, y oyó por otro lado:

—¡Arriategui alde!

—¿Qué querrán decir con Arriategui?—pensaba.

Apretó el paso y alcanzó á los campesinos. En regular español aunque con acento extranjero preguntó al que le parccía más inteligente.

—¿Qué decís de Arriategui?

—Que vos subir Arriategui.

—¿Quién es Arriategui?

—Eso—y señalaba la casería que se le había mandado quemar.

Creyendo haber comprendido mal volvió á preguntar. Obtuvo la misma contestación:

—Aguel caserío se llama Arriategui.

Entonces se acordó de su abuelo y de sus conversaciones referentes al país vasco. Recordó haber oído que el solar de sus antepasados estaba cerca de San Sebastián en la falda de un monte, cuyo nombre había olvidado, y su corazón le latió con violencia. Oyó el grito de la sangre.

Anhelante subió. La gente había desaparecido monte arriba y sólo quedaban dos hombres y una mujer, que dando señales de gran consternación tiraban su ajuar por las ventanas. Un anciano, muy anciano, miraba embobado aquel movimiento, apoyado en un báculo, desde la puerta de la casería. Se dirigió al anciano preguntándole:

—¿Es usted de aquí?

—El interpelado hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¿Cómo se llama usted?

El anciano no contestó.

Guiseppe volvió á preguntar con vehemencia.

—¿Este caserío se llama Arriategui?

—Sí—contestó secamente.

—Y usted ¿cómo se llama?

—Ignacio de Arriategui.

—¡Arriategui!—exclamó con entonación indefinida el italiano.

Y sin darse cuenta dió un fuerte abrazo al anciano, que procuró rechazar la caricia con repugnancia. Un soldado le preguntó:

—¿Lo quemamos?

Giuseppe vaciló.

—Basta con quemar la paja—dijo.

Y sus subordinados incendiaron los tres almiarés que estaban algo separados de la casería. Mientras lo ejecutaban se acercó otra vez al anciano y le dijo:

No marcharse. Volveré en cuanto pueda. Tenemos que hablar. Me llamo Arriategui.

Con sus soldados descendió al lado de su oficial, el cual, viendo elevarse una gran humareda por Arriategui, creyó cumplida su orden y nada dijo. Como la tarde declinaba dió por terminada su misión y regresó á la plaza.

La orden de incendiar las caserías había corrido por las inmediaciones de San Sebastián con la celeridad del rayo. En cuanto el señor Echezarreta la supo, colgó un gran lienzo blanco en la ventana central de Santiene; escribió una carta y encargó á Pachín que la llevara, según lo convenido, á Churkoene.

Pero antes, en previsión de que Santiene fuese

uno de los caseríos que iban á quemar los franceses, ocultó varios muebles y ropas en un hueco formado por dos gruesas paredes, escondrijo construído para ese fin cuando la anterior ocupación francesa, donde también guardaba sus economías, y para evitar cualquier contratiempo subió hacia Buenavista, presenciando desde allí la destrucción impuesta por las duras necesidades de la defensa y el regreso á la plaza de la patrulla que había recorrido la parte de Chofre y de Ulía.

Entonces pudo volver á su caserío con la vieja sirviente que la habitaba. Al obscurecer se presentó Pachín; con él venía su padre.

—¿Ha visto usted, Chomin, la obra de los franceses?

—¡Que si la he visto!... ¡También han quemado mi Capitanenea!, pero pronto nos desquitaremos.

—¿Hay algo de nuevo?

Sí; las tropas del General Mendizábal van á poner sitio á San Sebastián, y como los ingleses y portugueses vendrán en su ayuda, el echar de la plaza á los gabachos será cuestión de pocos días. Pachi me envía para ver si encuentro medios de enterarme de las disposiciones del General Rey y mañana en cuanto levanten los puentes, voy á meterme á ver qué averiguo.

—Arriesgas la pelleja.

—Lo sé; por eso voy á pensar esta noche en qué forma entraré en San Sebastián para que nadie me conozca. En el recinto ya encontraré madriguera:

La sirviente se asomó á la puerta, diciendo:

—Señor, ahí viene Juan Mari.

El señor Echezarreta salió á la escalera y al ver subir por ella á un hombre de unos cuarenta años, le preguntó:

—¿Ha habido novedad por allí arriba?

—A eso me manda padre, á decir á usted la gran novedad.

—¿Han quemado también vuestra casa?

—Más que eso, tío.

—¿Han robado?

—Más novedad que un robo.

—¿Han matado?

—No es de esa clase la novedad. Es algo así como un milagro.

—¡Acaba de una vez y cuenta, hombre!—exclamó con impaciencia.

Pues nada menos que mi padre va tener noticias de su hermano Juan Antonio.

No es posible. Mi primo Juan Antonio desapareció de España hace... hace... unos sesenta y cinco años. Tu padre y yo éramos unos mocetes cuando él se marchó á correr mundo como arcabucero con un pariente que murió en Italia. Pero en fin, cuenta.

Juan Mari contó el suceso de Arriategui.

—Mi padre, al oír que el francés se llamaba Arriategui, quedó tan asombrado que no pudo articular palabra; y cuando quiso pedir explicaciones el francés estaba ya monte abajo. Sólo así se comprende que no quemaran más que las metas de paja, porque su intención de quemar la casa estaba bien clara.

—¿Y quedó en volver?

—Sí, señor; y padre querría que usted asistiera á la entrevista porque él anda algo flojo de memoria.

—Pues lo siento, porque hoy me he movido mucho y mis piernas se negarían á llevarme hasta vuestra casa. Y tu padre no podrá venir aquí... En fin con tu ayuda y la de Chomin iré. No es cosa de que Echezarreta se niegue á un favor de familia.

—Allí dormirá usted, tío.

—Bien, bien; vamos andando.

Apoyado en los brazos de Juan Mari y de Chomin el anciano fué á Arriategui, cuyos habitantes, el anciano que conocemos, su nuera María Josefa y su nieto Zacarías le recibieron con gran cariño.

—¿No ha venido el francés?—preguntó.

—No ha venido. Ya estoy impaciente porque esto parece un milagro.

Esperaron á la puerta de la casería. La noche estaba templada, como de Junio, el aire embalsamado convidaba á respirar fuertemente. Abajo, á la derecha, al otro lado del río, San Sebastián velaba, porque su guarnición se dedicaba con actividad febril á trabajos de defensa, reforzando los parapetos, colocando traveses, barreando bocas calles con gruesos maderos, talando árboles del juego de pelota y emplazando nuevos cañones en los baluartes.

En las faldas de algunos cerros como Montefrío, San Bartolomé y Concorronea, se notaba todavía el rescoldo de los incendios. Por varios caminos de Ulía se oía rumor de carretas del país con gentes que huían de las cercanías de la amenazada población buscando refugio en los apartados caseríos que se escondían en los repliegues de la montaña, hacia el mar.

De entre zarzales que bordeaban el camino salió una voz:

—¡Arriategui!

—Aquí está Arriategui—contestó Juan Mari.

Giuseppe se presentó, diciendo con voz conmovida:

—Bendito sea Dios que me ha traído al solar de mis antepasados.

—¿Cómo lo sabe usted?—preguntó el señor Echezarreta.

Por mi abuelo que me lo describió mil veces. Ya había olvidado sus palabras, pero al verlo esta tarde, sabiendo que se llama Arriategui, he recordado y no me cabe duda. Sólo me falta ver el pozo que había en la huerta con un arco de hierro para convencerme sin necesidad de preguntar á nadie.

El pozo ha existido, pero se cegó por innecesario. ¿Cómo se llamaba tu abuelo?—siguió preguntando Echezarreta.

—Juan Antonio.

—¿Qué era?

—Alférez del Tercio de Lombardía.

—¿En Francia?

—No; en Italia.

Echezarreta se acercó al anciano Arriategui, y le dijo:

—Este es nieto de tu hermano. Tiene el eco de vuestra voz. Abrázale.

Y á Giuseppe.

—Aquí tienes á tu familia. El hermano de tu abuelo, su hijo Juan Mari con su mujer y su nieto Zacarías. Yo soy primo segundo de tu abuelo.

El anciano Arriategui, preguntó:

—¿Qué fué de mi hermano mayor?

—Murió hace años inculcando á sus descendientes el amor al país vasco.

—¿Dejó más familia?

—Sí; pero sólo quedan en Italia dos nietas ya casadas que son mis hermanas.

Siguieron las explicaciones, que por lo prolijas suprimimos, y vino después la natural expansión, desbordándose la alegría en todos. Su tío Juan Mari, le dijo:

—Creíamos que eras francés.

—No tengo nada que ver con ellos. A la fuerza

me sacaron de mi país, Génova, y he servido á Francia sin repugnancia; pero hoy he cambiado de ideas.

—Te quedarás en casa. Hay pan para todos.

—Me quedaré—respondió sencillamente—y me uniré á los cuerpos vascos. Desde ahora soy enemigo de los franceses, mientras los franceses estén en España.

Entonces intervino Lampernachuri, diciendo.

—Perdón: un vasco en nombre de sus hermanos te pide que vuelvas á la plaza. En ella prestarás mejores servicios que en el campo.

—¡Como espía!—exclamó con repugnancia.

—Quien sirve á su patria no es espía—opinó Echezarreta.



XV

Comienza el sitio.

EN vanguardia del cuerpo de ejército del general Mendizábal marcha por el camino de Oriamendi, con dirección á San Sebastián, el coronel Ugartemendia, mandando, por enfermedad de Jáuregui, los batallones guipuzcoanos.

A la altura de Chacolaberri se detiene y destaca fuertes patrullas, que avanzan con precaución por una vaguada hacia los caseríos Pagola y Marigomeztegui, puntos destacados de la línea de atrincheramientos construídos por los franceses desde Lugáriz hasta Puyo.

Pagola y Marigomeztegui, aunque rodeada de fuertes parapetos y con las ventanas aspilleradas, se hallan desguarnecidos; así lo hacen saber á Ugartemendia los jefes de las patrullas.

El coronel habla con el capitán Rodil, agregado del cuartel general, y pone una compañía á sus órdenes, con la cual avanza, primero con lentitud, después presuroso, y llega á Ayete, centro de la línea fortificada; también lo hallan sin guarnición.

En tanto otras fuerzas han marchado por Markezabal á Puyo, de cuya importante posición se apoderan sin resistencia.

Ugartemendia avanza hasta Ayete.

—Mi coronel—le dice Rodil—, el enemigo, contra lo que era de esperar, no defiende esta línea.

—Pues ha sido un error, porque con las fortificaciones construídas podrían haber hecho una brillante defensa.

—Según los informes facilitados por el capitán Martiarena, la resistencia la opondrán en San Bartolomé.

—Entonces avanzaremos hasta Lazcano y Pintore para completar el reconocimiento.

Aprovechando las quebraduras del terreno, y á cubierto entre arbolado y matorrales, los batallones guipuzcoanos avanzaron con decisión hasta apoderarse de los puntos indicados por el coronel.

Al seguir desde Pintore hacia San Bartolomé, fueron recibidos á tiros de fusil y cañón, que ocasionaron algunas bajas.

El reconocimiento sobre San Bartolomé hizo conocer á Ugartemendia que el convento estaba fortificado admirablemente, y que su conquista requería cierta clase de trabajos encomendados al cuerpo de ingenieros y una conveniente preparación por la artillería.

Se atrincheró fuertemente en la admirable posición de Pintore, desde la que dominaba todas las posiciones francesas; la bahía en forma de graciosa

concha, la plaza con sus fortificaciones y las rompientes de la Zurriola, casi á vista de pájaro. El enemigo había cometido otro error no fortificando Pintore.

Con Rodil, Ugartemendia dió cuenta de sus disposiciones al general Mendizábal, que se hallaba en Miramón, debajo de Oriamendi; Mendizábal avanzó, estableciendo el cuartel general en Ayete y reforzando las posiciones de Pintore y Puyo, en las que emplazaron varios cañones.

En tanto, fuerzas del general Longa marcharon á sitiar los fuertes de Guetaria y los Pasajes. Pachi mandaba la vanguardia de las que, por Ametzagaña, Alza y Lezo, fueron á caer sobre los Pasajes, ocupando las estribaciones de Jaizquibel, desde las que dominaban ambos pueblos.

La guarnición francesa, falta de víveres por que no habían tenido la previsión de hacer acopio, creyendo más lenta la marcha de los aliados, se rindió al segundo día.

Pachi recibió orden de incorporarse al batallón que formaba parte de las fuerzas sitiadoras, y de noche, por el alto de las Cruces, subió al Ulía y fué á parar á Santiene, donde dió un descanso á su tropa, informándose por su padre político de algunas particularidades de los últimos días. Dos formidables incendios rompían la obscuridad de la noche; los barrios de San Martín y el de Santa Catalina, con su puente, ardían con aparatosas é imponentes llamaradas, ocasionadas por el mucho maderamen que en aquella fecha se empleaba en las construcciones.

—¿Y Chomin?—preguntó á su padre político.

—En San Sebastián, con Arriategui.

—Eso es meterse en la boca del lobo.

—No lo creas. Dice que nunca está tan seguro.

—¿Pues?

—Que Arriategui le proporciona medios de entrar y salir sin peligro alguno.

—Bueno. Con tal de que siga adquiriendo noticias...

—¿Seguiré enviándolas á Churkoene?

—No. Los franceses se han encerrado en la plaza y somos dueños del campo. Enviaré mis emisarios á Capitanenea, que está más á mano y gustará más á Chomin.

—¿Y ahora á donde vas?

—No lo se; á buscar el batallón. Ya le mandaré aviso.

—¿Seguiré poniendo la señal?

—Sí; puesto que Santiene se ve de todas partes; pero quizás tengamos que cambiar de sitio, porque ya ésto se hace algo lejos.

Pachi, con su tropa, siguió por Manteo á Concorronea, desde donde comenzó á sentir vivo fuego de fusil y cañón por la parte de San Bartolomé, de cuyo edificio se veían salir frecuentes fogonazos. Por las riberas de Santiago, apr vechando la baja marea, cruzó el Urumea, y por Arruene subió á Pintoré, donde halló al coronel Ugartemendia, quien le preguntó:

—¿Ha pasado usted por Morlans?

—Muy cerca, por Arruene.

—¿Está intacto el acueducto?

—Sí; precisamente me ha extrañado que no se haya quitado el agua á los sitiados.

—Pues eso va usted hacer ahora mismo.

Cumplimentó lo ordenado Pachi rompiendo varios arcos, con lo que el agua comenzó á caer en el río. Se incorporó nuevamente á Pintoré, donde recibió el orden de descansar, y desde el siguiente día tomó

parte en los trabajos de aporche contra San Bartolomé y en algunas tentativas que se hicieron para tomar aquella posición.

Pero el éxito no coronó estas tentativas, porque careciendo las fuerzas sitiadoras de artillería gruesa no pudieron quebrantar los atrincheramientos franceses, cada día más reforzados con nuevas obras y mayor número de defensores.

El 10 (Julio) llegaron importantes refuerzos de anglo-portugueses, mandados por Graham, con abundante material de sitio, que lord Wellington enviaba desde Vitoria, reuniendo cuarenta cañones de diferentes calibres. Enseguida comenzaron los trabajos para el emplazamiento de dos baterías en las alturas de Pintoré, para batir el disputado convento y una fuerte luneta que obstruía el camino.

Otras cuatro baterías se levantaban en las dunas de Chofre, para batir el frente oriental y el hornabeque. Entre estas baterías se construía una extensa red de trincheras para la infantería.

Varios edificios de Chofre, entre ellos el convento de San Francisco, se habilitaron para depósitos de víveres y municiones y puestos de socorro para los heridos. Con elementos suficientes el sitio se formalizaba.

Hacia días que Pachi no veía á Chomin y estaba ya preocupado cuando desde Pintoré, donde guarnecía una trinchera, vió la señal convenida en Santienne. Aquellos días eran de forzoso descanso para los voluntarios de Guipúzcoa, y obtuvo autorización para ir personalmente.

Se dirigió á Capitanenea y tuvo el gusto de encontrar á Chomin, que con su hijo estaba muy atareado en apartar maderos y restos medio destruídos por el incendio de los pasados días.

—¿Qué ha sido de tí en tanto tiempo?—le preguntó.

—Que he estado en San Sebastián enterándome de cosas que ignorarán muchos jefes de su guarnición.

—¿Y si te conocían?

—De día estaba durmiendo en una casamata y al obscurecer salía á la calle para visitar á un médico conocido de antiguo.

—¿Qué médico?

—¿Recuerdas aquella historia que te conté de los frailes sacrificados en Bardocas?

—Sí.

—Pues el fraile salvado por el pescador está de médico en San Sebastián. Y es un gran médico.

—¿Y si te encontraban las rondas y patrullas?

—Me importaban un tomate, porque llevaba salvo conducto del gobernador.

—¿Cómo lo pudiste conseguir?

—Por Arriategui, que está de escribiente en el Gobierno, y como al mismo tiempo es el encargado de los almacenes de su batería, tiene la llave de la puerta...

Se acercó á Pachi y añadió con mucho misterio en el oído del capitán:

—Y de la del Socorro.

—Entonces podías entrar y salir por los fosos...

—Y por los fosos he salido y entrado; de noche porque de día habría sido una temeridad.

—Pero el salvo-conducto...

—El salvo-conducto lo cogió Arriategui del despacho del ayudante, donde para casos urgentes hay algunos en blanco con la firma del general.

—¡Ah!

—Aquí lo tengo, míralo.

Y sacándolo de un bolsillo lo mostró á Pachi, que lo miró con atenta curiosidad. Luego lo rompió Chomin en varios pedazos.

—¿Qué haces?—preguntó Pachi asombrado.

—Romperlo porque no me sirve para nada.

—¿Y eso?

—Ayer tapiaron la puerta del Socorro de orden del gobernador y no puedo entrar en San Sebastián.

—¿Y cómo has salido?

—Tirándome esta noche al foso desde la batería de Arriategui.

—¿De modo que ya no sabremos más noticias de la plaza?

—Siempre que las haya de importancia.

—Acaba de explicarte, hombre, y vamos á nuestro puesto, ya que no puedes volver al recinto.

Y tomaron el camino del Urumea para vadearlo por el sitio de costumbre. Chomin le iba diciendo:

—Arriategui sigue mereciendo la confianza de sus jefes, que no ven en él más que un burro de carga que apechuga con cuantos trabajos le encomiendan, y por razón de su destino duerme en el almacén, cerca de la bóveda donde están las oficinas del gobernador...

—Hasta ahora no veo claro.

—Todos los días manda limpiar el cañón de que es jefe.

—Es un buen soldado.

—Y los trapos de la limpieza se ponen á secar en la parte interior del parapeto.

—Me parece que voy vislumbrando algo.

—Cuando tenga noticias que comunicar...

—¿Qué? Sigue.

—Los trapos, á los que añadirá un lienzo blanco,

los pondrá en la parte de fuera para que podamos verlos desde Chofre.

—Pero y las noticias...

—Las noticias las llevará hacia Santiago la marea.

—¡Hombre, hombre!

—Sí; en almacén hay un montón de redes besu-
gueras. Las noticias las meterá en un bote, en una
botella ó en un tubo de caña que sujetará á varios
corchos. Estos los tirará por una atarjea de desagüe
al mar aprovechando la subida de la marea, y en
nosotros está el pescar los corchos cuando vayan
navegando hacia Loyola.

—Ingenioso es el procedimiento.

—Te advierto que sólo los entenderé yo.

—Si no sabes escribir...

—Pero sé leer y sé cómo vendrán las noticias.

—¿Cómo?

—Ya te lo explicaré en otra ocasión ó en la barraca.

—Bien, conforme.

—Arriategui quiere que cuando se recoja su men-
saje se coloque una sábana en la ventana más alta
de Concorronea.

—Así lo haremos. ¿Hay más?

—Hay que los franceses no tienen intención de
rendirse. El General Rey descende de españoles y
no quiere dejar en mal lugar la sangre española.
Está en todas partes. Dicen que estos días ha leído
el sitio de Gerona y que piensa imitar al General
Alvarez. No descansa, no duerme.

—Duro es el General.

—Estos días han aspillerado todas las casas que
dan á la muralla para tener una segunda línea de
fuegos y ha construído barricadas en todas las boca
calles.

—¡Ese hombre se va á defender como gato panza arriba!

Llegaban á Pintore y se vieron sorprendidos por el inusitado movimiento que había por los cuerpos españoles.

—¿Qué pasa?—preguntó Pachi.

—Que nos marchamos.

—¿A dónde?

—No se sabe—dijo un soldado.

Pachi buscó al Cuartel General y habló al General Mendizábal, dándole detallada noticia de cuanto le había comunicado Chomin.

El General pareció agradablemente sorprendido.

—Pues es una suerte contar con un auxiliar tan importante dentro de la plaza—dijo.—Pero amigo Martiarena, nos marchamos.

Si no es indiscreción el preguntarlo, mi General...

—Vamos á la frontera, Parece que el General Soutl quiere colarse de nuevo con grandes núcleos y vamos á impedirlo...

—¿Se abandona el sitio?

—No; aquí quedan los ingleses y portugueses.

¡Tropas extranjeras sitiando á San Sebastián!...

—Será por pocos días. Nosotros volveremos. ¡No faltaba más!

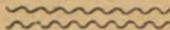
—Sólo al recuerdo de Badajoz, mi General...

—No, no, aquéllo no se repetirá más; de ningún modo. Es cuestión de humanidad y de amor patrio el impedirlo.

—¿Quién recogerá las noticias que comunique desde la plaza mi pariente?

—Usted mismo que se quedará en comisión á las órdenes del General Graham. O'Neill también se queda como intérprete y como asesor. Pónganse de acuerdo en servicio de la patria y hasta la vista.

Las tropas españolas desfilaron con dirección á Hernani para marchar á la frontera por Astigarraga. O'Neill y Martiarena se presentaron al General inglés, que los recibió con exquisita cortesía.



XVI

San Bartolomé.

TERMINADOS los trabajos preparatorios, el 14 al amanecer, las dos baterías de Pintore rompieron el fuego contra los muros del convento hasta las seis de la tarde, en que cayó, con gran estrépito, el muro occidental, arrastrando los techos y tejados que en él se apoyaban.

La valerosa guarnición no se amilanó, y, dispuesta á resistir á todo trance, barricó durante la noche las enormes brechas; aspillaron nuevos tabiques, que por el derrumbamiento quedaban al descubierto, y prepararon abundantes bombas de mano para lanzarlas sobre los asaltantes.

En los atrincheramientos del barrio de San Martín prepararon una reserva de 400 hombres para guardar la gola del convento, evitando un movimien-

to envolvente. A la lucha del día, seguía el trabajo de noche.

Los sitiadores se entregaron al descanso para estar frescos en la brega que preparaban para el amanecer. Al efecto, cuando en lejanos caseríos se oyó el primer canto de gallo, que era la diana convenida, la quinta división portuguesa formó á vanguardia de las baterías, y cuando un rojizo resplandor hizo destacarse, vigorosa, á lo lejos, la silueta de las peñas de Aya, aquellos 2.000 hombres avanzaron en silencio hasta hallarse á cincuenta pasos de la codiciada fortificación sobre la que se lanzaron á la carrera, dando estridentes gritos; pero los obstáculos materiales acumulados al pie de los muros, las bombas que estallaban entre los asaltantes y el horroroso fuego de fusilería que lanzaban los defensores por las numerosas aspilleras, sembraron de muertos y heridos el campo en que se desenvolvían los portugueses, los cuales se retiraron presurosos á buscar refugio en sus atrincheramientos.

Se convenció Graham de que el principal asaltante era el fuego de cañón y durante dos días, aumentando el número de piezas, el pobre edificio levantado para la silenciosa y tranquila vida monástica, reflejo de la paz del cielo, parecía trasunto fiel de una escena infernal, por el ensordecedor retumbar del cañoneo, el tableteo de las descargas de fusilería, los ayes de dolor de los heridos, el horrísono estallido de las bombas y la balumba de los muros que caían con estrépito.

Ni hombres ni fieras podían sostenerse en aquel volcán, y los franceses, al avance de nuevas tropas anglo-portuguesas se retiraron del convento á la trinchera llamada luneta, construída en el barrio de San Martín; pero—azotados por el huracán de fuego que

lanzaban las baterías de Pintore y de las alturas de Chofre, más la fusilería de las faldas de San Bartolomé cubiertas de anglo-portugueses—se retiraron al reducto intermedio llamado «el Rondean» (1), hasta donde fueron perseguidos por los granaderos del valeroso Coronel Camerón.

Del hornabeque salieron refuerzos para «el Rondean», que atacaron á los anglo-portugueses, causando enormes pérdidas; y como era de gran importancia para la plaza la conservación de San Bartolomé, porque enfilaba muchas de las baterías, los franceses persiguieron á sus enemigos hasta lo alto del cerro entrando por la gola; pero la ruina de sus muros y tabiques, que llenaba de escombros todos los suelos y el fuego de cañón reanudado desde Pintore, hacían imposible la permanencia en aquel infierno; y San Bartolomé quedó en poder de los atacantes, á pesar del heroísmo derrochado por el Capitán de Ingenieros Saint George.

Con gran actividad los vencedores fortificaron el codiciado cerro, emplazando en él las baterías de Pintore. Por su parte el General Rey, para desenfilar las baterías dominadas por San Bartolomé, construyó traveses con cajones y sacos llenos de tierra, obras que se veían perfectamente desde la nueva posición, en la que se encontraba el General Graham con todos los oficiales del Cuartel general, entre los que se hallaba el Capitán Martiarena, mero espectador de aquella lucha.

Los sitiadores, por su parte, para preparar el asalto construyeron dos baterías en Ulía destinadas á apagar los fuegos dominantes de las del Mirador y de las obras defensivas del castillo, encima de San

(1) Situado donde hoy está el Hotel inglés.

Telmo, rompiéndose el fuego desde todas las baterías; la plaza contestó enérgicamente.

Desde San Martín salió una fuerte columna para apoderarse del «Rondean», porque esta obra amenazaba el flanco izquierdo de las fuerzas asaltantes. Se peleó con furor por ambas partes y al ser rechazados los aliados, comenzaron el asedio con los clásicos procedimientos poliorcéticos; levantando paralelas. Los franceses abandonaron la obra aquella misma noche porque de San Bartolomé llovían las bombas, haciendo imposible la permanencia en los parapetos.

Dos días seguidos duró el cañoneo que se suspendió á las diez de la mañana del 21, en que el General Graham envió un parlamentario á la plaza intimando la rendición. El General Rey no se dignó recibirle, y á las once se reanudó el fuego cada vez con más violencia, especialmente desde las obras de Chofre, que hacían fuego de brecha sobre la cortina del frente oriental.

Ante los ojos asombrados de los sitiadores se presentaron en la bahía dos fragatas francesas, que lograron burlar la vigilancia de la escuadra inglesa. Entraron en el puerto, donde tranquilamente pudieron descargar cuanto traían, porque los fuegos de los sitiadores no llegaban hasta allí.

Pachi dirigía frecuentes miradas al baluarte de Santiago, en el que nada ocurría que no sucediera en los demás; pero el día 21 vió en el parapeto varios trapos colgando como puestos á secar, entre ellos un lienzo blanco.

Corrió á avistarse con un ayudante de Graham. La marea comenzaba á subir: en Amara entró en una lancha con Chomin y un marinero, bogando en distintas direcciones, especialmente hacia todo lugar

donde veían cualquier cuerpo flotante, sin obtener resultado alguno, con gran sentimiento de Pachi, á quien dolía que fracasase aquel primer intento por lo poco airoso que quedaría ante el Estado Mayor inglés:

—¡Allí, allí!—gritó Chomin con júbilo.

Pachi miró hacia donde señalaba el brazo extendido de Chomin: varios corchos de los que se usan en las redes flotaban poco distanciados entre sí.

Bogaron en aquella dirección y Pachi agarró los corchos. Cada uno de ellos tenía una liz pendiente y las de todos se reunían en un cuerpo cilíndrico envuelto en pedazos de red, sin duda para disimularlo, si ojos indiscretos lo veían flotar. Lo desenvolvió, guardándolo en el bolsillo para no llamar la atención del marinero.

Desembarcaron en Errotachiqui, dirigiéndose hacia Concorronea para colocar la señal de haber recibido el mensaje.

Después se metieron en su barraca. A solas Pachi y Chomin, colocaron sobre un cajón que hacía de mesa el cuerpo cilíndrico «pescado» en el río.

Era un tubo de caña con la boca herméticamente cerrada con pez. Quitaron ésta y del interior sacaron un pequeño rollo de papeles.

La curiosidad de Pachi era grande. Chomin callaba y hasta sonreía con algo de malicia.

Aquél desenvolvió el rollo formado por una hoja impresa; en el interior había otra en blanco con las siguientes palabras manuscritas:

«Estamos bien de salud,

Aitor.»

Pachi miró sorprendido á Chomin.

—¡Vaya una noticia! —exclamó.

—¿Y aquí qué dice?—preguntó Chomin señalando el papel impreso.

—Esta es la hoja de un libro que nada tiene que ver en este asunto.

—Pues yo te haré ver que sí.

En otra ocasión sabremos cómo fué descifrado el mensaje. El caso es que Pachi lo descifró ayudado de Chomin, resultando que decía:

«Fuego Chofre ha desmontado once cañones, muriendo casi todos sus sirvientes.

» Muro quebrantado entre Amesqueta y Hornos.

» Hornabeque muy castigado por fuego de San Bartolomé. Abren zanjas y las blindan con troncos.

» Dos fragatas de San Juan de Luz han desembarcado municiones cañón y fusil en abundancia; y cien quintales de tasajo, sal, doscientos sacos de harina y medicamentos.

» En ellas han venido dos ingenieros ilustres, Brión y Gillet, que en seguida han montado más artillería en el Mirador, Hornabeque, Cubo imperial y Hornos.

» Muchos muertos y heridos. Calculo 300 y 450.

» Con auxilio recibido fragatas prolongarán resistencia.»

Corrió Pachi al Cuartel general establecido en las ruinas del convento de San Francisco y entregó el mensaje al General Graham, que lo leyó con avidez. En tanto Chomin subió á Concorronea y puso la señal convenida de acuse de recibo.

Por consecuencia del mensaje Graham ordenó á las baterías de Chofre que avivasen el fuego contra el muro de Hornos y Amezqueta por todas las baterías del Urumea y sobre el Hornabeque por las de San Bartolomé. El resultado fué que por la noche

se veía una brecha practicable entre aquellos dos cubos.

Los sitiadores notaban que el fuego francés de aquel frente había disminuído mucho, sin duda por la ruina de los emplazamientos. En cambio la batería del Mirador arrojaba un huracán de hierro por encima de San Telmo.

No conforme Graham con una sola brecha, quiso, para asegurar el éxito del asalto abrir otra, á fin de envolver la primera. Treinta cañones y carronadas dirigieron sus fuegos á un mismo punto señalado de antemano. Al obscurecer, esta segunda brecha tenía una anchura de doce varas y las dos parecían accesibles por las rampas que habían formado sus escombros.

En el interior, por el hueco de las brechas, se veían las ruinas de algunas viviendas de San Sebastián, que ardían á consecuencia del violento cañoneo. Pachi calculó con melancolía que entre ellas estaba la de su padre político. Lo lamentó, pero se resignó, considerando aquello como un desgraciado accidente de guerra.

Nuevamente vió la señal en la batería de Santiago, y como la vez anterior, se dirigió con Chomin y un marinero hacia el remanso de Amara, frente á la regata de Morlans, y al cabo de varias vueltas, dieron con el mensaje, que venía en la misma forma que el anterior.

Decía:

«Brechas practicables por fuera. Por dentro se ha desescombrado el muro, haciendo un gran hoyo.

»Han atrincherado interior, flanqueándolas con cuatro cañones.

»En el frente izquierdo de hornabeque se han

puesto otros cuatro, con abundante metralla, contra columnas asalto.

» A lo largo parapetos se han colocado numerosas bombas de mano.

» Interior brechas se quemaron ocho casas.

» Hospitales 400 heridos y 600 enfermos.

» Los habitantes refugiados en Aitbajos. Por las calles sólo se ven soldados. »



XVII

El primer asalto

Los pocos edificios que los franceses no habían quemado en la margen derecha del Urumea, desde Chofre hasta Bachillardey, estaban ocupados por jefes superiores del ejército sitiador, sirviendo también de depósitos de víveres y municiones.

Los arruinados por el incendio, cobijaban á otros jefes y oficiales que habían mandado construir barracas de madera, apoyadas en las desnudas paredes, ocultas de las vistas de la plaza.

En San Francisco estaba el Cuartel general y las oficinas del Estado Mayor, de la Artillería y de los Ingenieros.

Otros barracones y multitud de tiendas servían para albergar á la tropa formando varios campamentos desenfilados también de las baterías francesas.

Más á retaguardia, todos los caseríos que reunían algunas condiciones de comodidad y holgura estaban habilitados para hospitales.

En Capitanenea, la casería de Chomin, había varias barracas, y en el campo, en esta ocasión cubierto de yerbas por falta de cultivo, hasta la fuente, varias tiendas pertenecientes á la primera brigada de la división Oswald.

En una de las barracas, á pesar del violento cañoneo que se cruzaba entre los combatientes, departían O'Neill y Pachi, los dos oficiales españoles agregados al Cuartel general. Chomin y Ceruti, los asistentes, atendían en la parte de fuera al condimento de su rancho: arroz, patatas y tocino, y al de sus amos: tocino, patatas y arroz.

—Pues, sí—decía O'Neill—. El Mariscal Soult trata de levantar el bloqueo de Pamplona y está por Roncesvalles con más de 30.000 hombres, mientras el Conde de Erlon amenaza el Baztán desde Espeleta, al otro lado de la frontera.

—Así se explica—repuso Pachi—la presencia de nuestros batallones en el Bidasoa; pero, dígame usted: ¿por qué no se llevaron á los ingleses dejando españoles en este sitio?

—Opinan algunos que el puesto de honor de los españoles está en la frontera, para evitar una nueva invasión.

—No me parece mal; pero dejar una plaza española amenazada por fuerzas extranjeras, me parece un disparate ó una intención dañina.

—Si estas fuerzas dan el asalto sin esperar tropas españolas es una infamia.

—Y, desgraciadamente, parece que á eso se tiende, amigo O'Neill, á juzgar por las señas. ¿Será verdad que el asalto es esta noche?

—Me temo que sí. Nadie lo sabe; pero hace días que están nombradas las columnas de ataque, y hoy han traído de Pasajes varias barricadas de aguardiente y mucho tabaco. Ahora están reunidos los jefes superiores con el General Graham.

En aquel momento llegaban varios oficiales ingleses.

—¿Ha terminado la reunión?— les preguntó O'Neill, en inglés.

—Hace un momento—respondió uno de ellos en español.

—¿Se sabe algo?

—Sí; esta noche, porque el General teme que el Cuerpo francés del Baztán ó el mismo Soult, por un audaz movimiento, pretenda venir á levantar el sitio, y quiere esperarle dentro de la plaza.

—Está en lo posible—opinó O'Neill.

Obscureció.

O'Neill y Pachi pasaron el río por un puente de barcas, tendido frente á Amara, y se dirigieron á la primera paralela.

A la luz de hogueras y faroles formaban, á lo largo de las trincheras, los escoceses reales del tercer batallón, con sus típicos trajes, mandados por el Mayor Frazer; detrás el 38 regimiento de línea con su coronel Greville, y á continuación el 9.º—que tan castigado fué en el ataque del «Rondeaux»—con su jefe Camerón, de tanta nombradía.

Los furrieles recorrían las filas repartiendo aguardiente.

Los oficiales les arengaban.

Los sargentos excitaban el valor de sus subordinados, recurriendo en su oratoria á la fanfarronería.

—¡El que tenga miedo—decía uno—que se vaya á la impedimenta!

—¡Aquí sólo queremos hombres de pelo en pecho!—decía otro.

—¡Vale más morir de un balazo en la brecha que en la cama tosiendo como una vieja!

El aguardiente corría en abundancia; á la luz de los faroles se veían rostros congestionados, ojos saltones, manos crispadas.

A la izquierda, amenazando el hornabeque, formaba, á 50 varas del parapeto enemigo, una brigada portuguesa.

Corrió por las filas la noticia de que parte del hornabeque volaría por una mina que se había construído desde el «Rondean», por allí asaltarían los portugueses, y entonces, la columna de la derecha, avanzaría por la orilla del Urumea á asaltar las dos brechas del frente oriental.

Un estampido formidable atronó el espacio, produciendo vivísima llamarada que deslumbró á todos.

—¡A la brecha! ¡A la brecha!—gritaron.

—¡Hurra!, ¡hurra!

Los asaltantes avanzaron á la carrera, y para proteger su marcha, arreciaron el fuego de cañón todas las baterías de Chofre. En aquel momento del alto parapeto de la muralla comenzaron á disparar los defensores. A medida que aquéllos avanzaban enardecidos, el fuego francés era más intenso. Ya no disparaban con los fusiles. Una lluvia de bombas de mano caía sobre los asaltantes, estallando entre ellos y produciendo estrépito ensordecedor. Caían hombres y los demás seguían avanzando. Mas ya no corrían, el avance era lento, porque las piedras de la orilla, cubiertas de verde césped marino, no presentaban la suficiente aspereza para apoyar los pies y á los que caían heridos se sumaban los que resbalaban en la humedad.

—¡Adelante! ¡Adelante!—gritaban los más animosos.

Y seguían avanzando, á pesar del estallido de las bombas.

Aquellos hombres comenzaron á lanzar juramentos; los disparos de las propias baterías, mal dirigidos á causa de la obscuridad, hacían blanco al pie de la muralla, produciendo al reventar terribles claros.

Los oficiales vacilaban y la tropa protestaba en alta voz de aquella torpeza de las baterías inglesas.

Delante de todos, impávidos, con augusta serenidad, marchaban dos insignes oficiales: Frazer y el ingeniero Harri Jones, sin hacer caso de la muerte que zumbaba junto á ellos. Llegaron al pie de la brecha, y sin vacilar treparon por los escombros seguidos de pocos, muy pocos hombres.

Estos pocos se reunieron con sus oficiales arriba en lo alto de la brecha, y de allí no pudieron pasar. Un escarpe interior, un pozo de varios metros, impedía seguir adelante.

De las casas aspilleradas, de la trinchera que circundaba el gran boquete de la batería del Mirador, del cubo Amezqueta, de todas partes salía un huracán de fuego. El Mayor Frazer muere acribillado á balazos en medio de varios valientes.

Algunos caen al fondo del pozo; otros van rodando, cubiertos de sangre, por la rampa de escombros.

Jones se mantiene con la esperanza de recibir refuerzos; pero los que conducen las escalas tropiezan con los peñascos, con los muertos, con los heridos. Por fin, llegan, trepan, escalan la altura, y entonces Jones, el hombre de ciencia entendido y militar valeroso, sucumbe con cuantos le rodean, incluso Machel el ingeniero que mandaba á los escaladores.

En vano Camerón, Greville y otros valientes oficiales se esfuerzan por reunir y ordenar sus tropas. Sus enronquecidas voces no pueden ser entendidas en aquel estrépito.

En vano el teniente Campbell se abre paso por entre aquella alocada multitud, y llega también á la funesta brecha. Dos veces es herido. Cuantos con él van, mueren.

Estas escenas de horror duraron muy poco tiempo, porque los contados que quedaban ilesos vuelven la espalda, huyen, se atropellan, ahullan, caen, se levantan, y algunos, perseguidos todavía por el fuego implacable del enemigo, logran buscar refugio en las trincheras, no sin sufrir también el fuego de flanco del hornabeque, que antes, á causa de la voladura había permanecido silencioso.

No se explican cómo el hornabeque permanece aún en poder del enemigo; en la trinchera lo averiguan; los efectos de la mina no fueron tan destructores como se esperaba.

Retembló aquella formidable masa; pero el muro no se derrumbó ni el foso se llenó de escombros que facilitasen el asalto, por lo que los portugueses, haciendo de medios para escalar la obra, se volvieron á sus atrincheramientos del «Rondean».

El terror se pintaba en el rostro de aquellos hombres antes tan animosos. Algunos se tapaban con las manos las heridas para contener los chorros de sangre.

Los heridos que podían tenerse en pie, iban llegando á la trinchera vacilantes, lívidos, algunos medio arrastrándose.

¡Y desde la trinchera hasta la brecha, los muertos y los heridos cubrían el espacio recorrido!

Al horrísono estruendo siguió un silencio abso-

luto, haciendo á todos la impresión de haber quedado sordos.

O'Neill y Pachi, emocionados ante aquellas escenas, pasaron á la orilla derecha y se situaron en una de las baterías, cuyos oficiales comentaban vivamente y con admiración lo que estaban viendo con sus catalejos.

Ambos miraron también. A la luz de los faroles y del incendio de alguna casa se veía á los franceses retirando de la orilla del mar los heridos que, con la subida de la marea, se habrían ahogado sin este sublime acto de humanidad.

El General Rey, desde la brecha, dirigió el salvamento, mientras el General Graham, desde la batería de enfrente contemplaba emocionado aquella caballeresca conducta, que le animó para pedir un armisticio con el único fin de salvar los heridos y retirar los muertos.

Total de bajas experimentadas por los aliados, unas 2.000.

—Mi capitán—decía Chomin á Pachi en la mañana siguiente, hablándole como subordinado, según hacía siempre que había oficiales delante—. Arriategui pone la señal.

—¡Cuánto me alegro! Porque debe de tener noticias interesantísimas después de la hecatombe de anoche. ¿Quiere usted venir, amigo O'Neill á dar un paseo por el río?

—Sí, iré; porque me interesa mucho ese nuevo medio de comunicación.

Después de navegar desde Amara hasta Loyola durante dos horas, ya desconfiaba Pachi del éxito, cuando dió con el mensaje. Rompió la envoltura, sacó del canuto el contenido y lo entregó á O'Neill, diciéndole:

—A ver si lo descifra usted.

O'Neill cogió lo que le alargaba Pachi: un papel impreso del que no hizo caso, y un escrito que decía:

«No tenemos novedad.»

—¿Y es esto todo?—preguntó desilusionado.

—Aparentemente eso es.

—¡Ah! aparentemente...

—Sí; porque el verdadero mensaje no está en ese papel.

—¿Pues en cuál?

—En el otro.

—¿En este?

—En ese, sí.

—Si son hojas impresas arrancadas de un libro...

—Pues ahí está.

O'Neill dió varias vueltas á las hojas que, por cierto estaban bastante manchadas, y dijo:

—Estas hojas son del Telémaco, en francés, y como no haya una clave...

—La hay.

—Entonces renuncio á saberlo, porque no es mi fuerte la criptografía.

—¿Ve usted estas manchitas encima y debajo de muchas letras?

—Las veo.

—Pues las letras que tienen la manchita debajo forman el mensaje.

—¿Y las de encima?

—No sirven para nada. Están así para despistar.

Llegados á la barraca, el mensaje fué descifrado. Decía:

«Gran júbilo en la guarnición por victoria anoche. 18 muertos, 49 heridos.

»El ataque por hornabeque fracasó por falta reconocimiento. Al estallar mina huyeron defensores á recinto, dejando abandonada posición á la que volvieron al retirarse portugueses á Rondean.

»General Rey confía pronto levantamiento sitio porque ha llegado de Hendaya emisario, por mar, con mensaje de Soult que vendrá Erlon de Baztán por Leizarán ó Urumea.

»Me es difícil comunicar por mucho servicio. No extrañar futuro silencio.»

—¡Con que Soult quiere levantar el sitio de San Sebastián!—exclamó O'Neill.

—Y lo del hornabeque...

—¡Qué cosas pasan en la guerra! Quizás si un oficial trepa por la escarpa, al ver aquello desocupado se meten en la obra, se hacen fuertes en ella y San Sebastián habría sido conquistado ó por lo menos á punto de serlo.

—Sobre todo se habría evitado aquella mortandad que hicieron desde el hornabeque al regresar los asaltantes maltrechos á las trincheras.

—¡Aquello fué horrible! Yo, amigo Martiarena, por lo mismo que sólo era espectador, estaba aterrizado. ¿Vamos á llevar eso al General?

—Prefiero que vaya usted. Yo sólo entiendo algo el francés, y le confieso que me molesta el papel de mudo entre los oficiales ingleses.

—Lo llevaré yo.

—Pachi acabó de poner en limpio el mensaje, y mientras O'Neill marchaba á San Francisco, Pachi y Chomin subieron á Concorronea para poner la señal de recibo.

—¿Qué es aquello Pachi?—preguntó Chomin con admiración, señalando hacia Miracruz.

—¡Por la Virgen de Guadalupe!—exclamó Pachi
—¡Son tropas inglesas que van hacia Alza!

—¡Y llevan impedimenta!

—¡Entonces se marchan! ¡Levantán el sitio!

—¡No puede ser!

—Por Chofre también se ve movimiento. Están cargando las acémilas.

—Vamos, Chomin; vamos hacia San Francisco á saber noticias.

Bajaban la empinada cuesta de Concorronea. Al mismo tiempo, pero más apresuradamente, lo hacían varios oficiales ingleses con sus asistentes en traje de marcha.

A mitad de cuesta se encontraron con O'Neill que subía.

—¿Qué es esto?—le preguntó Pachi—, ¿levantan el sitio?

—Casi, casi. Nos vamos.

—Me alegro. ¿A dónde?

—A la frontera. Se confirma lo que dice su confidente. Tropas francesas amenazan por Vera...

—¡Hola! Quieren repetir lo del 93.

—Ya hablaremos. Vamos á arreglarnos para la marcha. Nuestros equipajes irán á cargo del apsentador del Cuartel general.

Pronto se pusieron en traje de marcha, mientras Chomin y Ceruti arreglaban los modestos equipajes. Después de entregarlos al jefe de la impedimenta, como la retaguardia tardaría más de una hora en romper la marcha, fueron á Santiene con el fin de despedirse de sus habitantes.

Pachin quería acompañar á su padre á la frontera, pero éste no lo consistió por no dejar solo al señor Echezarreta.

—Si tiene usted ocasión, padre—le dijo Pachin—,

envíe recado á Ventura para que estén sobre aviso de que los franceses quizás intenten venir á Guipúzcoa por Basaburúa. No lo espero; pero si ganan la batalla que se prepara pudiera suceder.

Por Múgicaenea se dirigieron hacia Polloe. Desde allí vieron, por las faldas de Choritoquieta, la larga longaniza formada por la inmensa columna, á la que se unieron pasado Ametzagaña.

—El general—iba diciendo O'Neill— se enteró del mensaje y quedó satisfecho de la confidencia, porque coincidía con noticias y órdenes que acababa de recibir.

—¿De quién?

—De lord Wellington, que le ordena refuerce la izquierda de su línea para cubrir Guipúzcoa.

—¿Y qué fuerzas quedan en el sitio?

—Las indispensables para mantener el bloqueo por tierra, mientras por mar lo hacen los buques ingleses. Ahora si que será penoso el servicio de trinchera, sobre todo de noche, porque con tan pocas tropas no sería difícil que el enemigo diera un achuchón.

Mientras al Norte de Pamplona se desarrollaba la gran batalla de Sorauren ó de los Pirineos, que duró ocho días; la división salida de San Sebastián, reforzó el 4.º ejército español para guarnecer las posiciones del alto Bidasoa, precaución previsora porque Sault, no pudiendo auxiliar á la capital navarra, quiso levantar el sitio de San Sebastián en atrevida marcha hacia Plazaola y cinco villas de Navarra, pero se encontró con las tropas que guardaban Guipúzcoa, y viendo frustrada la sorpresa con que contaba, se retiró á Francia.

Pachi explicó á O'Neill la situación de las tropas españolas cuando la invasión francesa del 94, comparándola con la del momento.

—Si entonces—decía—se hubiesen guardado los puertos como ahora, no se habrían metido tan fácilmente como se metieron á retaguardia de nuestras posiciones.

—Es que ahora operamos con la lección aprendida—dijo O'Neill.



XVIII

¡Donosti gashua!

PACHI pidió al General Mendizabal quedarse con su batallón porque le parecía poco airoso el papel que desempeñaba al lado del General Graham.

—Precisamente—dijo el General—le tengo á usted porque necesito un hombre de toda mi confianza con las tropas del sitio.

—Pero mi general, podría usted enviar á uno que sepa el inglés.

—Ya está también O'Neill.

—O'Neill muy bien, porque se entiende perfectamente; pero yo que tengo que valerme siempre de intérprete...

—Nada, nada, amigo Martiarena, usted seguirá agregado á las fuerzas sitiadoras y en vez de un asistente llevará también un ordenanza para que

pueda servir de correo en caso de necesidad. Llévelo usted que conozca bien el terreno de San Sebastián á la frontera.

—Para eso mi famoso asistente, que además de conocer el terreno es hombre de experiencia y de toda confianza.

—Bien, pues cuente usted con que se abonarán todos los gastos. Escríbame ó que lo haga O'Neill siempre que lo crean útil al servicio.

—¿Pero va á continuar el sitio con tropas extranjeras?...

—Por ahora sí. El Duque de Ciudad Rodrigo tiene el mando absoluto y no podemos hacer nada en contra. Es el árbitro, es el amo. Más no dejaremos de gestionar que destinen tropas españolas al sitio.

Con las fuerzas inglesas volvió Pachi á San Sebastián agregado al cuartel general en unión de O'Neill. En Oyarzun procuró alojarse en casa conocida y fué á parar á casa de Indart, cirujano del pueblo quien recibió á sus alojados, Pachi, O'Neill, Chomín y Ceruti, con muy buena voluntad.

—¿Vienen también tropas españolas?—preguntó el cirujano.

—Por ahora no; regresan á San Sebastián las mismas tropas que antes la sitiaban.

—Extranjeras todas.

—Todas, por desgracia. Dice Wellington que los españoles hacen más falta para guardar la frontera.

—Mal debe andar la fuerza que ha quedado bloqueando á Donostia.

—No sabemos ni una palabra desde que salimos, porque los generales ingleses han ocultado todas las noticias.

—Pues yo estoy bien enterado porque fuí llamado para curar heridos.

—¡Hombre! Cuéntenos algo.

—Que á los dos días de marchar á la frontera el grueso de las tropas sitiadoras, hicieron una salida los sitiados.

—Eso ya lo esperábamos. ¿Resultado?

—Maravilloso para los franceses. Salieron dos columnas y en las trincheras sorprendieron á los portugueses que como ocupaban un frente de trescientas varas, casi todos cayeron prisioneros.

—¿Muchos?

—Pasarían de doscientos.

—Fué un disparate—intervino O'Neill—querer guardar todos los aproches con tan poca gente.

—Sí; luego se concentraron en un sitio y aún así tres días después hubo otra salida de sorpresa capturando una patrulla que además de los prisioneros tuvo quince bajas entre muertos y heridos.

—No se dormían los franceses.

—Después han seguido dando sus golpes de mano, siempre con éxito. Además llegaron cuatro barcos con recursos.

—¿Y cómo han podido entrar?

—Como entraron la otra vez, de noche y burlando la vigilancia del crucero inglés. Todos los barcos eran tripulados por marinos vascos. El 15, fiesta de su emperador, lo celebraron con iluminaciones y fuegos artificiales. Parece que están entusiasmadísimos.

—No es para menos; con el resultado del primer asalto...

Según llegaban las tropas á San Sebastián se dedicaban á la construcción de nuevas baterías y trin-

cheras. El sitiado hizo algunas salidas para estorbar los trabajos; pero aumentaban constantemente las fuerzas sitiadoras y se vieron los franceses obligados á observar prudencia en sus salidas.

Wellington no quería que fracasara el segundo intento y acumuló grandes recursos contra San Sebastián. El 25 de Agosto se habían establecido las siguientes baterías:

En el cerro de San Bartolomé dos con 6 cañones de 18, 7 de 24 y 2 obuses.

Su misión era abrir brechas en el hornabeque y cara derecha del baluarte de San Juan.

En los montículos del arenal de Chofre una de 6 cañones de 24, 4 carronadas de 68 y 5 obuses.

Su objetivo, las brechas del frente oriental.

A derecha é izquierda de la anterior, 2 de á 6, morteros para batir los atrincheramientos construídos detrás de las brechas y contra las baterías del castillo.

A retaguardia otra de 4 morteros con el mismo objetivo.

En la extrema izquierda de Chofre (donde hoy están las casas de Bermejillo y Odriozola), una con 15 cañones de 24 para perfeccionar las brechas y abrir otra en el baluarte de San Juan.

Una de 2 obuses en Ulía en terrenos de Ichueta y canteras de Santiene para batir el baluarte del Mirador, encima del San Telmo.

Y otras baterías de reserva cuya misión era defensiva.

En total, 116 piezas.

El 26 se rompió el fuego en presencia de lord Wellington con una salva general de 63 cañones, que después lo continuaron con violencia á fin de inutilizar todas las defensas activas del sitiado y

hacer imposible su permanencia en los adarves y baluartes.

El consumo de municiones de cañón era enorme. Del puerto de Pasajes marchaban constantemente con destino á las fuerzas sitiadoras, carros, mulos y carretones con pólvora y granadas desembarcadas de los buques ingleses.

Inglaterra quería aplastar el último baluarte napoleónico de la Península Ibérica, pues aunque los franceses ocupaban otras plazas, se esperaba su evacuación en cuanto quedase cerrada esta puerta á las invasiones francesas.

Pachi, por aliviar un poco el cansancio de sus oídos sordos con el continuo atronar de tantos cañones, marchó con permiso, por supuesto, hacia Santiene acompañado de su asistente y compañero Chomín.

Extrañóse mucho de ver la casería con puertas y ventanas cerradas, señal de que sus habitantes la habían evacuado. Quiso preguntar á los de Chancar ó Ichueta; Chomín, que fué el comisionado, volvió diciendo que tampoco había habitantes.

Retrocedieron hasta Oquendo; allí un viejo, sordo como una tapia, les dijo que todos los de aquellos caseríos habían marchado monte arriba.

—¿Por qué?—preguntó Pachi á grito herido.

—Porque dicen que aquellos cañones meten ruido.

Y señaló los dos grandes obuses que había emplazados á media vertiente.

—¿Y es verdad?—preguntó Chomín con ironía.

—¡Quiá! Humo sí ya echan; pero ruido...

—Supongo—dijo Pachi á Chomín—que habrán ido á Arriategui.

—Así lo creo yo.

Subieron á Arriategui.

Encima de Peruene el camino hace una revuelta para salvar una vaguada que de Ulía descende á Manteo. Antes de llegar á la revuelta, Pachi y Chomín se detuvieron. Desde allí se contemplaba en aquella límpida mañana de Agosto, de espléndida luz, la pobre ciudad de San Sebastián, maltrecha por el no interrumpido cañoneo de las baterías inglesas. Con los anteojos de Pachi se veían perfectamente las brechas, mortales heridas de sus fortificaciones: dos en la cortina de la Tripería y una en el baluarte de Santiago, llamado también de San Juan; los parapetos derruídos, los cubos de Hornos y Amezqueta, montón informe de cascotes.

Detrás de las brechas, las ruinas de todas las casas, humeantes todavía, entre las que se notaban los parapetos, las aspilleras de todos los muros de las casas incendiadas y demás atrincheramientos improvisados por los defensores para prolongar aquella heroica resistencia.

Enfrente, en Chofre, un hormiguero humano, á cubierto por grandes parapetos y traveses de arena, revestidos por el interior con troncos, tablas, faginas, toneles y cajas. Entre el hormiguero, separados por los traveses, se perfilaban los cañones, obuses, morteros y carronadas de las baterías sitiadoras.

En el istmo también un ojo militar veía el trazado de los trabajos de aproche; la paralela, los ramales llamados corchetes, en zig-zag para evitar la enfilada, y los zapadores continuando el trabajo de

topo, hacia las brechas, para que las columnas de asalto pudieran avanzar á cubierto en el instante decisivo.

Y á cada momento grandes y blancas humaradas salían del Mirador, batería situada encima de San Telmo, del Cubo imperial, y del Hornabeque, produciendo tremendos estampidos. Lo mismo sucedía en todo el frente ocupado por los sitiadores. El cañoneo era ensordecedor.

Pachi, al contemplar tanta ruina, al presentir la hecatombe que se cernía sobre San Sebastián, amenazada por tropas extranjeras que quizás la trataran sin piedad, al recordar las terribles escenas que presenció en el primer asalto, sintió su corazón oprimido y con voz emocionada, exclamó mirando tristemente á la desgraciada ciudad:

—¡Donosti gashua! (1)

Chomín, impresionado también, y recordando su querida casería arruinada, exclamó á su vez:

—¡Qué mala es la guerra!

Repuesto Pachi de su emoción, replicó:

—Por eso, Chomín, para evitarlo, las naciones deben prepararse para ella. ¡Ay de la que está desprevenida!

Llegaron á Arriategui, donde se habían refugiado numerosas familias. Allí estaban los de Santiene.

—Abajo no se puede parar—le dijo el viejo marino—. A cada disparo de los obuses de arriba, tiembla toda la casa y será milagro que no se hunda. Esta guerra acabará de arruinarlos.

La emoción hacía enmudecer á todos. Nadie hablaba. Juan Mari le dijo.

—¿Sabes la novedad?

(1) ¡Pobre San Sebastián!

—¿Cuál?

—Que el sobrino José está en casa.

—¡El italiano!

—Sí.

—¿Cuándo ha venido?

—Esta madrugada. Caladito hasta los huesos, porque ha pasado el río nadando. Le hemos dejado dormir. El pobre llevaba varias noches en vela.

—No me extraña. ¿Por qué ha sido su venida?

—Dice que para no favorecer á los suyos, prefiere permanecer neutral.

—Tiene razón. ¿Y cómo ha salido de la plaza?

—Tirándose de noche de la batería de salvas á la Concha, aprovechando la marea alta. Después por Lugariz ha marchado hacia Ayete, ha bajado á las riberas de Santiago, ha pasado el río á nado, y casi al amanecer ha llegado á casa medio muerto, más que de fatiga de sueño.

Subieron al piso. En el pasillo se encontraron á José (ya no le llamaba Giuseppe), que se disponía á bajar. Juan Marí le presentó á Pachi como pariente y haciéndole saber que era quien recogía los mensajes.

—¿Y Chomín?—preguntó el italiano.

—Abajo está con su hijo.

—¿Cómo te has levantado tan pronto?—le preguntaron.

—Se ha habituado mi cuerpo á la vigilia en tal forma que he descansado muy mal. Los oídos me zumban todavía.

—¿Qué has dejado por San Sebastián?—le interrogó Pachi.

—Te lo diré como á pariente, pero no como informe. Si yo hubiera sabido que los españoles no iban á tomar parte en el sitio, podéis creerme, habría permanecido fiel á los franceses.

—Comprendo tus escrúpulos.

—Ahora, ni con unos, ni con otros. En cuanto me ponga bueno, me presentaré en cualquier cuerpo español para seguir en él la campaña.

—Iremos juntos, porque no pienso seguir aquí con los ingleses. Hoy escribiré al general Mendizábal en ese sentido. Ahora dime lo que te plazca de Donostía.

—En San Sebastián no se puede ni respirar. El tremendo cañoneo de los sitiadores sobre las fortificaciones ha hecho imposible el permanecer en ellas. A fuerza de energía por parte de los oficiales se puede conseguir que los hombres permanezcan en sus puestos. Sólo junto á los traveses hay algo de abrigo.

—¿Ha habido muchas bajas?

—Centenares; pero disminuyen desde que el general Rey ha ordenado la evacuación del camino de ronda. Ahora las tropas están apostadas en las segundas defensas, y no hacen ya fuego para que no falten municiones en el momento del asalto.

—¿De modo que no hay intenciones de capitular?

—¿Rey capitular? Ni se atreven á pronunciar semejante palabra.

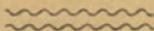
—¿Y las brechas?

—Completamente practicables por fuera, pero imposible por la parte interior porque las han desescombrado, dejando un tajo vertical de cuatro metros que han rellenado con sillas rotas, mesas, maderos, tablas, hierros, cuanto han podido echar para que sea difícil el paso. Además han puesto minas, y frente á la brecha grande han preparado una gigantesca fogata con varios barriles de pólvora y proyectiles de cañón. En fin, amigos, veo muy difícil el asalto. Además, el general Rey todo lo vigila,

todo lo inspecciona, y recorre constantemente los puestos animando á la gente. ¡Qué energía de hombre!

Pachi escribió extensamente al general Mendizábal dándole cuenta de todo lo sucedido y pidiéndole autorización para incorporarse á su cuerpo, envió el mensaje con Chomín y después se unió á O'Neill, á quien comunicó la salida del confidente Arriategui de la plaza.

—Ha hecho bien—dijo á gritos, obligado por la trepidación del continuo cañoneo— porque habría sido lástima morir aplastado defendiendo una causa que nada le interesa.



XIX

¡A las brechas!

EL fuego de cañón era violentísimo, ensordecedor. Sesenta y tres piezas de los sitiadores disparaban sin descanso; la plaza no contestaba.

—¿Se sabe algo?—preguntaba Pachi á O'Neill en la trinchera de Chofre que les servía de observatorio.

—Sospecho que mañana es el asalto.

—¿En qué se funda usted?

—Esta madrugada, antes de amanecer, el capitán Macdonald, como prueba, ha vadeado el río y ha ido hasta el pie de la segunda brecha sin ser visto por el enemigo. Después ha trepado á la grande y la ha reconocido con esa flema que sólo tienen los ingleses.

—¿Y qué impresiones ha traído?

—No se sabe. Las ha comunicado al general y ha debido recibir orden de guardar reserva.

Aquella noche el general Graham quiso hacer un ensayo de asalto á fin de que el enemigo, creyéndolo definitivo, volase las minas colocadas en las brechas.

El teniente Mac-Adan con 17 hombres del 9.º de escoceses reales ganaron rápidamente, sin ser vistos, la brecha grande, trepando por toda su extensión con fuertes gritos para hacer creer que eran muchos.

Los franceses, que hacía dos días no disparaban un tiro, rompieron un fuego tan terrible, al mismo tiempo que volaban las minas, que todos los asaltantes cayeron acribillados á balazos. Solo el teniente pudo volver á la trinchera de que habían salido.

—Mañana es el asalto—dijo O'Neill al regresar del cuartel general—. Lord Wellington lo ha ordenado así.

—¿Pero está aquí el Duque?

—Aquí está; hoy mismo se marcha.

—¿Cómo no espera el resultado?

—Creo que es inminente una gran batalla, y como supone asegurada la toma de la plaza, vuelve á Irún, donde también habrá jaleos.

—Mañana, mañana...—murmuraba Pachi.

—Sí, mañana.

—Y sin tropas españolas.

—Ese es el punto negro de este drama. Mas no seamos agoreros. Ya están nombradas las fuerzas: en vanguardia, 750 voluntarios y enseguida las fuerzas de Robinson, Hay y Spri, formando una columna. La otra con los portugueses, de Bradford. El todo lo mandará el general Leith. En total unos 3.000 hombres.

—¡Cuánto más quería hallarme en la frontera!

¡Allí, siquiera me batiría por la Patria y con los nuestros!

—Tiene usted razón, Pachi, tiene usted razón.

Amaneció el fatídico 31 de Agosto, con una espesa niebla que no permitió romper el fuego hasta las ocho de la mañana en que comenzó con atronadora violencia, sin cesar hasta dejar arrasada la cortina entre las brechas.

Para asegurar el éxito y antes de lanzar las columnas al asalto, varios oficiales de ingenieros volvieron á reconocer las brechas. El enemigo, á cincuenta pasos, los acribilló á tiros, muriendo el insigne y bravo teniente coronel Sir Richard Fletcher, de fama mundial como principal trazador de las líneas de Torres-Vedras, y que tanto había trabajado en las obras de aproche del sitio de San Sebastián.

Pachi y O'Neill, desde una trinchera de Chofre, observaban con sus anteojos el desarrollo de la espantosa tragedia.

Eran las once. Primero un sargento y doce soldados de zapadores se lanzaron á las brechas con el fin de cortar las salchichas de las minas y facilitar el asalto á la columna que inmediatamente seguía y trepaba ya por la primera brecha.

Un horrible estallido lanzó al espacio piedras, hombres y cascotes. Los 13, mas varias filas de la cabeza cayeron destrozados, sembrando un gran espacio de fusiles, morriones y miembros ensangrentados.

El teniente M'Guire, mozo de arrogante presencia y hermosa figura, vestido de gala, organizó la cabeza de la columna y con ella avanzó de nuevo hacia la brecha. Su brillante uniforme y su estatura elevada le hacía sobresalir de entre los verdosos pedruscos por donde avanzaba; llegó al pie de la

brecha, donde fué recibido por un huracán de balas. Los hombres y con ellos el valeroso oficial cayeron como espigas cortadas por la hoz del segador. El resto de la brigada Robinson avanzó frenética, loca por la rabia, dejando un reguero de muertos y heridos en todo el camino no recorrido, que era azotado de flanco por el fuego del hornabeque.

Asaltan la brecha grande. Trepan á lo alto y no pueden pasar adelante por el escarpe vertical que encuentran al interior, formando un pozo infranqueable por los mil objetos destrozados que lo cubren.

Vacilan breves, brevísimos momentos, y el fuego —que sale del interior, de tapias y tabiques aspillerados, de tejados, de muros derruídos, de los traveses laterales, de la batería del Mirador, de todos los obstáculos que formaban el segundo recinto—, hace horribles estragos en aquellas tropas. La brecha queda cubierta de muertos, de heridos, algunos de los cuales van rodando por la rampa á buscar refugio entre las peñas.

Escena parecida se desarrolla en la brecha de San Juan, enfilada por piezas situadas en la cara izquierda del hornabeque y en las casamatas del Cubo imperial, que en aquella ocasión cumplen terriblemente su misión flanqueante. Además, de un gran través colocado á veinte pasos, mataban á cuantos valientes ganaban la cresta de la brecha, que, como la otra, quedó cubierta de cuerpos palpitantes ensangrentados.

Los 750 voluntarios —que no fueron en vanguardia por rehusarlo el general Leith, temeroso quizás de sus desmanes, porque habían sido sacados de cuerpos que estuvieron en los asaltos de Badajoz y Ciudad Rodrigo—, se alborotan y claman por tomar parte en la función y son embebidos en las reservas,

que avanzan «como un turbión», ansiosos de acabar cuanto antes, creyendo arróllar las desmanteladas defensas. Mas cuando aquel oleaje va llegando á lo alto de la brecha las ráfagas violentas de la fusilería y la metralla de los cañones flanqueantes, barre las filas primeras que al desaparecer son substituídas por otras y otras y otras. Y todas sucumben. ¡Carnicería horrible!

Sobre las brechas no se ve un hombre vivo, pero más abajo los heridos se debaten en convulsiones ó se retiran sangrando, vacilantes, como borrachos.

Los supervivientes, aterrorizados, se arremolinan abajo, entre las piedras, al pie del muro. Los oficiales, con las espadas en alto, dan órdenes que no se oyen, que no se entienden.

Y mientras, el fuego de la artillería de Chofre, no cesaba, para aplastar á los heroicos defensores de aquellas ruinas que ante el abrumador cañoneo se agazapan donde pueden, pero sin abandonar su puesto de honor.

La división portuguesa vadea el Urumea para dirigirse á la brecha pequeña, á fin de envolver la grande. Desde San Telmo y el Mirador la metralla va ensangrentando las aguas. Llegan á la brecha, la escalan y se ven precisados á retroceder barridos por la defensa.

.....

Ya no hay atacantes, ya en las brechas no se ve alma viviente, ya los franceses lanzan exclamaciones de júbilo considerando asegurado su triunfo, exclamaciones que se oyen en Chofre, donde se hallan Pachi y O'Neill, cerca de la batería desde la que el general Graham contempla tranquilo en la apariencia, pero con horrible tormenta interior, á sus maltrechas columnas cobijadas en el ángulo muerto de

la muralla, contenidas por sus jefes y oficiales que tratan de reorganizarlas para evitar una desastrosa y vergonzosa fuga.

—El asalto ha fracasado — dijo en voz baja Pachi.

—Tal creo—opinó O'Neill.

Pero en aquel momento la ciega fortuna volvió la espalda á los afortunados defensores de San Sebastián.

Todo el terreno interior de la gran brecha, en una extensión de 50 metros de ancho por 30 de fondo se levantó impulsado por el estallido formidable de gran cantidad de explosivos que los franceses habían enterrado en varios barriles. Las tremendas detonaciones fueron varias, correspondientes al número de barriles colocados y confundidas con otros estampidos secos, duros, producidas por gran número de bombas cargadas puestas al azar en zanjas, pozos y galerías.

Durante unos brevísimos instantes aquello fué un espantoso volcán, en el que entre densísimo humo, volaban á gran altura hombres, piedras, cascotes y maderas, en revuelta confusión, cayendo con gran estrépito entre la brecha y las casas arruinadas de la calle de San Juan, produciendo al caer más víctimas, entre los que se habían librado de la explosión.

Gran estupor produjo el aterrador estallido entre los asaltantes; pero repuestos de la primera impresión los más cercanos á la rampa de la brecha pequeña, treparon por ella en pos de un oficial que los arengaba enérgicamente, gritando:

—¡Al asalto! ¡La brecha está libre!

Los que estaban á alguna distancia de la rampa vieron que los asaltantes llegaban á la funesta corta-

dura, y en vez de caer fusilados como antes, les ven blandir sus fusiles, mientras gritaban:

—¡Hurra! ¡Al asalto!

Una vez en la brecha pequeña, el oficial con rápida ojeada, vió que la grande no estaba practicable por parte interior, se corrió por el camino de ronda, y mientras la oleada humana que le seguía se metía á través de escombros y de materias humeantes, él con varios de los suyos, se dedicó con febril actividad á colocar tablones que hicieran de puente para salvar el hondo talud vertical, formado por los defensores á modo de foso interior, con el fin de aumentar las dificultades de invasión.

El oficial se asomó á lo alto de la brecha, y blandiendo entusiasmado la refulgente espada, gritó, á los que aún dudaban si estaría practicable:

—¡A las brechas! ¡A las brechas!

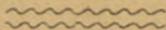
Y á ellas treparon presurosos los más cercanos que ayudaron á rellenar la hoyada. A medida que se hacía practicable el paso, los invasores penetraban atropelladamente y se unían á los que, dirigidos por otros jefes y oficiales, atacaban las barricadas puestas en las bocacalles, en las que aun el valeroso general Rey, acudiendo con tropas de reserva, organizaba la defensa para proteger la retirada de las fuerzas situadas en diversos puntos de las fortificaciones.

Y por todos los boquetes penetraban centenares y miles de hombres, gritando hasta enronquecer:

—¡A las brechas!

—¡Hurra!

—¡Victoria!



XX

El vengador de Bardocas.

ALTO el fuego!

Esta orden corrió de batería en batería, de pieza en pieza, por todo lo largo de las trincheras de Chofre. Los cañones enmudecieron y los artilleros contemplaban, llenos de júbilo, el espectáculo de aquellas brechas que iban tragándose compañías y batallones; pero no como durante la mañana en que caían, á impulsos de la lluvia de metralla de los defensores, sino lanzando atronadores hurras y gritos de entusiasmo al ver expedita la entrada á San Sebastián, aunque á través de ruinas humeantes, de tizones ardientes, de muebles rotos, de zanjas irregulares, de escombros amontonados y de cuerpos sangrientos, destrozados por la terrible explosión que había facilitado la entrada á los anglo-portugueses.

Pachi y O'Neill seguían con curiosidad como militares, con dolorosa incertidumbre como patriotas, aquella oleada humana que invadía la querida ciudad, y viendo al General Graham dirigirse con su Cuartel general hacia Mundáiz, en cuya revuelta había varias gabarras y lanchas para pasar al otro lado del río, siguieron á la comitiva.

El paso procesional por todo el frente atrinchera- do fué coreado por gritos de triunfo de las fuerzas de trinchera que levantaban en alto los fusiles y agi- taban sus morriones, en demostración de alegría y entusiasmo.

—¡Habéis triunfado, hijos, habéis triunfado!—de- cía emocionado el General.

Cuando estaban embarcando para pasar al otro lado, Pachi sintió que le tocaban discretamente en la espalda; se volvió:

—¡Tú aquí, Chomin!, ¡gracias á Dios!

—Aquí estoy, mi capitán.

—¿Qué noticias traes?—le preguntó O'Neill.

—Para ustedes malas.

—A ver, venga la carta.

—No hay carta; el General Mendizábal, cuando he podido dar con él después de andar de la ceca á la meca, no estaba para cartitas.

—¿Por qué?

—Porque se está dando la gran batalla.

—¡Ah, caramba!

—Y me ha dicho: vete á San Sebastián y dí al Capitán Martiarena que siga con las tropas del sitio. Ya ves la que se prepara, y si triunfamos, todos iremos mañana á San Sebastián.

—Pues llegarán tarde.

—Ya lo veo.

—Qué lástima no haberse dado el asalto un día

más tarde. Así habrían tomado parte en él tropas españolas—dijo Pachi con melancolía.

—Bien—intervino O'Neill—, ahora díganos algo de esa batalla.

—Gracias al caballejo que me llevé pude recorrer, buscando al General, casi todas las posiciones, desde San Marcial á Pagogaña, que me eran bien conocidas desde la anterior guerra.

—No estarían como en nuestra época—dijo Pachi.

—¡Ah, no! Las mejores estaban fuertemente ocupadas. Frente á los vados de Behovia el cuarto Cuerpo, bien atrincherado. En San Marcial una división; entre San Marcial y Pagogaña, una brigada y nuestros batallones guipuzcoanos.

—¿No se ha incorporado Jáuregui?

—No; sigue convaleciendo de sus heridas.

—Bien, sigue.

—Entre Enlaitz, Pagogaña y las peñas de Aya, dos brigadas inglesas, y dominando á Vena y Lesaca, otra portuguesa.

—Me gusta la distribución.

—Anoche pude dar con el Cuartel general de Mendizábal, que se hallaba en el centro de la línea; pero no pude hablarle, porque estaba en Consejo dando instrucciones. Antes de amanecer hemos sentido un cañoneo de dos mil demonios por nuestra izquierda. Como tengo buena vista, en cuanto ha amanecido he visto las tropas francesas en el lado español: habían pasado los vados y desde aquellas alturas que tomamos el noventa y tres, protegían con su artillería el paso de más tropas. Los malditos consiguieron trepar, por cañadas y barrancos, hasta cerca de San Marcial; pero San Marcial es un hueso duro si se defiende, y antes de las nueve se habían tirado de cabeza, monte abajo, todos los gabachos.

—¿Y terminó la batalla?

—¡Quiá! El General Soult debe ser terco como matraco aragonés. Otras tropas vadearon el río hacia Socoa y atacaron el centro, precisamente donde estábamos nosotros. Consiguieron subir hasta cerca de la cresta y aun se apoderaron de un campamento que tenían los nuestros en una cañada; pero acudieron los Generales Porlier y Mendizábal con tres regimientos y nuestros batallones, y, ¡pataplín!, al río otra vez de cabeza. Por cierto que la artillería mandada por aquel señor Lóriga, á quien conocimos cuando lo de San Bartolomé, hizo maravillas ametrallando á los labortanos que se agarraban á las peñas como lapas. ¡Vascos habían de ser para no perder el cariño á las alturas!

—Bien, terminó la batalla.

—¡Terminar! ¡Cuándo digo que Soult es terco como una mula! Acababa yo de hablar con el general Mendizábal, aprovechando la retirada de los gabachos, cuando ¡zig-zag! ¡zumba! comienza otra vez el cañoneo y se recibe aviso de que más arriba pasaban otra vez el río. Entonces el general acude con tropas, y yo, no teniendo nada que hacer, monto á caballo y ¡hala! á San Sebastián. Por cierto que de Irún no querían dejarme pasar, pero enseñé el pasaporte y en hora y media me he plantado aquí.

—Pues hay que dar la noticia al general Graham. Lo agradecerá—dijo Pachi.

—¿Y va usted?—preguntó O'Neill.

—No me gusta tener que recurrir á un intérprete. Si usted quiere ir...

—Conforme.

Pasaron á las marismas de Amara y llegaron á las primeras trincheras, que estaban ya abandonadas. Enseguida á la gran paralela que partía del «Ron-

dean», y en la cual había centenares de heridos y gran número de cirujanos y practicantes ocupados en su curación.

Los muertos obstruían el paso. Además la marea estaba subiendo y no podían seguir por el camino que habían llevado los asaltantes.

El general, con su comitiva, entró por la brecha del baluarte de San Juan, ocupada ya por tropas inglesas; algunos oficiales, entre ellos Pachi y O'Neill, seguidos de sus asistentes, se corrieron á la derecha por el camino de ronda hacia la brecha grande, avance penoso por los obstáculos acumulados y el cuidado de no pisar los cuerpos de los infortunados que yacían entre los escombros, algunos debatiéndose en convulsiones de agonía. ¡Horrendo espectáculo!

Desde lo alto de un través contemplaron el lugar de la catástrofe, que formaba informes montones de tablazón quemado, pedrancones y sillares, cascotes y escombros, muebles destrozados, tabiques derruidos y aspillerados para prolongar la defensa, todo envuelto en humareda asfixiante y densa, rasgada por alguna que otra llamarada que salía de las materias combustibles hacinadas en aquel laberinto apocalíptico.

¡Y por todas partes cuerpos destrozados, guiñapos sanguinolentos, cadáveres medio sepultados por el torbellino de la explosión!

En el fondo sonaban frecuentes disparos y descargas de fusilería. Pachi vió que en las entradas de las calles de Puyuelo y San Juan, barricadas con tablo-nes y otros obstáculos, se luchaba todavía con saña, distinguiéndose entre el estruendo de los disparos los toques de corneta de los franceses, por el interior de las calles, llamando á los suyos.

El turbión formado por los asaltantes, esparcién-

dose por todas partes, hizo comprender á los defensores que su causa estaba perdida, y mientras algunas fracciones se sacrificaban retirándose escalonadamente de calle en calle y de barricada en barricada, los demás se acogían al castillo, fuertemente barrado en Santa Teresa y en el callejón frente á la calle del Campanario.

Un oficial, primero, escaló la barricada alta, de tres varas, ayudado por varios soldados, y saltó al otro lado, ejemplo que fué seguido por media docena, los más decididos y animosos. Entonces los últimos franceses se retiraron presurosos, pero ya no pudieron llegar al castillo, porque otras fuerzas anglo portuguesas que habían flanqueado por las calles de Narrica y San Jerónimo, les cortaron la retirada, quedando prisioneros poco más de dos centenares, la mayor parte heridos.

En pocos momentos desapareció la barricada de la calle de Puyuelo y el turbión se metió por ella lanzando estrepitosos hurras.

Pachi, O'Neill y sus asistentes avanzaron hacia la barricada á través del informe amasijo, mirando con conmiseración á los pobres heridos, de los que por el momento nadie se cuidaba, atentos todos á la posesión de la codiciada ciudad.

—¡Mi capitán! ¡Mi capitán!—gritó Chomin con admiración.

—¿Qué hay, Chomin?

—¡Mire usted, mire usted!

Miró Pachi hacia donde su asistente le señalaba y vió un grupo dantesco, formado por un oficial francés, medio enterrado entre escombros, y un paisano, decentemente vestido, aunque lleno de polvo y sangre. Ambos parecían muertos. El oficial empuñaba el sable en la mano derecha, mientras con la izquier-

da agarraba todavía las ropas del paisano por las solapas de la casaca. El paisano sujetaba con crispadas manos el cuello del oficial, y ambos parecían fuertemente estrechados.

Chomin miraba con atónitos ojos aquel grupo; Pachi dijo:

—Vamos, vamos.

—No, mi capitán.

—¿Qué, qué?

—Este paisano es el médico Cirizar, ¡el fraile de Bardocas!

—¡Qué dices! ¿Estás seguro?

—Segurísimo. ¿No ve usted las cicatrices de la cara, que no pueden confundirse con nadie?

Y Chomin se inclinó sobre él.

—¡Está vivo!—exclamó al notar los latidos del corazón. Lo llevaremos á su casa. Quizás podamos salvarle.

—Bien. Que te ayude Ceruti. Nosotros iremos de escolta por si acaso.

Entre Chomin y Ceruti cogieron al médico y se lo llevaron, entrando por la calle del Puyuelo.

Ya los pocos habitantes de San Sebastián se asomaban á ventanas y balcones agitando pañuelos y saludando á los conquistadores de su querida ciudad, dirigiéndoles amistosas palabras; algunos ingleses por señas pedían agua, otros preferían el vino.

De una tienda, abierta á culatazos, sacaron frascos de aguardiente, en vasos ó «á morro» iban bebiendo cuantos por allí pasaban. La misma escena presenciaron en todas las tiendas y almacenes de bebidas que hallaron durante su paso hacia la casa donde, según Chomin, habitaba el médico Cirizar.

O'Neill y Pachi apartaban con repugnancia la vista de esas escenas; Pachi exclamó:

—Si siguen así va á haber muchos disgustos, porque de soldadesca embriagada náda bueno puede esperarse.

Ya se oían algunos disparos sueltos por las cercanías. Ya circulaban varios soldados entonando canciones con voz aguardentosa y haciendo eses por el pavimento.

Ya se hacían sus miradas provocativas y muchos, contra lo mandado, dejaban de saludar militarmente á aquel grupo donde iban dos capitanes del ejército aliado; mas éstos, atentos á conducir al herido á su domicilio, hacían la vista gorda.

Tuvieron que andar y desandar varias calles, porque todas las transversales de las que formaban la línea de retirada hacia el castillo estaban barricadas y algunas continuaban cerradas imposibilitando el paso.

En la calle de Narrica se vieron precisados á desenvainar las espadas, porque algunos soldados, completamente borrachos querían acercarse al herido en actitud poco tranquilizadora, y así, espada en mano, pudieron llegar, sorteando obstáculos, hasta la calle de la Trinidad.

Chomin, al llegar frente á una casa de modesta apariencia, en la esquina de la calle de San Jerónimo, dijo:

—Aquí es.

La puerta sólo estaba entornada; entraron.

—¡Asensi!—gritó Chomin desde el zaguán.

Una anciana, de pronunciada nariz, alta, seca, tipo puro de Vasconia, muy limpia, bajó temblando las escaleras.

—¿Quién llama?

—Nosotros que traemos herido al Sr. Cirizar.

—¡Herido mi señor! ¡Dios me valga! Ya le decía

yo que le iba á ocurrir una desgracia. Desde que comenzó el sitio no se quitaba de los puntos de mayor peligro. ¡Pobre amo mío, tan...

—Bueno, bueno—interrumpió bruscamente Chomin—. Ahora no es hora de charlar ni de lloriquear. Vamos á llevarlo á su cama.

—Vamos, Sr. Chomin, vamos. ¡Qué disgusto para mi hermano cuando lo sepa!

—En cuanto se pueda hay que avisarle.

—¡Cualquiera sale á su casa! El portalón del muelle está tapiado.

—Ya lo abrirán.

Entraron en el dormitorio del Sr. Cirizar. Un pequeño cuarto blanqueado, con una cama modestísima, cubierta, siguiendo la moda de la época, con un blanco pabellón pendiente de una gran anilla clavada en el techo.

Un armario con instrumentos de cirujía y botiquín, una mesita y dos sillas constituían el mobiliario de aquel dormitorio que comunicaba por una puerta con otra habitación que, por los muebles y armarios lleno de libros que se veían, debía ser el despacho del cirujano.

Echado en la cama fué desnudado por los asistentes y reconocido por los amos. Sólo presentaba, aparte de las antiguas cicatrices que le desfiguraban la cabeza y le llenaban el tronco y brazos, fuertes cardenales, magullamiento general y muchas erosiones, como si hubiera recibido recientes violentos golpes.

Mojáronle la cara con agua un poco avinagrada. El paciente hizo una mueca con las narices, contrajo brevemente el rostro y abrió los ojos, viendo en primer término á su sirvienta Asensi.

—¿Quién me ha traído aquí?—preguntó con voz débil.

—Chomín y estos señores.

—Somos amigos—dijo Pachi cariñosamente.

—¡Oficiales españoles! —pareció exclamar con tono indefinido—¡Bendito sea Dios! Dadme... dadme aquel... pomo.

Y señalaba un pequeño frasco colocado en uno de los departamentos del armario.

Asensi lo abrió arrimándolo á la boca de su amo.

Este bebió un poco, lo paladeó, cerró los ojos un momento. Parecía reflexionar. Cuando los abrió de nuevo exclamó, dirigiéndose á Pachi:

—Gracias, gracias. Pueden marcharse... si quieren... Pero quisiera... que... viniera... Iturrioz y... se quedara Chomin. Ustedes... tendrán que hacer...

—Bien, bien—contestó Pachi—tranquilícese, señor Cirizar. Aquí estamos á su disposición. Yo no tengo ningún quehacer por ahora.

—Dejarme un momento... con mi criada y Chomin... Luego... entrad.

Salieron al despacho.

—Yo—dijo O'Neill—me voy al Cuartel general, porque supongo que me consultarán algo. Me llevo á Ceruti por si hace falta avisar á usted.

—Sí, conforme. Yo iré también si veo que el señor Cirizar no se agrava.

Quedó Pachi sólo en el despacho.

Desde allí sentía la fatigosa conversación del paciente, que parecía dar instrucciones, y como no pecaba de indiscreto, para no entender lo que decía, abrió el balcón que daba á la calle de la Trinidad.

Por la calle pasaban grupos de soldados ingleses en dirección á la iglesia de Santa María. Miró hacia su izquierda, y vió el atrio lleno de fuerza armada que levantaba barricadas y hacía fuego en dirección á las subidas del castillo.

—Por lo visto—pensó—los franceses se defienden en La Mota.

Y como el ruido de los disparos podía molestar al paciente, cerró el balcón y se puso á pasear por el reducido despacho.

—¡Pachi, Pachi!—oyó que gritaba Chomin con voz de angustia.

Acudió presuroso á la habitación del paciente.

—¡Que se muere!—exclamó Chomin, señalando al Sr. Cirizar que parecía hacer esfuerzos por sonreír, mientras acercaba á sus labios un Santo Cristo.

Asensi lloraba.

—¡Qué se ha de morir!—replicó Pachi por decir algo.

—Sí señor—intervino Asensi entre sollozos—. Mi amo ha dicho que se muere, y se morirá.

El enfermo movía los dedos nerviosamente. Densa palidez cubría su rostro. Sus labios se quedaban blancos; pero sonreía.

Mas pronto la placidez de su rostro fué borrada por la impasibilidad de la muerte.

Dejó caer los brazos inertes é inclinó á un lado la cabeza.

Pachi le tocó. El corazón había dejado de latir.

—El Sr. Cirizar ha muerto—dijo.

Asensi le enlazó las manos, colocándole la imagen del Redentor, y se puso á orar sollozando.

Chomin salió con Pachi al despacho llevando un pliego en la mano.

—¿Qué es eso?—preguntó.

—Un testamento escrito de su puño y letra desde que comenzó el sitio.

—Un testamento ológrafo.

—Sí; esa es la palabre que él ha empleado y que yo no recordaba.

También ha dicho que todo lo suyo para Iturrioz.

—¿El marinero?

—Sí.

—¿Y esta pobre mujer?

—Es hermana de Iturrioz.

—¡Ah!

—Pero no es eso lo que tenía que decirte.

—¿Pues qué?

—Algo terrible. Los franceses tenían varios barriles de pólvora á retaguardia de la brecha para volarlos en el momento de asaltar la plaza.

—Ya lo sé, por Arriategui.

—Y, efectivamente, hoy ha estallado la tremenda mina; pero no cuando la pisaban los asaltantes, sino cuando más seguros del triunfo se creían los franceses.

—He presenciado el espantoso estallido. No habrá volcán que en tan poco tiempo haga tanto estrago.

—¿Y sabes por qué ha estallado la mina?

—En las baterías de Chofre se decía que á causa de una granada disparada por los ingleses.

—Pues no. A la mina le ha pegado fuego... ¡el señor Cirizar!

—¡El Sr. Cirizar!

—Sí; el mismo. ¿Sabes por qué?

—En un hombre de tan buenos sentimientos no acierto...

—Pues él lo ha dicho. Iba dispuesto á curar heridos en la misma brecha, como había hecho en días anteriores cuando, rechazados los asaltantes, oye una voz que hablaba en torno de burla de los ingleses y de los españoles.

—Y se indignaría.

-- 212 --

—No; enloqueció.

—No era para tanto.

—No ¿eh? Ya opinarás de otra manera.

—Explicate, hombre.

—Ya voy. Dice el Sr. Cirizar que la voz le hirió en los oídos como un mordisco de vívora, y que al mirar á quien hablaba, que era un capitán, se sintió tan fuera de sí, dominado por el demonio de la ira, que sin poderse contener, se lanzó al hornillo preparado allí cerca, y pegó fuego á la mecha. El capitán quiso evitar la propagación del fuego y se lanzó sobre el médico, sable en mano; pero el médico se agarró al capitán, luchando á brazo partido, y en aquel momento se produjo la explosión, sintiéndose lanzados con terrible fuerza contra una pared.

—¿Pero quién era el capitán?

—¡El que mandaba á los verdugos de Bardocas!



XXI

¡Consummatum est!

PARA ventilar aquellos locales, albergue de la muerte, Chomín y Asensi, por encargo de Pachi, abrieron los balcones. Entonces pudieron oír, allá á lo lejos, además del frecuente tiroteo sostenido desde el atrio de Santa María contra los atrinchamientos de las subidas al castillo, gritos de angustia y voces femeninas demandando auxilio.

—¿Qué ocurrirá por ahí?—preguntó Pachi con extrañeza, asomándose á un balcón para mirar toda la calle.

Pero no vió nada anormal. Solo el natural bullicio producido por el ir y venir constante de soldados, patrullas y fracciones mayores por la calle de la Trinidad hacia Santa María.

Pachi pidió á Chomín que le proporcionara algo

de comer. Sentía debilidad porque desde el desayuno no había tomado nada y eran las cuatro de la tarde; y como la despensa del Sr. Cirizar estaba agotada por su pródiga caridad, Chomín salió á la calle con el fin de comprar algo, oponiéndose á que lo hiciera la hermana de Iturrioz por el peligro que corría entre la soldadesca.

Poco después volvió trayendo medio jamón, un pan y una botella de vino.

—Vengo indignado—dijo á Pachi.

—¿Por qué?

—Porque por las calles anda una gentuza que da asco.

—¿Merodeadores acaso?

—Bandidos con uniforme de soldado. Parece mentira que los jefes toleren semejante espectáculo.

—Pues ¿qué has visto?

—Varios grupos de borrachos que van metiéndose por las tiendas y almacenes pidiendo de comer y de beber. Nadie paga, y algunos impacientes por no esperar, echan mano de lo que mejor les parece.

—Que cierren las tiendas.

—Las abren á culatazos.

—¡Ah! Eso es poco menos que saquear.

—Yo creo que es saquear por completo. He visto soldados salir de las casas con ropas y bultos; otros asomados á ventanas y balcones, muchos borrachos, tirando á la calle ropas y muebles.

—Esto no puede quedar así. En seguida vamos á ir al cuartel general á buscar á O'Neill para que dé cuenta al General Graham. Seguramente que pondrá remedio.

Acabada la frugal comida, se disponían á dejar la casa, cuando oyeron gritos desgarradores de mujer que abajo, en la misma casa, decía:

—¡Socorro, Sr. Ciriza!

Al mismo tiempo voces broncas que lanzaban interjecciones. Pachi que estaba dispuesto á salir se tiró precipitadamente por la escalera, quedando desagradablemente sorprendido del espectáculo que á sus ojos se ofrecía en el mismo zaguán de la casa.

Dos mujeres demostrando gran espanto pugnaban por desasirse de cuatro soldados que golpeándolas trataban de llevárselas.

Indignado Pachi sacó la espada y se lanzó en defensa de aquellas infelices acometiendo á los soldados, dándoles golpes de plano mientras les gritaba:

—¡Canallas, fuera de aquí!

Pero embrutecidos por el alcohol, y extranjeros además, no se dieron por entendidos, y mientras dos tambaleándose alzaban sus fusiles contra Pachi, los otros dos arrastraban hacia fuera á las mujeres.

Pachi pudo agarrar con la mano izquierda el cañón del fusil del soldado más cercano á quien hirió levemente con su espada en pleno rostro.

En aquel momento Chomín, que desde arriba se había apercebido del caso, se lanzó rápidamente sobre el otro soldado derribándole fácilmente en el suelo, donde le puso hecho una lástima á puñetazos. En seguida ambos se dirigieron sobre los otros dos, que al ver tan mal parados á sus compañeros huyeron, abandonando su presa.

Las pobres mujeres, llorando, con los vestidos desgarrados, entraron en la casa mientras Pachi y Chomín acababan de echar fuera á trompicones á los dos maltrechos agresores.

—Mal nos vamos á ver—opinó Pachi—porque ahora vendrá toda esa gentuza á tomar venganza,

—La escalera es estrecha y empinada—dijo Chomín—y podemos defendernos admirablemente.

—Así lo haremos si vienen. Ponte al balcón de vigía y avisa.

Las mujeres, madre é hija, se mostraron muy reconocidas á Pachi; pero no se atrevían á dejar aquella casa por el justificado temor de nuevos atropellos.

—Quien viene ahora—dijo Chomín—es el Capitán O'Neill con su asistente.

—Pues viene á tiempo.

O'Neill se enteró del suceso y de los deseos de Pachi.

—No hace falta hablar al General Graham—contestó—porque delante de mí ha dado órdenes para que varias patrullas mandadas por oficiales recorran las calles para poner orden.

—Eso es poco.

—Y ha encargado á los oficiales que también repriman enérgicamente cualquier desmán.

—Eso es poco.

—Pues créame usted, Pachi, que es lo único que se le ha ocurrido.

—Lo mejor habría sido tocar llamada, formar las fuerzas y restablecer la disciplina que me parece anda bastante quebrantada.

—Es verdad. Preveo acontecimientos desagradables. Ya han asaltado la casa de Olañeta, el tesorero, y le han robado después de maltratarle cruelmente. La queja ha llegado á los generales ingleses y no le han dado importancia.

—Estas son consecuencias de haber traído tropas extranjeras al asalto. Con españoles habría más miramiento.

Permanecieron gran rato por si venían á agredir la casa los compañeros de los zurrados; nadie se presentó.

—¿Qué hacemos aquí?—preguntó O'Neill.

—Esperábamos á esos bárbaros; pero ya que no vienen iremos á ver si conseguimos algo en favor de los vecinos.

—Vamos donde usted quiera.

Salieron.

Las calles se veían inundadas de soldados. Casi todos en repugnante estado de embriaguez, gritaban, gesticulaban; tumbábanse en medio del arroyo; arrojaban al aire sus morriones; se ensuciaban de barro.

Aquellos no eran soldados. El alcohol los convertía en brutos.

En la casa de la ciudad no lograron ser recibidos por el General, que estaba en Consejo permanente con otros Generales. Un ayudante que se enteró de la pretensión, exclamó con ironía:

—Son desahogos propios del triunfo. No pasarán de ahí.

Cuando salieron de la casa de la ciudad había oscurecido; pero notaron grandes resplandores hacia la calle del Puyuelo.

—¿Qué es aquello?—preguntaron.

Mas algunos soldados que estaban en los arcos no les entendieron y se encogieron de hombros. Pachi, O'Neill y los asistentes se dirigieron hacia aquel lugar. Ardían varias casas.

—Este incendio—opinó Pachi—no ha sido ocasionado por la voladura de la mina.

—No—contestó O'Neill—. Cuando hemos pasado por aquí después del asalto, estaba toda esta parte intacta.

Con indignación vieron que numerosos ingleses y portugueses entraban y salían en las casas que ardían; pero no para extinguir el incendio, sino para entregarse al saqueo descaradamente.

—¡Qué infamia! ¡Qué infamia!
En una casa oyeron gritos demandando auxilio en español.

—Eso no podemos dejarlo impune.

—¡Sería vergonzoso!

Y sin consultar con sus compañeros, Pachi desenvainó la espada y se metió en la casa; los demás le siguieron.

En el primer piso se sentía gran algazara y risotadas hombrunas que apagaban los lamentos de varias mujeres. En una gran habitación un tropel de portugueses maltrataban á un hombre, á quien pedían dinero, mientras otros querían llevarse á su mujer que, llorando, se agarraba al pestillo de una puerta.

—¡Alto!—gritó Pachi indignado.

Y fuera de sí comenzó á repartir cintarazos; en tal operación le ayudaba vigorosamente O'Neill, secundado por Chomin y Ceruti, que se habían hecho con dos fusiles, repartiendo sendos culatazos á diestro y siniestro.

Los portugueses, sorprendidos, quisieron agredir á Pachi; pero reconociendo dos oficiales y creyéndoles apoyados por alguna patrulla, huyeron escalera abajo con terrible estrépito.

En el piso de arriba también se sentían gritos de angustia, exhalados por bocas femeninas.

Excitados Pachi y O'Neill, subieron espada en mano, seguidos de sus asistentes. Arriba encontraron varios borrachos, ingleses y portugueses que pretendían atropellar á mujeres de diversas edades. Como una tromba entraron en los locales, cuyas puertas habían sido arrancadas de cuajo por la soldadesca; Pachi, gritó:

—¡Fuera la canalla!

Dejando franca la comunicación con la escalera, acometieron como lo habían hecho abajo. Aquella gentuza, ante los repetidos golpes de los dos oficiales y de sus asistentes, se aturderon, y abandonando sus armas, los que las poseían, echaron á correr, produciendo con sus fuertes patadas en el pavimento de madera, el efecto de un terremoto.

Ante un auxilio tan inesperado, aquellas mujeres, algunas de familias muy conocidas, mostraron tierno agradecimiento á sus salvadores.

Pero Pachi estaba preocupado, porque comprendía lo falso de su situación en aquella casa, que podría ser invadida por las hordas indisciplinadas que pululaban por las calles.

Comunicó en voz baja sus temores á O'Neill, que participó de ellos sin acertar tampoco la resolución que convendría.

Chomin, que se había asomado á un balcón, gritó:

—Las casas inmediatas arden. Dentro de pocos minutos el fuego se comunicará á esta.

—No hay tiempo que perder—dijo Pachi imperiosamente—. Sea lo que Dios quiera; vamos á la calle.

Y rogó á aquellas mujeres que le siguieran, bajando delante los hombres para abrir camino si era necesario, por la fuerza. En el piso de abajo recogieron al atribulado matrimonio y todos bajaron á la calle.

El contraste entre la obscuridad de la noche por un lado, y por otro la rojiza luz que proyectaban los incendios, era grande, y contra lo que Pachi esperaba, los vapuleados de arriba no se acordaban ó no tenían ganas de vengarse, porque preferían seguir el saqueo, el latrocinio por casas deshabitadas ú ocu-

padas por gentes indefensas. La calle, pues, estaba libre, salvo cuando taifas de soldados, embrutecidos por la sobra de aguardiente, pasaban de una casa á otra á continuar la orgía desenfrenada.

Cuando tropezaban con algunos de estos grupos se ponían en actitud de defensa, porque en viendo gente no uniformada, y sobre todo del género femenino, su grosería no reconocía límites. Así, al desembocar por la calle de Narrica, en la de la Trinidad, se vieron seriamente comprometidos por grupos que en el atrio de la iglesia de San Vicente estaban de franca-chela, sin hacer caso de los oficiales que les exhortaban al orden. Aquellos pretendieron echar mano de algunas de las mujeres custodiadas por Pachi y amigos, los cuales se vieron precisados á hacer uso de sus armas para defender á sus protegidos. Algunos oficiales ingleses que habían desistido de poner orden entre sus subordinados, tomaron parte en favor de la razón atropellada, luchando contra sus propios soldados.

Afortunadamente, la misma obscuridad y la desventaja que llevaban físicamente los agresores por lo enorme de su embriaguez, dió el triunfo á sus contrarios, que pudieron llegar, sin otro contratiempo de importancia, hasta el domicilio del médico Cízar, único que Pachi podía ofrecer en aquella angustiosa noche.

La salvación de los vivos requería el sacrificio del muerto, que fué relegado á su habitación y cerrado con llave para evitar tan triste espectáculo á los que allí se refugiaban, quienes, aunque llorando por su situación, daban gracias á Dios por haberlas sacado con bien de tantos peligros como habían corrido.

Dejando á Chomin como centinela detrás de la puerta cerrada, los dos capitanes, con Ceruti, se

echaron á la calle decididos á evitar desafueros y desmanes, que era lo único que estaba en sus manos.

¡Empresa difícil en aquella luctuosa noche! El incendio se apoderaba de casas y calles, sin que nadie tratase seriamente de evitarlo. Los tiros sueltos disparados por indisciplinada soldadesca, los báquicos cantares, los guturales ahullidos y tal cual lamento desgarrador, demostraba bien claramente que la escandalosa orgía iba en aumento. Algunos oficiales, con patrullas no desmoralizadas, procuraban imponerse, pero los merodeadores, los bandidos con uniforme militar, huían ante esas patrullas buscando la obscuridad, madre de las malas obras. De vez en cuando, veíase cruzar, á la luz oscilante de los incendios, gentes azoradas que buscaban la salvación huyendo de sus viviendas y cayendo, algunas, entre la soldadesca. Entonces intervenían Pachi y sus acompañantes, que reunían algunos desdichados para llevarlos al refugio de la calle de la Trinidad.

Presenciaron repugnantes espantosos espectáculos que ya no podían evitar: hombres despojados de sus ropas, madres angustiadas llevando en brazos algún pequeñuelo, muchachas cobardemente violentadas, gentes asesinadas.

Y la soez soldadesca cantando, gesticulando y huyendo hacia otras calles cuando tropezaban con los pocos oficiales que aun conservaban ascendiente para tener bajo su mando unos cuantos hombres de buena voluntad.

La indignación subió de punto en la calle de San Jerónimo, donde tropezaron con un grupo propio tan solo de países desprovistos de toda civilización y de todo sentido moral. Una joven, apenas en la pubertad, yacía completamente desnuda amarrada por pies y manos, extendidos, á una barrica situada en

medio del arroyo. En torno de ella bailaban hasta una docena de hombres que, europeos por el uniforme, tenían alma de caníbales. Allí cerca otros indignos camaradas reían brutalmente, bebían y todos cantaban. Esta repugnante escena estaba alumbrada por el siniestro resplandor de las casas que ardían.

Pachi y O'Neill en el colmo de la indignación, lanzáronse, espada en mano, sobre aquellos cafres, hiriendo sin piedad, creyendo salvar á la desdichada víctima. Algunos soldados huyeron hacia las sombras; pero otros, roto por completo todo freno, se lanzaron sobre los oficiales, á quienes ayudaba Ceruti, y se trabó una viva lucha, en la que, si bien éstos llevaban ventaja grande porque tenían la imaginación despierta y los miembros ágiles, los otros, aunque tambaleándose por los efectos del alcohol, eran muchos, que iban en aumento, porque acudían otros y otros, atraídos por las voces de sus compañeros.

Nuestros amigos se apercibieron de que la pobre muchacha á quien pretendían salvar era solo un cadáver desangrado por horrendas heridas.

Comenzaron á batirse en retirada porque los tres habían recibido muchos golpes y por milagro salieron sin algún balazo de los disparos que casi á quemarropa, pero sin puntería les hacía la soldadesca. Esta iba disminuyendo á medida que aquéllos, sin perder el contacto, se retiraban hacia la calle de la Trinidad.

Al llegar á ella, Pachi, desangrándose por varias heridas de bayoneta, cayó al suelo sin fuerzas y á punto de desmayarse.

Los agresores, todavía en bastante número, arrojaron en sus acometidas dando feroces ahullidos,

poniendo en apretado trãnce á O'Neill y su asistente, que arrimados á una pared, se pusieron á ambos lados de Pachi para defenderle á toda costa de las acometidas.

Aquellos consideraban asegurado el triunfo viendo caído á uno de sus contrarios, cuando se sintieron ferozmente acometidos por la espalda. Primero cayó uno con la cabeza destrozada por un culatazo; en seguida otro con los riñones atravesados por la acerada punta de una bayoneta; un tercero que quiso defenderse recibió en el pecho tan violento golpe que se sintió el ruido de los huesos destrozados; el cuarto recibió un tiro en el vientre, y los tres ó cuatro que quedaban de pie huyeron espantados de aquel ariete humano.

Chomín llegaba á tiempo.

Con tan valioso auxilio le fué fácil ganar su albergue, donde se curaron los tres de varias lesiones punzantes y contundentes que habían recibido en la última refriega; pero sus heridas no les impidieron el velar el resto de aquella luctuosa noche por que el incendio se extendía por todas partes, y desde los balcones de la casa se oían aún las roncadas voces de los que merodeaban por las calles y gritos de angustia de víctimas infelices sacrificadas por brutal soldadesca.

Chomín, armado, hacía la guardia en la puerta, y cuando percibía algún desgraciado que huyendo del incendio corría alocado sin saber dónde refugiarse, le servía de ángel tutelar señalándole la casa donde hallaba el puesto de salvación.

De madrugada, Pachi, á pesar de las molestias que le producían sus heridas, quiso ver el incendio desde la solana del tejado. Subió á ella ayudado por Chomín, y ante el espectáculo de la querida ciudad,

— 224 —

convertida en un inmenso brasero, sintió su alma
acongojada, lloró amargamente y repitió con tristeza
la frase pronunciada días antes desde Ulía:

¡Donosti gashua!



Epílogo.

SÓLO ruinas quedan de las antes bellas edificaciones de San Sebastián.

Sus habitantes, enloquecidos por el terror, abandonan al amanecer los humeantes escombros—entre los cuales muchos queridos seres han perdido la vida—y buscan refugio en caseríos y pueblos inmediatos.

Los primeros días eran de estupor para todos. Aun no se daban cuenta de la magnitud de su desgracia; les parecía un ensueño, una horrible pesadilla.

Desde las alturas que rodean á la capital de Guipúzcoa, contemplaban llenos de emoción, cómo se consumaban la ruina de la perla del Cantábrico, en la que, además del incendio, no apagado todavía, se luchaba por conquistar el castillo de La Mota, tenazmente defendido por el invicto General Rey.

El cañoneo, pues, continuaba desde diversas baterías, tenazmente, continuamente.

Desde las dunas y el hornabeque, 25 piezas disparan sin cesar sobre el Mirador, batería de la Reina y defensas bajas del castillo.

Desde Chofre 33 obuses, morteros, carronadas y cañones de 24, tienen por objetivo el mismo Mira-

dor y espalda del Monte, y desde la isla de Santa Clara son también batidas las obras del frente occidental.

El objeto del General Graham era hacer imposible la permanencia de los defensores en ninguna parte de la fortaleza y lo consiguió, porque habiéndose refugiado en ella casi toda la guarnición de la plaza, muchas familias francesas y más de 400 prisioneros, no se contaba con albergues para tantos, y vagaban de una parte á otra, buscando un momentáneo abrigo que no hallaban, porque el Macho, los cuarteles, las baterías, los parapetos, toda obra de fábrica que presentaba algún relieve, eran el objetivo de los disparos de las baterías inglesas y donde los proyectiles chocaban produciendo continuos derrumbamientos.

Después de ocho días de horrisono cañoneo, el General Rey, héroe con quien su Patria ha sido poco generosa, relegándole á un olvido que no merece, viendo la imposibilidad de sostenerse, ordenó tocar llamada.

Un corneta se asomó á lo alto de la bateriad el Mirador y arrancó á su clarín un largo, prolongado sonido de atención.

¡Momento solemne!

¡Efecto maravilloso!

Las baterías enmudecieron.

Todos, sitiados y sitiadores acostumbrados al violento golpeteo de los continuos disparos, creyeron haberse quedado sordos.

Pero seguían oyendo el estridente sonido del clarín que sonaba gratamente en todos los oídos.

El clarín anunciaba la paz.

Un coronel francés, Mr. Sougeon, descendió de la batería del Mirador por la cuesta de Santa Teresa

para hablar con el General Graham que le esperaba en el atrio de la iglesia de Santa María.

Quiso hablar, pero el general, abrazándole, le dijo:

«Señor coronel: Cuando se defienden, como lo han hecho vuestras tropas, no están vencidas y tienen derecho á dictar condiciones. Escribidlas.»

Así terminó el memorable sitio de San Sebastián.

Entre tanto, preclaros hijos de Donostia, entre los que se hallaban los Bengoechea, Eceiza, Aramburo, Echagüe, Bermingham, Soroa, Sagasti, Alzate y Barandiarán, consiguen reunir un número bastante importante de vecinos para cambiar impresiones y tomar acuerdos «mas todos sofocaron sus resentimientos particulares, conociendo importaba mucho conservar la reputación de los aliados en un tiempo en que iban á entrar en territorio enemigo y que perjudicaría á la causa de la Nación publicar en estas circunstancias su atroz y bárbara conducta.»

El resultado obtenido en aquellas memorables juntas, lo dice una lápida colocada en la calle de San Jerónimo.

En ella se lee:

VIII DE SETIEMBRE DE MDCCCXIII
 REUNIDOS EN ZUBIETA LOS HABITANTES
 DISPERSOS Á CONSECUENCIA DE LA HE-
 CATOMBE DEL XXXI DE AGOSTO, ACUER-
 DAN REEDIFICAR LA CIUDAD, PRESA
 TODAVÍA DE LAS LLAMAS

FIN

FE DE ERRATAS

| Pag ^a | Línea | DICE | DEBE DECIR |
|------------------|---------|------------------|--------------|
| 24 | 19 y 20 | graníneas | gramíneas |
| 32 | 30 | Moyna | Moyúa |
| 37 | 14 | gota | gola |
| 45 | 11 | pápiros | papiros |
| 63 | 4 | Basaburna | Basaburúa |
| 64 | 17 | Burnondi | Buruondi |
| 79 | 17 | compañeros: Atro | compañeros: |
| 81 | 5 | Chatana | Chatarra |
| 113 | 26 | llamada | llanada |
| 123 | 10 | Eudara | Endara |
| 130 | 20 | diestra | driza |
| 135 | 9 | decía-el Sr. | decía el Sr. |
| 139 | 1 | inútil | «mutil» |
| 143 | 13 | astorene | aitorene |
| 165 | 4 | «Rondean» | «Rondeau» |
| 170 | 7 | Aitbajos | los bajos |
| 203 | 20 | ¡zig-zag! | ¡zis, zas! |

